



IOTA: Relatos de supervivencia

Agosto 2022

Iván Duque Márquez
Presidente de la República

Eduardo José González Ángulo
Director General
Unidad Nacional de Gestión de Riesgo de Desastres (UNGRD)

Gerardo Jaramillo Montenegro
Subdirector General

Lina Marlene Dorado González
Subdirectora para el Conocimiento del Riesgo

Guillermo Velandia
Subdirector para la Reducción del Riesgo de Desastres

Ariel Enrique Zambrano Meza
Subdirector para el Manejo de Desastres

Autor

Juan Carlos Giraldo Palomo
Contratista FNGRD

Revisión técnica

Oficina Asesora de Comunicaciones

Revisión de estilo

Amelia Anamaría Escobar Fernández
Jefe Oficina de Asesora de Comunicaciones

Diseño y diagramación

Jonatan Reyes Garzón
Oficina Asesora de Comunicaciones

Bogotá D.C., Colombia

© Unidad Nacional para la Gestión del Riesgo de Desastres, 2022

Distribución gratuita

Está prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación con fines comerciales.
Para utilizar información contenida en ella se requiere citar la fuente.

CAPÍTULO

CAPÍTULO 1	
La muerte de “Miss Favianna”	9
CAPÍTULO 2	
Las Sacha	21
CAPÍTULO 3	
La noche en que Dios le ganó la batalla al diablo	31
CAPÍTULO 4	
El bombero y Job	41
CAPÍTULO 5	
Los veinte del baño	51
CAPÍTULO 6	
El Moisés salvado otra vez de las aguas	57
CAPÍTULO 7	
Las 7 vidas del padre Benito	70
CAPÍTULO 8	
La Profe	82
CAPÍTULO 9	
El león en la cama del señor y la señora Busch	89
CAPÍTULO 10	
Las hermanas	97
CAPÍTULO 11	
Se venden dos libras de harina	103
CAPÍTULO 12	
Cesó la horrible noche	111

PRESENTACIÓN

Este libro es un homenaje a la vida, a la supervivencia, la fe, la esperanza, a la tenacidad y valentía, de los miles de seres humanos que soportaron el golpe que el huracán Iota les asestó a San Andrés, Providencia y Santa Catalina, en la noche del 15 de noviembre del 2020 y la madrugada del 16. Son historias basadas en los relatos de los protagonistas, en su mayoría clanes familiares que se refugiaron en baños, habitaciones y debajo de sus propias casas.

Los relatos recopilados para este libro son extraordinarios, en la medida en que están llenos de hechos que los propios sobrevivientes consideran como milagrosos, que se salen de toda lógica humana, llegando a desafiar incluso las leyes de la física, por la forma como, en muchos de los casos, grupos de hasta 20 personas se apiñaron en espacios de concreto que no medían más de tres metros cuadrados.

Entre la medianoche del domingo 15 y las primeras horas del nuevo día, el huracán Iota prácticamente cercó a Providencia y a Santa Catalina, con vientos que alcanzaron velocidad de bólido: 250 kilómetros por hora. Como las islas quedaron incomunicadas de todas las formas posibles, el país y el mundo quedaron sumidos en una angustiante incertidumbre, sin saber la suerte que corrían las cerca de siete mil personas que, según cálculos iniciales, se encontraban allí a la hora de la llegada de las primeras borrascas. Es que Iota sorprendió a los más expertos y estudiosos de este tipo de fenómenos, por la forma como, en cuestión de horas, subió su categoría letal, hasta llegar al nivel más alto y peligroso: Nivel cinco.

Antes de la medianoche del domingo 15, el alto gobierno, en cabeza del presidente de la República Iván Duque y el jefe de la UNGRD Eduardo José González, recibió el último parte en voz del alcalde de Providencia, quien, a través de un agonizante teléfono satelital, en frases entrecortadas y por instantes inaudibles, entregó un reporte desesperanzador: la isla, prácticamente, estaba a punto de desaparecer del mapa.

En Bogotá, mientras tanto, el Estado cerraba filas alrededor de las tres islas, especialmente de Providencia y Santa Catalina, pues las imágenes que llegaban a las pantallas de monitoreo y radares, parecían confirmar el presagio del alcalde. Es que el huracán Iota no solo había llegado con su mayor potencia, sino que, inexplicablemente, se estancó y permaneció amenazante durante interminables horas, sorprendiendo al mundo entero, en el entendido de que nunca antes un fenómeno de estos se comportó así. Los eruditos explican que, históricamente, los huracanes se alejan de sus “víctimas” una vez las atacan.

Pero Iota se quedó, se ensañó, ante la mirada impotente de los funcionarios que le seguían el paso. Y ante semejante estado de incertidumbre colectiva, no encontraron nada distinto a aferrarse a la única opción posible: la fe.

En adelante, lo que se desató fue una reacción de solidaridad y apoyo estatal, como nunca en la historia de un país tradicionalmente afectado por tragedias naturales, alrededor de los isleños. Desde la misma sala de crisis se dispuso un operativo descomunal, que comprometió a todas las Fuerzas Armadas, organismos de socorro y varios ministerios. Tan pronto las condiciones climáticas lo permitieron, el Estado hizo presencia en entrega de ayudas y auxilios a damnificados, y la puesta en marcha de planes de reconstrucción y acompañamiento a los habitantes, que quedaron sumidos en un estado parecido a la paranoia, temiendo nuevos embates de la naturaleza.

En los primeros relatos que entregaron a los emisarios del Estado que llegaron a Providencia, los sobrevivientes contarían que el sonido apocalíptico que se escuchaba en las afueras de las casas, que se colaba hasta el interior de las viviendas, los llevó a pensar en la destrucción total de la isla y en una muerte segura. Los más optimistas se resignaron a la certeza de haberlo perdido todo. Viviendas, proyectos, negocios, incluso la esperanza de un año 2021 más próspero y menos trágico, después de haber sobrevivido a otro fenómeno destructor llamado covid19, que a muchos ya les había arrebatado sueños, proyectos y existencias.

Los relatos recogidos para este libro, durante recorridos hechos por los sectores devastados de la Isla, dejan en claro que la supervivencia humana de Providencia y Santa Catalina no puede llamarse de forma diferente: milagro. No hay manera de explicarlo con la simple lógica mundana, incluso con acervo científico en la mano. El panorama de ruinas por doquier, esqueletos de árboles, palmas arrancadas de raíz, gigantescas antenas de acero acostadas sobre los cerros, embarcaciones clavadas en las casas, paredes enteras derribadas, pisos hechos polvo, latas retorcidas, abren el espacio a las hipótesis milagrosas. El color verde de lo natural, amaneció rojizo, colorado, como algo recién pasado por una hoguera. El huracán les arrebató la sombra natural de un solo tajo.

Por tradición caribeña, Providencia fue construida en tabla, placas prefabricadas y latas. Hechura doméstica, hermosamente pintada y decorada por los propios nativos, una alegría que llevan en su ADN y que transmiten en los colores que plasman sobre las fachadas de sus viviendas. Lastimosamente, el tipo de belleza arquitectónica que más fácilmente cede ante huracanes voraces como el Iota.

Resulta especialmente llamativo que lo único en pie, después de semejante arremetida natural, hayan sido los baños. Parece insólito, pero es lógico. Es lo único construido en concreto en cualquier casa. Nadie da una explicación certera que permita entender por qué en Providencia, lo único que se construye en concreto son las literas. Costumbre, dicen unos, tradición, dicen otros, seguridad cuentan los más jóvenes. Lo cierto es que la litera fue lo que los salvó. Allí se metieron aferrados a la fe, porque ni siquiera refugios tenía la mayoría de las viviendas.

En este compendio de historias encontrarán dos factores comunes: el baño como refugio y “La mano Divina”, la presencia de Dios. Casi todas las experiencias recogidas, dan cuenta de familias enteras que se apiñaron en los baños. Clanes de 10, 12, 15 y hasta 19 miembros, encontraron espacio en apenas tres o cuatro metros cuadrados por tres de alto. Latas de sardina con humanos dentro. ¿Cómo lo lograron? Ante las leyes de la Física no parece haber respuesta acertada. Pero hay que escucharlos, a los ocupantes de estos búnkeres artesanales, para creerles. Lo hicieron, lo lograron. Sobrevivieron.

Viven para contar el cuento y para seguir contándolo y pasándolo, generación tras generación, hasta convertirlo muy seguramente en relatos milenarios que algún día serán fantásticos. Una especie de juglares isleños serán algún día los hijos y nietos de esta generación de sobrevivientes, que hicieron de los baños de sus casas un Arca modelo 2020.

Y claro, no podía faltar el componente místico, religioso. La Fe. En Providencia tres tipos de Iglesia aglutina la mayoría de creyentes: la Católica, la Bautista y la Cristiana. Todas comparten el mismo Dios, por lo que a ese mismo Dios le atribuyen el milagro de la Vida. Los testimonios, en su mayoría, coinciden en que esa noche, y en especial esa madrugada de lunes negro, lo que se vivió en la Isla fue una lucha entre Dios y el diablo, al mejor estilo del relato bíblico del Libro de Job, que habla de la forma como Dios le permitió al demonio que midiera el nivel de fe de su siervo más fiel y abnegado. Cuenta el relato sagrado que el Todopoderoso le dijo a su ángel caído, “el maligno”, que hiciera lo que quisiera con Job, que le quitara todo, menos la vida. Y Job aguantó hasta decirle a su creador: “Desnudo me traje al mundo, desnudo me quedo”.

En Providencia se escuchan frases como: “Esa noche escuchamos al diablo que nos hablaba en medio del viento, aullaba como un lobo, pedía auxilio, bramaba como una vaca muriendo en medio del sacrificio, exigía que lo dejaran entrar a las casas, como un asesino enceguecido con un hacha en la mano”.

“El diablo quería nuestras vidas, pero Dios no se lo permitió”, dicen los sobrevivientes.

De la catástrofe quedó una lección aprendida: la vida es lo que vale, lo material se vuelve a conseguir. Unos prometen volverse menos apegados a las cosas materiales, a los lujos, a los poderes y placeres terrenales. Los más incrédulos aseguran que volverán a misa, o quizás irán por primera vez. Los que habían dejado de asistir al culto piden perdón. El querido padre Benito pide a sus feligreses que retornen a los caminos de Dios, los pastores claman por fortaleza para reconstruir los templos derribados, familias enteras hacen el culto en la calle mientras vuelven a levantar las paredes del templo.

“La vida se quiso quedar y hay que valorarla”, dice Sasha, una mujer que vio morir a su tío político luego de salvarla de que una pared le cayera encima. Él murió, la misma pared lo mató antes de alcanzar la ventana por la que el resto de la familia se metió a la casa cural, cuando Iota ya se había transformado en demonio y buscaba las vidas que planeó llevarse y no pudo.

La muerte atacó disfrazada de huracán, se llevó todo lo material, lo recuperable, pero no se pudo llevar la vida, lo que El viento no se llevó.

CAPÍTULO 1

La muerte de “Miss Favianna”

Por supuesto que Rodney no pudo dormir, pero mantuvo los ojos cerrados durante varios prolongados lapsos de la madrugada, aunque de vez en cuando los abría con la esperanza de que se tratase del despertar de una pesadilla. Volvió a levantar la vista y esta vez se sintió un poco menos sorprendido de la destrucción que encontraba su mirada, aún difusa por cuenta del cansancio, lagañosa por el trasncho. Por momentos, las imágenes se le antojaron difuminadas, borrosas. En lo primero que pensó fue que “Miss Favianna” debía estar destruida. Volvió a escudriñar el entorno y notó que había más gente en la calle, caminando de un lado a otro. Suspiró, aliviado, apoyado en la certeza de que su papá había sobrevivido. Estaría por ahí deambulando, pensó, tal vez ya acostado en su cama junto a la nieta.



Rodney amaneció debajo de una escalera, guareciéndose de la lluvia durante varias horas, hasta las primeras luces del nuevo día. Sintió las piernas adormecidas y necesitó arrastrarse unos metros antes de intentar ponerse de pie, luchando contra su propio peso. Cuando por fin abrió bien los ojos, paulatinamente fue descubriendo la terrible realidad. Por unos minutos no se atrevió a moverse, lo asaltó un estado de aturdimiento, de conmoción, mientras su mirada dimensionaba el tamaño de la catástrofe: paredes arrumadas una encima de otra, latas de zinc en el piso, carros, motos y botes clavados contra los muros, la calle anegada y ese olor a mezcla de mar y aceite, difuminado por todas partes.

El viento seguía soplando fuerte a esa hora, tal vez eran las nueve de la mañana. Hizo un gesto de asco al tragar su propia saliva con sabor a cobre y oler los olores apestosos de su humanidad, producto de la mezcla inevitable de sudor, sangre, mugre, agua salada y aceite de motor. Decidió que lo mejor era regresar a casa y tomar un baño. Tenía hambre y empezó a sentir un creciente dolor de cabeza, tan penetrante como los que se sienten en los “guayabos” de rumba alicorada y pasada por humo. Cuando quiso desanudar los huesos y se estiró por completo con los brazos apuntando hacia el cielo, se le antojó que el cuerpo le estaba doliendo todo, desde el cuello hasta los pies, hasta el pelo, como si la noche anterior hubiera sufrido una golpiza a palo. Ya erguido, sintió punzadas en una de sus piernas y notó el color de la sangre sobre la piel. Estaba herido.

Permaneció erguido mientras giró 360 grados sobre el tronco de su cuerpo, en cámara lenta para que no le doliera tanto, divisando el alrededor hasta estar seguro de dónde estaba. Entre tantas cosas destrozadas ya inservibles que alcanzó a captar, apareció la fachada cuarteada de un banco, con su respectivo cajero automático a un lado, patas arriba, todavía conectado a algunos cables despuntados, unos dos metros fuera de su base. Se le ocurrió la tonta idea de revisar el piso en busca de billetes, pero solo encontró papeles, documentos que, pensó, pertenecerían a entidades oficiales y muchas



fotografías tamaño carnet flotando en el agua, de cientos de personas que posaron ante la cámara en actitud severa, seca, inexpresiva. La calle era una piscina de olas enanas, empujadas por la brisa y el mar que seguía reticente a regresar a su lecho. Solo hasta cuando se fijó en el nombre del banco y reparó en un aviso mugriento de la Registraduría Nacional, concluyó que había amanecido en el centro. Estaba detrás del muelle.

Decidió irse de allí, abriéndose paso entre las personas que seguían yendo y viniendo cada vez más de prisa, algunas muy lentas a ritmo de ánimas en pena. Rodney se propuso llegar lo más rápido posible a su casa y aceleró su marcha. Le urgía tener noticias sobre la suerte de su padre, pero también le entró un afán inusitado de salir de allí, necesidad de huir del desastre que estaba presenciando y oliendo. Por un instante pensó que se trataba de una tragedia ajena, que nada tenía que ver con él, la sobrina, cuñado, el viejo, quienes



seguramente estarían a salvo en el lugar donde vivían. Por allá el huracán no hizo daño, se dijo para sí mismo.

En su huida notó que el viento seguía llegando en ráfagas, por intervalos. Unos metros más adelante del sitio donde amaneció, se topó de frente con la proa de una embarcación pequeña, más chica que “Miss Favianna”, incrustada entre dos paredes que le atajaron el paso cuando, seguramente, salió disparada del mar hacia las casas del otro lado de la calle.

Rodney es un gigante hondureño de casi dos metros, de aspecto atlético, un sorprendente aspecto juvenil detrás del cual esconde sus 43 años de edad. Es una persona flaca aunque no escuálida, tampoco esquelética. Es oscuro de piel, pero no negro, más bien pardo como el cobre, lo más seguro es que el sol caribeño que se ha comido entre barcos pesqueros durante los últimos años, le dejó el cuero áspero y curtido.

Él y su padre, “el viejo” como le dice casi siempre, llegaron a Colombia, directamente a San Andrés y Providencia, a mediados del 2019, con un pucho de ahorros familiares y la ilusión de hacer patrimonio en la pesca y comercialización del pescado, lides en las que el papá se movía con soltura. Ya asentados en la isla, el viejo formó sociedad con el esposo de su hija y compraron a “Miss Favianna”, el barco que puso a soñar a todo el clan familiar con una prosperidad que, hasta entonces, les había sido esquiva. No pretendían hacerse millonarios, pero sí conseguir lo suficiente como para regresar a Honduras, a terminar de vivir la vida tranquila y dignamente.

Después de caminar unos 40 minutos sorteando toda clase de obstáculos tirados sobre los andenes que bordean el malecón, llegó a la casa. Solo con entrar lo sorprendió por primera vez el presagio de la muerte. Su hermana lo estaba esperando y lo saludó con cantaleta, reclamo y quejas. Casi no reparó en la mancha sangrienta de la pierna ni en sus ojos rodeados de ojeras, ni en las cortaduras y los raspones en los brazos. Sin dejarlo hablar mayor cosa, ella le advirtió que llevaba varias horas indagando por su papá, de quien en ese momento aún no tenía noticias. Rodney sintió una punzada en el estómago y otra vez la boca le supo a cobre. Sintió miedo ante la inminencia de una mala noticia.

El viejo era el héroe de la familia, pero más lo era de Rodney, a quien desde muy chico le inculcó amor por el mar y lo inició en las faenas del mar. Quiso heredarle la destreza que lo hizo famoso en su país y le valió el título de capitán. Su legado: responsabilidad, honradez y disciplina para sacar adelante las obligaciones y los propósitos. Le admiraba a su viejo la tranquilidad con que asumía las dificultades, la sabiduría para tomar las decisiones más acertadas y el amor por el trabajo, la mejor forma de ganarse la plata decentemente. Casi nunca le vio cometer errores y si quizás los cometió, jamás lo hizo delante de él o evitó que lo supiera.

Por eso, al llegar a casa y encontrarla vacía de su viejo, sintió que la roca del interior de su ser empezó a desmoronarse. Recordó los

últimos momentos junto a él, dentro de “Miss Favianna”, concluyendo que tal vez su papá sí cometió un gran error, el único que le vio cometer: la terquedad de quedarse en el bote la noche del huracán, pese a las advertencias.

Wayne Haylock Bush, el padre de Rodney, no era un hombre de miedos, especialmente si esos miedos tenían que ver con el mar y con la pesca. “Miss Favianna” había pasado pruebas muy difíciles, como cuando la metieron a alta mar y sorteó incólume las embestidas de las olas de metros. Varias veces el viejo alardeó que una “tormenta”, como la que se avecinaba ese domingo de noviembre, no iba a hacer mella en el casco del barco. Al fin y al cabo, según lo expresó varias veces, el huracán anterior acaso si lo había “columpiado”, pero quedó intacto.

Mientras escuchaba la perorata de su hermana, no perdió la esperanza de que el viejo estuviera vivo, quiso pensar que tal vez se había dado un golpe en la cabeza y estaría por ahí despertando en una playa. Guardó la ilusión en el corazón y salió de nuevo a buscarlo. Cada hora sin respuesta era un nuevo paso hacia la tragedia. Por ratos no descartó la posibilidad de que hubiera muerto y, a manera de mecanismo de defensa, fue fortaleciendo su ser espiritual para que, en caso de recibir la fatal noticia, fuera capaz de aguantar semejante trago amargo que además iba a estremecer sus entrañas y a darle un vuelco sin retorno a su vida. En ningún lado en los que indagó le dieron razón, pese a que al tercer día ya todos los organismos de socorro, Policía, Ejército y enviados de la UNGRD, incluso amigos pescadores, lo buscaban por todas partes e indagaban por él en los barrios playeros de Providencia.

La terquedad lo mató, se volvió a decir a sí mismo Rodney cuando le confirmaron que habían encontrado el cuerpo de su viejo, en un lugar que parecía imposible y por donde ya habían pasado los socorristas y voluntarios. Pero no los culpó. Quizás el afán producto de la angustia de las primeras horas de búsqueda, evitó que avistaran el cadáver antes. El dueño de una casa playera

descubrió el cadáver catorce días después de la desaparición, debajo de un arrume de escombros. Yacía boca arriba, entre pedazos de botes destrozados, latas, cartón y residuos de madera. Murió en su ley. En medio de lo que fue su campo de batalla.

La casa donde Rodney y su familia viven, está privilegiadamente construida frente al mar, a unos pasos de un malecón pequeño que tiene dos escaños de concreto, donde los caminantes suelen sentarse en las tardes después de las cinco. Desde ese punto se divisa uno de los paisajes más sublimes que ofrece Providencia, todas las tardes antes de las seis, cuando la naturaleza proyecta la puesta del Sol en el horizonte, una imagen tan perfectamente natural, que por instantes da la impresión que se puede tocar con las yemas de los dedos. En uno de esos escaños, sentado y mirando hacia la vecina Isla Santa Catalina, encontramos al alicaído pescador hondureño, soportando el sol de un mediodía. Ya habían pasado varias semanas desde la tragedia.

A simple vista, el ahora huérfano de padre podría pasar por “gringo”, a juzgar no solo por la estatura y su piel más clara que la de los nativos de Providencia, sino por el acento enredado que arrastra en su parlamento, una mezcla de creole, inglés, español y su hondureño básico. Su largo pelo trenzado lo mantiene amarrado en la parte de atrás, a manera de cola de caballo, lo que también le da un aspecto jamaicano. Se dejó crecer la chivera y el bigote. En esta oportunidad sus ojos adquieren un tono de vidrio opaco, como los recién abiertos después de una prolongada juerga de trago, hierba y trasnocho.

Cuando habla de lo que pasó esa noche y en la madrugada, se despacha como si recién lo hubieran liberado de un largo cautiverio. Dispara ráfagas de frases y, por momentos, hay que pedirle que hable más despacio para entenderle, pues involuntariamente mezcla expresiones en creole. Mi nombre es Rodneyvin Helosk Castañeda, hondureño de nacimiento, empieza por presentarse sin que nadie se lo pida. Lleva una cerveza en lata en



una mano y un carnet en la otra. Es la cédula de ciudadanía de Honduras de su difunto padre. También porta un carnet del viejo, que lo acredita como Capitán de Barco.

Rodney toma impulso desde sus pulmones tragando una gran bocanada de aire caliente y con piscas de sal. Todo empezó a las cinco, a las cinco de la tarde, son las primeras frases que susurra, conteniéndose para no decirlo a viva voz, consciente de que su historia, además de impresionante y conmovedora, está repleta de altibajos, picos de amor, odio, dolor, drama, muerte y supervivencia.

“Todo comenzó cuando nosotros intentamos salvar el bote. Nosotros estábamos anclados al frente del muelle que está cerca de Santa Catalina”, se apresura a contar, con la clara intención de que se entienda que “las cinco” fue la hora en la que le advirtieron a su padre que no se quedaran dentro del barco, que se vinieran para la casa a pasar el huracán, que las noticias no eran muy optimistas. En ese momento Iota era un misterio por lo impredecible y las versiones encontradas que desde temprano dispararon las redes sociales, hablaban, unas, de un fenómeno muy peligroso y, otras de un huracán inofensivo como Beta, que pasó y quedó con fama de “tumbatechos” y “tumbaventanas”.

El señor Wayne no le prestó mucha atención a las noticias pesimistas y tercamente siguió “enranchado” en que lo más acertado era que permanecieran en la embarcación, con lo cual tendrían más capacidad de reacción ante una eventualidad, por ejemplo moverla y llevarla a puerto seguro en caso de que el huracán se volviera peligroso. Por lo pronto, por encima de cualquier otra opinión, siguió anclado en su propia hipótesis de que se trataba de una tormenta, de una más de las muchas que viajan por el Caribe todo el año.

“Con mi padre estábamos desde las 5 de la tarde en el barco. Nosotros nos confiamos, no pensábamos que el mar iba a soplar tan fuerte. Mi cuñado nos dijo “Dejen el bote ahí, véngase para la casa”. Y pues mi papá no quería y pues nos quedamos en el barco, eso fue lo que pasó. Mi papá sabía que venía un mal tiempo, pero no esperábamos que fuera a soplar tan duro. Nosotros no queríamos dejar el bote sólo. Mi papá no quería dejarlo solo”, expresa, en palabras tambaleantes, con un dejo de culpa, ya convencido de que el viejo se aferró a lo único que les garantizaba la comida: el barco “Miss Favianna” que había comprado en socio con el esposo de su hija.

No lo culpa al viejo, no, pues tenía mucha experiencia en la vida en el mar y manejo de crisis en embarcaciones. De hecho, con “Miss Favianna” ya se habían metido mar adentro y el bote respondió con creces las expectativas que les expusieron el día que lo compraron. Era una embarcación aguantadora, no muy grande pero sí lo suficientemente fuerte como para enfrentarla al oleaje más agresivo. Don Wayne decía que a San Andrés y Providencia no habían llegado nunca huracanes muy destructivos, apenas de categorías medianas. El de ese 15 de noviembre no iba a ser, precisamente, el más letal de la historia. Eso pensaba el viejo hasta antes de la media noche, cuando el bote pareció convertirse en un barco de papel sometido a la dictadura de una naturaleza embravecida y voraz.

Pasadas las doce de la noche, las comunicaciones comenzaron a fallar y de repente solo contaban con la luz tenue y titilante de una madrugada pasada por agua y borrasca. El barco se tornó liviano, muy liviano, sobre las olas que ya lo arropaban por todos sus frentes. A eso de la una de la madrugada, Rodney descubrió un hecho que lo llenó de pavor: una de las dos anclas acababa de romperse por la fuerza de la borrasca, que a su vez empezó a generar una brusquedad inusitada contra el casco de la embarcación, que seguía flotando al antojo del mar embravecido. En ese momento Rodney fue consciente de lo pequeña que era “Miss Favianna”, de lo frágil que se veía en medio de semejante desierto líquido y denso.

Un corrientazo gélido le atravesó el estómago. Se sintió solo, desprotegido, impotente. Sintió que comenzaba a desmoronarse anímicamente.

“Sólo estábamos mi papá y yo, era un bote pequeño. Yo estaba en la bodega y ya como a la 3:15 de la mañana empezó a soplar más duro, las olas empezaron a pegarle al bote y el bote ya a empieza a intentar voltearse”, agrega, frota una contra la otra sus grandes manos, las golpea entre sí, sin soltar la credencial de capitán de su padre.

Se encoge de hombros, apenado, al advertir que se vio en la necesidad de desobedecer a su papá, de llevarle la contraria, como pocas veces osó hacerlo, pero se vio enfrentado a una encrucijada: era el barco o la vida de ellos. No vio más opciones. Era intentar regresar a casa, tomar la única ruta posible, la única forma posible: nadando hasta el puerto, casi que hasta su casa misma si era posible. Sin decir una sola palabra, Don Wayne asintió con la cabeza. Esta vez le halló la razón a su hijo.

“En esos momentos yo agarré duro a mi papá de la mano para tiramos el agua y ya cuando nos tiramos al mar, la corriente, que estaba muy fuerte, nos separó”

Rodney no pensó que su padre fuera a perder esa batalla contra el mar, por lo menos no esa noche. Es más, en este caso el que más miedo debía tener era él, pues le constaba que el viejo había lidiado mil veces con el Océano, enfrentando peligros peores que nadar en alta mar. Solo era cuestión de lanzar brazadas anchas y fuertes, pero pausadas, dejándose llevar periódicamente por el vaivén de las olas, pues a esa hora ya medían varios metros de alto.

“Aguante papá, aguante”, le gritó a su viejo cada vez que el agua salada le permitía abrir la boca. Le hablaba sin verlo, sin oírlo siquiera, pues el viento estaba llegando a velocidades de hasta 250 kilómetros por hora. En medio de tal adversidad, comprobó la insignificancia del ser humano frente a una creación divina como lo es el infinito Océano, el universo de agua.



Aguantar, aguantar, fue la consigna, aguantar hasta la orilla, que cada vez se veía más cerca, muy cerca. Por instantes, ahora especula que de haber tenido el tiempo y el aplomo suficientes esa noche, se habría detenido a divisar su propia casa desde el punto en que nadaba. Es más, hubiera intentado llegar hasta ella. Entre Santa Catalina y Providencia no hay más de dos millas. Pasar nadando de una isla a otra no es algo imposible para buenos nadadores como ellos, como tampoco para los nativos y pescadores que a diario se ganan la vida en el muelle y cruzan de Providencia a Catalina en canoas y pequeños botes.

Acosado por la voracidad de las olas que, empujadas por el viento, amenazaban con tragarse todo lo que encontraran en su camino, Rodney optó por salvar su propio pellejo, en el entendido de que “el viejo lobo de mar” haría lo mismo y llegaría sin mayores inconvenientes al puerto, donde se entrelazarían en un fuerte abrazo. No volvió a llamar a su padre y dedicó sus últimas fuerzas a hacerle el quite a los golpes del agua contra su rostro, atravesando las olas en forma diagonal, dejándose llevar y nadando solo cuando fuera estrictamente necesario.

“Yo cogí por un lado sin imaginar en esos momentos que nunca volvería a ver a mi papá”.

En este punto suspende el relato. Se para, inhala todo el aire que puede y lo aguanta adentro, poniendo en práctica un viejo ejercicio para no llorar. Camina hasta la baranda del pequeño malecón y trata de entretener sus débiles sentimientos divisando el imponente paisaje. El mar está quieto, amigable, inofensivo. No se parece, para nada, al endemoniado océano que casi se los traga vivos. Rodney se consuela en el hecho de que el traicionero océano no logró su cometido de tragárselos vivos, pues tiene claro que él y su viejo salieron vivos del agua y que don Wayne no murió en sus fauces, sino que al parecer lo mató un golpe cuando ya había alcanzado la orilla. Es decir, murmura Rodney débilmente con un dejo de orgullo, que muy a su manera su papá sí le ganó la batalla al mar, esa madrugada.

“A los 14 días siguientes lo encontraron muerto bajo unas paredes, bajo los escombros”, agrega, señalando hacia los lados del muelle, muy cerca donde apareció el cuerpo, no tan lejos de donde también quedó anclado “el cadáver” de “Mis Favianna”.

Con resignación, el hondureño recalca en que lo más triste, doloroso e irónico de la historia, es que el barco aún no había empezado a trabajar en el gran negocio que planificaron su papá y su cuñado. No sabe si vale la pena recuperarlo, como tampoco sabe si habrá plata para hacerlo. No lo cree posible, porque al parecer los daños en las hélices son irreparables y el casco quedó semi destrozado en la parte de abajo. Todo depende de los recursos económicos con los que puedan desenterrar las hélices, que es lo más valioso después del motor.

“Nosotros estábamos quietos, no habíamos empezado a trabajar el bote, apenas estábamos empezando a alistarnos para trabajar, todavía estábamos en el proceso para sacar los permisos debidos para trabajarlo. El bote lo trajimos de Honduras en el 2019, teníamos un año y medio estar aquí en Providencia, nosotros somos hondureños, yo soy de Honduras, mi cuñado es colombiano, está casado con mi hermana. Nosotros nos vinimos a vivir aquí para trabajar en el bote y mira, pasó eso, nos quedamos sin nada”, repite.

Por ahora no quiere saber nada del negocio de la pesca, aunque no descarta que, en cualquier momento, al año siguiente quizás y cuando pase el duelo por la muerte del viejo, retomen con su cuñado la idea de montar una empresa con una embarcación ojalá de las mismas características de “Miss Favianna”. Y advierte que lo intentaría con la firme intención de hacerle un homenaje a su padre, a quien admirará por siempre, como lo hizo desde muchacho.

Definitivamente jamás podrá borrar de su memoria esos momentos, por más que lo intente. Será una historia que lo acompañará hasta la tumba, no sin antes contarla a hijos y nietos. Pero más allá de la experiencia, a

Rodney le sigue atormentando la idea de que hubiera podido salvarle la vida a su viejo. Deja entrever un poco de resentimiento, se auto flagela, no puede evitar el recuerdo y retoma el instante justo cuando decidieron tirarse al agua, cuando optaron por enfrentar juntos a esa especie de oscuro demonio de agua salada.

“En la madrugada dos olas grandes nos pegaron y el bote empezó a moverse fuerte, empezó a entrar agua y ya no teníamos más opciones que tirarnos el agua. Nos pusimos los chalecos, el mar cada vez estaba más enfadado con nosotros, empezó a pegarle cada vez al bote. Cuando nos tiramos al agua ya nunca más volví a ver a mi padre. Yo quedé todo golpeado, mi pierna la tengo llena de heridas, tengo cicatrices en las manos, el pecho, a mí no me importa eso, a mí solo me importaba mi papá y me duele que no pude rescatar ni ayudarlo ni nada. Él me gritaba, pero no lo pude escuchar bien por el viento, la brisa, las olas grandes. Nunca escuché nada más que a IOTA el huracán”.

Detrás de toda gran tragedia se esconde una bendición y eso lo tiene claro Rodney. Aún no sabe si deberá regresarse a su país. Por lo pronto seguirá al lado de su hermana y su cuñado, guardando la esperanza de poder engancharse de una empresa naviera pesquera y poner en práctica las enseñanzas que heredó de su viejo. Desde el malecón del frente de su casa, se ve la Virgen de Santa Catalina dominando el cerro. La enfoca con la mirada arrugada por el sol en contra, que lo obliga a usar la mano como visera. Reflexiona en que esta tragedia le dejó una lección: lo que vale no es lo material, porque eso se recupera. Lo que vale es la vida, que es lo que no se recupera.

“Mira, vino la tormenta y se llevó el barco y, lo más importante para mí, se llevó a mi padre. El barco brincaba como si estuviera en mar abierto, para arriba y para abajo y las olas venían encima de la virgen de Santa Catalina, encima de la virgen. Era algo feo, yo estoy vivo por la voluntad de Dios y agradezco a Dios por eso”, exclama, decidido. Se persigna.



Sigue llamando recuerdos a su cabeza, que va sacando de la memoria como retazos con los cuales intenta coser la colcha de un pedazo de su vida. Habla de su héroe, de Don Wayne, lo trae a colación como cuando en la escuela le hablaban de los próceres de la independencia de su nación. Cree que murió tranquilo, seguro de que sus promesas algún día serán una realidad en manos de sus hijos y yernos y nietos.

“Lo último que me dijo mi papá, era que Dios nos iba ayudar y no nos iba a pasar nada malo, que íbamos amanecer bien. Pero ya la oración era muy tarde, no había ayuda de nadie, ni de Dios, ni guardacostas. A mi papá lo encontraron como 20 metros donde estaba el bote, este también quedó entre las ruinas, los escombros, así quedo Miss Favianna, como se llamaba el bote, ese nombre es en honor a la hija de mi hermana. En él quedaron todas mis ganancias y las de papá, destruidas en 5 horas”, narra, con angustia, con evidente dolor, los ojos vidriosos y aguados.

De la casa hasta el lugar donde encontraron a “Mis Favianna” hay algo más de tres kilómetros. Son las cuatro de la tarde y Rodney acepta ir de nuevo. Solo lo ha hecho una vez desde cuando lo llamaron a avisarle que el bote apareció recostado de lado sobre la playa, a unos cuantos metros del muelle, muy pegado a la orilla de la carretera, a la que no llegó gracias a las casas que se encontró de frente cuando salió vomitado por el monstruo llamado Iota. Es entendible que sienta dolor al volver a ver lo que para su viejo y toda la familia algún día representó un futuro promisorio. Y, claro está, es entendible que sienta dolor al volver al lugar donde compartió con su padre las últimas horas de existencia.

Acepta regresar, en el entendido de que será la última vez que se suba al barco, por lo menos en las condiciones en las que quedó y porque, de alguna forma, le debe una despedida digna a la embarcación, que ya se había convertido en el segundo hogar de él y su padre. Advierte que tiene el corazón partido y que la pesadumbre por la pérdida de su padre sigue intacta en su alma, que siente cómo su corazón late a mil por hora. Las palabras le salen arrastradas, después de atravesar por entre una tos seca, tos de miedo, de esa que da cuando la adrenalina se riega por todo el cuerpo, pasa por las tripas y sube por la garganta. Sabe que debe llenarse de valentía para volver a encaramarse a “Miss Favianna” después de la tragedia. Rodney promete intentarlo, a manera de homenaje póstumo a ese monumento en que quedó convertido el bote. Y también porque es una forma de exorcismo, que le empieza a sacar los demonios de la desesperanza y lo sane de la desnutrición espiritual en la que quedó sumido después de la tragedia.

Cuando está cerca del barco, a unos cuantos metros, se toma la cabeza con las manos. No llora hacia afuera porque no quiere parecer débil, pero sus ojos adquieren la luminosidad de la tristeza repentina. Rodea la embarcación, la toca por delante y por detrás, palpa la dureza de la madera del casco y se trepa por la parte más baja, aprovechando que el barco quedó inclinado hacia la derecha. Muestra el lugar desde donde se lanzaron al agua, señala

la bodega donde se guarecieron desde la media noche hasta las tres de la madrugada y vuelve a explicar que el movimiento del mar era tan fuerte, que temió que en algún momento saldrían como bala de cañón, con todo y barco, por las nubes. Cree que, aunque su papá murió, tirarse a nadar fue la mejor opción. Por lo menos él está vivo.

Rodney se niega a una fotografía detrás del timón de mando de “Miss Favianna”. Ese era un lugar que le corresponderá eternamente a su padre, al Capitán Wayne Haylock Bush. No demora mucho el recorrido, lo deja a medias y se baja. Ya en tierra, indica con el brazo estirado el sitio donde apareció el cuerpo del viejo. Se da vuelta y quiere regresar lo antes posible a casa. Mientras recoge los pasos, jura que jamás volverá a subirse al barco, insiste, mientras esté en las condiciones deplorables en las que quedó. Con el bote a sus espaldas a manera de fondo fotográfico, vuelve a hablar de su maravilloso viejo:

“El huracán se llevó mi padre, a mi mejor amigo, mi hermano, todo. Yo trato no venir a este lado, no me gusta recordar esa noche. Procuero no pasar por acá, le doy la vuelta a la isla si puedo para no volver a ver esto y para ver si no vuelvo a recordarlo”.

De nuevo en el malecón se sienta en el escaño de cemento y saca otra cerveza. Algunos jóvenes pasan en moto y lo saluda. “Eyy Rodeny, cómo vas mi hermano”, le gritan. Él atiende el gesto con la mano haciendo la victoria y luego dándose un suave golpe en el pecho, en el corazón. Se ha vuelto más popular entre los nativos después de Iota, más sociable, más cercano a la comunidad.

“Yo ahorita estoy ayudándole a la gente a reconstruir sus casas, a ponerles el toldo, ayudando a cualquiera que yo puedo ayudar. Yo no me voy a ir, no me pienso devolver a mi país, voy a seguir aquí ayudando a la gente que pueda ayudar. Me siento bien haciéndolo, yo me siento bien haciendo eso y mantengo mi mente ocupada y no mantengo pensando en la tragedia, y en la muerte de mi papá. He ayudado a ponerle techo a las casas vecinas, a más de una casa, también limpió los patios,

en lo que pueda ayudar ayudo, sin cobrar nada”, añade, ahora con un rostro más afable, quizás la luz ya tenue del sol le suaviza la expresión. Habla con más avidez. Regresar a Miss Favianna tuvo efectos inmediatos.

Llegó la hora de analizar su futuro y cree por el momento, que ese futuro no está en Honduras, su país de origen, una nación que también se ahoga en la desigualdad social y donde la pobreza está a la orden del día. De hecho, esa es una de las razones que lo empujaron a venirse para Colombia.

“Yo me vine de Honduras de mi país, para trabajar buscando un futuro mejor aquí en Providencia, por eso es que sale uno de su país, para tratar de ayudar a su familia a que vivan mejor. En Honduras las cosas en estos momentos no están muy buenas. Uno viene para acá es para eso, para buscar una vida mejor, uno propone y Dios dispone. En Honduras también el huracán pegó duro hubo muertos, pero aquí no hubo muchos, pero la tragedia fue peor”.

Antes de despedirse, necesita recalcar un tema que le ha estado dando vueltas en la cabeza: volver a dejar en claro que vino a Colombia con la única idea de trabajar y ganarse la vida decentemente, sin meterse en negocios raros ni cosas ilegales. Por lo mismo, vuelve a destacar el ejemplo que le dejó su viejo, el capitán de barco, como decide llamarlo de ahora en adelante.



“Normalmente todos los días íbamos al barco, nos metíamos al mar, le hacíamos mantenimiento y revisábamos los motores. Ya llevaba un año el barco anclado. Lo pintamos, lo limpiamos y lo manteníamos limpio bonito, para empezarlo a trabajar pronto”, enfatiza.

Rpdney culmina el relato con una frase que resume una vida de vaivenes, de sus 42 años la mayoría encaramado en una montaña rusa con caídas hacia la desgracia y subidas hacia el optimismo. Mucha fe debe correrle aún por las venas a este marinero hondureño, para hablar como habla:

“Primero fue el Covid19, después el huracán que me dejó destruido, sin papá y sin Miss Favianna, pero pues bueno, gracias a Dios estamos y seguimos vivos”.

Muestra sus brazos tatuados seis veces, pero tres de los tatuajes son muy acordes con esta historia de amor filial, de esperanza y fe. En el izquierdo se ve un timón de barco y el nombre de su papá en letra cursiva. En el derecho hay escrito un premonitorio mensaje que se mandó hacer en Jamaica, en el año 2016, antes de venirse para Colombia, cuando ni a él ni a su padre les pudo haber pasado por la cabeza la idea de que, cuatro años más tarde, iban a enfrentarse a un mar endemoniado y que él le iba a ganar la batalla al demonio, al más letal huracán de la historia reciente del Caribe:

“HUNDIRSE NO ES UNA OPCIÓN”

CAPÍTULO 2

Las Sacha

Los días de Sacha Whitaker se volvieron un poco rutinarios después de Iota. No tardó mucho en acomodarse laboralmente, aprovechando que la nueva “normalidad” pareció llegar y consiguió trabajo como ayudante de cocina, en las mañanas y hasta el mediodía, de un improvisado restaurante, frente al Hotel Morgan, un sector que podría considerarse la nueva “Zona Rosa” de Providencia. Después de la emergencia, el lugar se volvió el punto de encuentro obligado, no solo por los servicios gastronómicos que ofrece, también porque se convirtió en una especie de tertuliadero vespertino y nocturno. Nativos, uno que otro “gringo” de los que nunca regresaron a su país, funcionarios de organismos de socorro y militares que llegaron a trabajar en la reconstrucción y remoción de escombros, se dan cita allí a partir de las cuatro, cuando el sol amaina y las gargantas piden a gritos cualquiera de los tres tipos de licor que más se consumen: el agua, la gaseosa y la cerveza.



Sacha es una morocha gruesa, de ojos grandes y piel brillante. Habla poco, aunque mira y analiza mucho. Fisgonea y perfila, muy a su manera, a cada uno de los clientes que visitan el negocio. Desde su privilegiada posición, los fogones, se entera de quién entra y quién sale, qué piden los comensales todos los días al desayuno y al almuerzo. En cuestión de semanas le conoció el gusto gastronómico a la mayoría de visitantes. Tan pronto los ve llegar, ya sospecha lo que va a comer el ingeniero, el oficial de la Armada o el Ejército, el socorrista, el doctor, el periodista, el arquitecto del Ministerio de Vivienda o el delegado de la Unidad de Gestión del Riesgo y del Desastre, los asiduos clientes de su patrona.

Habla poco, sí, pero cuando se trata de lo que les pasó a ella y a sus familiares la noche del domingo 15 y la madrugada del 16 de noviembre, se le activa “el automático” de la lengua y dispara sus recuerdos. Sacha es una sobreviviente “especial”, podría decirse, porque, paradójicamente, se salvó de morir por obra y gracia de quien sería rotulado oficialmente como la primera víctima fatal del huracán: un tío “político”. Ella cuenta que el ahora difunto fue quien le desatascó el zapato, atrapado entre el piso y una pared de la iglesia que se les vino encima, cuando intentaban alcanzar un refugio más seguro, pues el baño en el que se metieron casi todos, amenazaba con caerle sobre sus espaldas y cabezas. Los rezos no daban abasto.

La ironía, la paradoja y las coincidencias parecen perseguir a Sacha Whitaker. Su marido, un hombre inmenso y moreno como ella, es primo de otra isleña llamada Sacha, pero de apellido Livingstone, que a su vez es hija de don Rogino, el difunto que le salvó la vida. No es fácil encontrar a dos tocayas de nombre Sacha, en especial si se tiene en cuenta el espacio poblacional de Providencia, una isla cercada por una carretera que no mide más de 18 kilómetros.

Antes del huracán, las Sachas de esta historia poco se hablaban entre sí. Iota las unió, en la vida y en la muerte. Y en la vida después de la muerte. La noche del huracán fue la Whitaker quien convenció al terco de su marido,



Henry Mcklean, que no se quedaran en la estrecha casita que comparten desde cuando decidieron casarse. Es una vivienda frágil, de latas y tablas, levantada sobre una plancha de concreto, en el sector conocido como “Casa baja” que, a juzgar por el aspecto deprimido que se nota en las fachadas de gran parte de las casas, podría compararse con una comuna, de las que existen en capitales del interior del país.

A regañadientes su marido Henry aceptó que salieran, cuando se percató por las redes sociales y vecinos, que la cosa iba en serio, que “la tal tormenta” viajaba a pasos agigantados en dirección a ellos. Desde horas del mediodía, su tío Rogino había contemplado que se resguardaran en la Iglesia, en caso de que la situación se agravara. Todo el clan seguía los consejos del viejo Rogino, a quien también solían llamar “Don Fuentes”, un extraño apodo de cuyos orígenes nadie se quiere acordar y cuya autoría atribuyen a su esposa. Acordaron que esperarían el paso del huracán dentro de la iglesia, una construcción de concreto, pintada de un amarillo intenso, amplia y larga, en la que seguramente tendrían cabida todos, parientes, vecinos, amigos y hasta forasteros, en caso de ser necesario.

Se trata de un templo Bautista, el mismo al que, antes de Iota, asistían religiosamente todos los domingos. Si es tan amplio que caben hasta cien personas por culto, ¿por qué no tener la iglesia como refugio comunitario?, concluyeron. Y allá fueron a parar todos, en su mayoría los Livingstone, liderados por don Rogino, un buen hombre, pescador en sus ratos libres, trabajador del transporte informal y la mensajería, con disponibilidad 24 horas.

Don Rogino era una persona muy conocida en la isla. En él depositaban su confianza comerciantes y empresarios que necesitaban enviar cantidades de dinero, pequeñas y grandes, encomiendas y domicilios de última hora. El viejo hacía esas vueltas y muchas veces ponía la plata del envío de su propio bolsillo, cuando el cliente no tenía forma de llevársela personalmente. Nunca se quedó con un peso ajeno, apresura a decir la hija, Sasha Livingstone. Era un hombre de Dios, inofensivo, lleno de fe.

Fue en la iglesia, la noche del 15 de noviembre, donde se volvieron a ver las dos Sachas, la Whitaker y la Livingstone. Hasta ese día no era muy común que se encontraran, pese a que sus viviendas están separadas por no más de 200 metros, cerca de la vía principal, la que bordea la isla completamente. Por cosas del trabajo de ambas, no se cruzan mucho, salvo en actividades sociales de la familia, como cumpleaños y bautizos y, de vez en cuando, en el culto dominical.

Sacha Livingstone aún se pregunta cómo es posible que un ser como su padre haya muerto de esa forma, un tanto absurda. Es que, irónicamente, esa madrugada él fue el que se echó la responsabilidad al hombro, sacándolos a todos de la iglesia, casi a empujones, hasta ponerlos en un lugar más seguro, cuando la segunda pared no aguantó más la constante y potente golpiza de la tormenta y se vino abajo. Uno a uno los fue pasando, ancianos, mujeres, niños, un gato, al refugio del templo. Allí aguantaron hasta las primeras luces del día, aún el huracán sostenía su fuerza y rugía como un león herido y el agua del mar se negaba a salir de las casas.

Los Livingstone comparten un buen pedazo del barrio y, como casi todos los nativos, construyeron sus viviendas una enfrente de la otra, a manera de complejo familiar y de tal forma que mantienen comunicación constante y comparten alegrías, necesidades, esparcimiento y fe.

Cuando la oscuridad de la noche arrojó la isla, acompañada de las primeras ráfagas embravecidas, la familia entera y algunos vecinos ya estaban dentro de la iglesia, unos orando y otros en alabanza, repasando el improvisado plan de evacuación diseñado por don Rogino, para en caso de que las cosas se pusieran serias. Hasta ese momento, al igual que la gran mayoría de residentes, el huracán “no metía mucho miedo”. Lo subestimaron, quizás porque lo compararon con el huracán anterior, el Beta, que no causó gran daño en la isla, salvo unas treinta casas destruidas y muchas destechadas. Se confiaron en la certeza de que Iota sería otra “gran tormenta”, como las muchas que veían pasar cerca en época de huracanes caribeños.



Don Rogino les explicó que también podían contar con el kiosco de la abuela, pero ante la eventualidad, “casi improbable”, de que la iglesia sufriera averías de consideración. El kiosco de la abuela está justo en la parte posterior de la iglesia. La otra alternativa, más remota aún, era el baño de concreto. El templo y el refugio están separados por unos treinta metros. Así las cosas, se sentaron a esperar y a elevar plegarias.

Pero las cosas se fueron complicando con el paso de las horas. Sasha Livingsgtone concluye que, aunque las abnegadas plegarias no evitaron que la iglesia sufriera los estragos del huracán, sí les sirvió para imprimirles fortaleza, tranquilidad y sabiduría al momento de tomar las decisiones más acertadas, así como para mantenerlos unidos. Como a eso de la una de la madrugada, cuando estuvieron seguros de que la tormenta ya era un poderoso huracán y los primeros pedazos de techo y ventanales comenzaron a caerles encima, pusieron en marcha el “plan evacuación”, siguiendo las instrucciones de don Rogino, que se puso en la tarea de formar a su gente, priorizando ancianos y niños, para salir hacia el kiosco, previsto como segundo punto de encuentro.

“Nosotros salimos de la iglesia que se estaba derrumbando, salimos directo con las niñas y con los hijos de otra mujer, mis hijos, mi suegra, y mi suegro, que es el hermano de la esposa del difunto. Salimos en medio de los escombros y como la abuela tiene un kiosco cerca de la iglesia, buscábamos refugiarnos ahí”, recuerda Sasha Whitaker.

En ese momento, el huracán ya estaba alcanzando su máxima categoría, dato que los Livingstone y seguramente el resto de habitantes de Providencia no tenían por qué saber. Pero ante el impacto de los vientos contra las paredes que, además, hacía temblar el piso, todos empezaron a temer que la situación estaba tomando visos de tragedia de grandes magnitudes. El sonido que se escuchaba en el exterior era tan desconcertante como intimidante. Quienes se atrevieron a asomar cabeza por entre las rendijas, afirman que pudieron “ver el viento”. La lluvia bombardeaba los techos, antes de que el viento se encargara de arrancarlos con todo y vigas.

Don Rogino pidió a gritos que un grupo pasara al baño del kiosco que, aunque pequeño, ofrecía mayor seguridad especialmente a niños y ancianos. Había que meterse ahí, a como diera lugar, apiñarse.

“Corrimos para el baño en medio de la lluvia y el fuerte viento que arrastraba palos y escombros, cuando logramos llegar, todos ya dentro del baño, sentimos que algo cayó, pero no sabíamos qué era lo que se había caído, pensábamos que el baño se iba a derrumbar”, agrega Sasha, explicando que lo que sintieron caer no fue el baño, sino las paredes de la iglesia, de la que minutos habían salido providencialmente. El baño, en efecto, no sufriría mayores estragos, salvo unos cuantos “rasguños” a su fachada ocasionados por las latas que arrastró el viento. Semanas después de la tragedia, el baño permanece erguido en el patio, como un monumento a la supervivencia, al milagro.

Hubieran podido permanecer en el baño los que alcanzaron a meterse en él, pero pudieron más el miedo y la incertidumbre y sintieron la necesidad de salir de allí también. El ruido incesante producido por la caída de “cosas” afuera, les hizo creer que al igual que la iglesia, el baño también se les iba a venir encima de un momento a otro. Don Rogino activó la fase tres del plan de evacuación y de nuevo gritó pidiendo que había que salir y pasarse al refugio, la última “tabla” de salvación. Siendo casi las tres de la mañana, el huracán alcanzaba su máxima potencia y lo que horas antes les pareció una “fuerte

tormenta”, ya lo consideraban un “cataclismo”. Llegaron a pensar que era el fin del mundo.

“Entonces dijimos que nos íbamos a cruzar para el albergue y los que estaban en él, nos decían que nos entráramos”, explica Sasha Whitaker, ligeramente alterada por el recuerdo de esas horas dramáticas.

Concluye que quizás ese fue el momento de mayor angustia, porque de pronto se sintieron como flotando en una nube de caos total. Todo el mundo gritaba, todos daban órdenes. Los del refugio les gritaban a los del baño que salieran de una, que no esperaran más, que tenía que ser ya o si no morirían todos. Y es que salir del baño tampoco era una opción fácil de cumplir. Era una tarea igual de peligrosa que implicaba demasiado riesgo, pues debían salir uno por uno, pegados a la pared, ante la inminencia de que el viento se los arrebatará al concreto al que se aferraban o que les cayera una teja encima y los degollara y, en el peor de los casos, una pared.

Optaron por dejar el baño, en un último y desesperado intento por alcanzar el refugio, pero no podían ingresar por la puerta principal, pues abrirla significaba enfrentarse a la altísima posibilidad de que el agua, acumulada en forma de cuneta afuera, se les metiera en el refugio. La ventana se les convirtió en la única alternativa. Ante semejante panorama, Sasha Whiwater estimó prudente no salir del baño y, por un instante, creyó que lo más seguro era continuar encerrada allí. Luego decidió que sería la última en abandonarlo, mientras miraba la forma torpe y a ciegas en que los demás se iban alejando, como en cámara lenta, pegada la espalda a las paredes contiguas al refugio, cuidándose de evadir los primeros lagos que ya habían formado las aguas del mar, so pena de hundirse en ellos y ahogarse. Alguien gritó que tuvieran cuidado al momento de pisar, advirtiendo que el suelo estaba convertido en un tapete cubierto de desechos, vidrios, pedazos de cemento, baldosines y piedra, arrastrado todo por las olas del mar que se metió al barrio. El miedo estaba alcanzando niveles que hacían pensar en lo peor, haciendo trizas el presagio más optimista.

Tal como lo decidió, la última en salir del baño fue Sasha. No vio a nadie más y temió que la dejaran sola, atada a su propia suerte. Se encomendó a Dios, recordó el Salmo 91, en el que el Rey David le pide al Jehová que le envíe ángeles que lo guarden en todo el camino. Decidida, abandonó el pequeño cubículo de concreto. Pese a sus casi 70 kilos de peso, el viento la zarandeó de un lado a otro. Hizo esfuerzos ingentes para adherirse a la pared, siguiendo el ejemplo de los otros. Pero ocurrió lo que más temía: su pie se atoró en algo, abajo, dentro del agua.

“En ese momento comenzamos a salir, yo era la última porque yo estaba pegada a las paredes, cuando yo voy saliendo, no sé con qué me enredó entre los escombros y me caigo. Yo iba a entrar por un pasillo porque por ahí se estaban pasando los demás, además para ahorrar tiempo”, recuerda, su rostro adquiriendo expresión de terror.

Al momento de narrar este episodio, abre sus enormes ojos y se lleva la mano a la boca, en gesto de susto, como si estuviera viviendo otra vez ese momento de pánico. Su marido se había llevado los niños adelante, aparentemente ya estaban a salvo en el refugio. Sintió alivio por la suerte de sus seres queridos, pero no podía desprenderse del pánico de sentirse sola en semejantes condiciones, en medio de una horrible noche que parecía no iba a cesar. Se le ocurrió la estupidez de pensar en una escena de la película “Titanic”, pero rápidamente volvió a la realidad, a la suya, a la de la vida real, la que no permite borrar, editar, repetir escenas. Le asaltó la idea de que, en caso de morir en ese momento, nadie se daría cuenta, porque, entre otras cosas, el viento aullaba tan fuerte, los objetos seguían cayendo y aplastándose contra el suelo con tal estruendo, que era imposible que la gente que ya estaba dentro del refugio escuchara sus gritos de auxilio.

La situación de Sasha no podía ser más apremiante: sola y con un pie atascado en el fondo de un charco. Gritó. Como era de esperarse, nadie respondió, por lo menos ninguno del grupo que ya se sentía a salvo dentro del refugio. Por primera vez, fue



consciente de la inminencia de la muerte y sintió la necesidad de una elevar oración pidiendo perdón por las cosas malas que hizo en este mundo, arrepintiéndose ante Dios y clamando por su esposo e hijos que, pensó, ya estaban a salvo y podrían aguantar hasta la salida del sol. La oscuridad era total. Lloró. Las lágrimas se confundieron con el agua salada que seguía cayendo desde todas partes como flechas. Fueron segundos que parecieron eternos y cuando creía estar contando sus últimos suspiros, antes de ser tragada por la inundación, escuchó la voz.

“Cuando yo me enredo en los escombros, empieza a llamarme alguien, a decirme Sasha, Sasha, Sasha. Era el señor Fuentes, don Rogino. No sé cómo, pero se dio cuenta que yo estaba de última, me tomó de la mano y me jaló duro, durísimo, incluso me dolió un poco el brazo”.

En este momento detiene la narración y llora un poco. A su lado está la otra Sasha, la



Livingsstone, hija del difunto, que sigue atenta el relato. Se abrazan. Luego caminan juntas hasta donde aún está el muro que la mantuvo atrapada y desde allí decide continuar la historia de su drama y su cercanía con la muerte.

“En ese momento fue cuando me pude soltar del zapato y entonces salté y me monté por la ventana y crucé, no mire si él (don Rogino) venía atrás”.

Don Rogino apareció de un momento a otro, viniendo del lado de la iglesia con otras personas, pero Sasha no tuvo mayor claridad de quiénes se trataba, por lo menos no en ese instante, pues todo ocurrió fugazmente. Después se enteraría que eran unos niños y el abuelo. Ella no se atreve a decir si Don Rogino escuchó sus gritos en medio del caos reinante, o si simplemente apareció como un ángel enviado por Dios. Lo cierto es que él fue quien le salvó la vida en el último instante.

“Lo vi que corría y corría con los niños y con el abuelo y se quedó afuera. Esa fue la última vez que yo lo vi”.

Ya adentro, a salvo temporalmente, Sasha se sentó a llorar de la forma como no había podido hacerlo antes, mientras abrazaba a su esposo e hijos. La tensión era total, el miedo seguía intacto, el peligro no había pasado. Sasha no se sentía segura, pensando que en los otros sitios en los que creyeron que estarían a salvo, la iglesia y el baño, corrieron peligro. Se preguntó si en este refugio no pasaría igual.

“Cuando ya estábamos todos adentro, fue que alguien se dio cuenta que no estaba el señor Rogino y empezaron a llamarlo por su nombre y por su apodo: Fuentes, Fuentes, Fuentes, don Rogino, gritábamos, pensando que de pronto se había refugiado en el baño o se había devuelto. Bueno, dijimos que íbamos a esperar hasta que amaneciera, porque pues en la oscuridad, con brisa y el agua que subía, no se veía bien. El arroyo se creció y todos los pasos para movernos se taparon de agua, entonces en ese momento estábamos esperando, esperando, para que fuera de mañana”.

Sasha cuenta que nadie se atrevió a dormir, salvo algunos niños en brazos de sus padres. Vieron pasar los minutos, casi que los pudieron contar uno tras otro, porque el tiempo se les alargó. Las primeras luces del nuevo día traerían algo de seguridad y les facilitaría hacer un balance de pérdidas materiales. No pensaron en pérdidas humanas, aunque en ese momento el señor Fuentes seguía sin aparecer. La esperanza era que estuviera en alguna casa contigua, en el entendido de que se dedicó a ayudar a todo el mundo, no solo a su propia familia sino también a la vecindad. Nadie sospechó que el destino final del querido “señor Fuentes” había sido la muerte, que había muerto desde la madrugada, justo cuando le desatoró el zapato a Sasha.

“Cuando ya amaneció, a eso de las seis y pico que el agua bajó, fue que uno de los primos de Sasha Levingstone se asomó por la ventana y vio al señor Fuentes boca abajo, con los escombros encima. Le había caído una pared

grande encima, pero nosotros no nos dimos cuenta porque el agua ya estaba muy alta, casi al nivel de la ventana”, narra, lanzando una mirada furibunda que no encuentra destino. Si fuera posible ver el momento preciso en que a una persona se le encoge el corazón, bastaría con ver el rostro de Sasha, cuando recuerda el triste final de don Rogino.

Desde el instante mismo en que se enteraron del fatal desenlace, ella no pudo zafarse del sentimiento de culpa que se apoderó de su alma. En su cabeza no dejó de dar vueltas el último recuerdo que le quedó de él, cuando la llamó por su nombre y la sujetó fuertemente del pie hasta sacarla a flote. Aunque nadie tenía por qué recriminarle nada ante un hecho tan accidental e inevitable como el ocurrido, el trago amargo de la impotencia siguió atravesado en su garganta durante muchos días, especialmente en las noches. Muchas veces despertaría de repente, logrando salir de la pesadilla en la que veía a don Rogino llamándola por su nombre y brindándole la mano, como si quisiera llevársela consigo. En esos terribles sueños, Sasha le insistió a su salvador que ni ella ni nadie hubiera podido salvarlo. De todas formas, decidió que en una próxima pesadilla le pediría perdón al bueno de “don Fuentes”. Y así ocurrió. Y santo remedio, se fue a descansar en paz y ella volvió a dormir plácida y tranquilamente.

Las dos Sashas se toman de la mano y caminan hasta la pared que sepultó a su ser querido. Varias semanas después de la tragedia, el muro sigue ahí y es inevitable pasar por su lado y no pensar en el instante en que vieron a Don Rogino debajo de la plancha amarilla, la pared de la iglesia que con tanto esmero ayudó a levantar con sus propias manos. Sasha no se cansa ni se cansará nunca de darle las gracias al padre de su tocaya por haberle salvado la vida y ahora, junto a la maldita pared, le transmite esa gratitud cara a cara. Guarda la esperanza de que el difunto también la escuche desde el cielo, segura de que es allá donde va la gente buena.

“Te puedo decir que el señor Fuentes me llamó a mí no sé si le tocaba a él o me tocaba a mí, él fue el que decidió, pero en parte sí le

doy gracias, se lo agradezco de todo corazón y eso nunca se me va olvidar, no es familiar mío, pero lo llevo en mi corazón, se lo agradezco bastante en donde esté, porque también dejó sus hijas, sus nietos, esposa, dejó su familia”, le dice a su tocaya Livingston mirándola fijamente a los ojos llorosos.

También le da las gracias a Dios. Dice que aprendió una gran lección, que las cosas materiales se recuperan algún día, pero que la vida es sagrada, que solo le pertenece al Creador. Esta oportunidad de seguir viviendo la va a aprovechar en forjar un futuro mejor para sus hijos.

“Esa noche pensé que tenía que sobrevivir como fuera, no por mí, me aferré mucho a la vida por mi hijo que tiene 12 años. Tengo una niña de 19 años que vive en San Andrés y tiene una bebé, mi nieta, de 2 años. Me aferré mucho a ellos y a Dios le dije: Señor, tenemos que sobrevivir”.

Sacha livingstone la escucha con atención y respeto y asiente cada una de las palabras de su tocaya. Aunque perdió a su papá, cree que ganó en las enseñanzas que él le dejó, porque fue un ejemplo para la familia y para la vecindad, incluso para toda la isla, porque casi todo el mundo lo conoció por su trabajo de mototaxista y mensajero.

“Bueno, el último recuerdo que yo tengo de mi padre fue cuando la iglesia empezó a derrumbarse porque estábamos metidos en la iglesia. Intentamos abrir la puerta de la iglesia, la brisa no nos dejaba abrirla, entonces comenzamos a saltar por la ventana. Hasta el final yo me quedé atrás con mi abuelo porque él es discapacitado, él no camina, así que nos quedamos atrás intentando salvarle la vida a él porque él también se dio por vencido”, anota penosamente, con indicios de lágrimas tratando de escapar de las cuencas de los ojos.

Ella también reconoce que su papá fue el héroe en medio de la tragedia, que prácticamente dio su vida por la de los demás, pues no solo le salvó la vida a Sasha. Todo el tiempo la pasó impulsando a los otros a que salieran y les enseñó la ruta de escape y preparó la llegada

al refugio. Sin él, seguramente las víctimas fatales habrían sido muchas.

“Así que al final fue mi papá quien nos dijo salgamos corriendo todos, tenemos que salvarnos, nadie se va a quedar atrás y él empezó a buscar las llaves del kioskito de mi abuela. Pero como que él ya estaba muy nervioso no encontraba las llaves, entonces dijo, vamos a intentar llegar por acá atrás, la brisa nos está haciendo retroceder pero vamos a intentar llegar al albergue. Y desde ahí nosotros nos metimos en el baño y no lo volví a ver”.

Sasha Livingstone fue una de las primeras que salió del baño para alcanzar el albergue y desde ese momento sintió preocupación por su papá, como que algo le anunciaba en su corazón que las cosas no iban a terminar del todo bien. Entre rezo y rezo, arrodillada sobre el suelo áspero y gélido del refugio, gritaba con fuerza el nombre de don Rogino y pedía a los demás que lo llamaran y trataran de buscarlo, desesperada por descubrir el menor indicio de supervivencia. Pero los minutos siguieron pasando implacables y sin respuesta, las oraciones parecían ahogarse en el océano de chillidos y alaridos de niños y animales. De repente, todo se tornó abrumador para ella. Presagió y se preparó para lo peor.

“Yo entré al albergue y empecé a llorar y a preguntar ¿Dónde está mi papá, donde está mi papá?”

Ella prefiere recordarlo como el ángel enviado desde el Cielo para ayudar a los demás esa noche. No encuentra otra explicación, pues desde joven sobresalió en sus trabajos por ser una persona colaboradora, siempre dispuesta a cumplir sus funciones, muchas veces haciendo más de lo que le pedían. Trabajó en un crucero como supervisor, luego manejó una buseta y después en el mototaxismo y la mensajería, haciendo mandados a veces gratis, por simple amistad y aprecio hacia los demás.

“Él era una persona que no se quedaba atrás, él siempre estaba con su familia. Todos lo apreciaban acá en Providencia y en San

Andrés, todos sus amigos los lloran porque ellos saben la clase de persona que era, una buena persona, él nunca decía no, él siempre estaba aquí para todos. Toda Providencia lo lloró. Él hacía moto taxi, él era un mototaxista fiel, le confiaban plata, lo mandaban al banco”, narra, orgullosa.

Sasha Livingstone sostiene en su mano dos fotografías de su padre. En una de ellas se ve en plena jornada laboral y en la otra se ve haciendo una de las cosas que más le gustaba en la vida: la pesca. Se nota sonriente en la imagen, abrazando a dos amigos, optimista. Dice que la vida sin él va a ser muy difícil de llevar, pero al tiempo considera que el legado que dejó será su motor. De repente la vuelve a asaltar la impotencia y llora. Justifica sus lágrimas en la creencia de que hubiera podido ayudarlo, evitarle la muerte. Se recrimina. Señala que, si hubiera regresado a buscarlo, lo habrían podido salvar, pero el problema fue que nadie escuchó la caída del muro, por culpa de la lluvia y el viento tan fuertes. Una de las mujeres de esta numerosa familia que está a su lado mientras relata la historia, trata de consolarla diciéndole que ya de nada sirven las palabras sobre lo que pudo haber sido y no fue. La muerte es irremediable y solo Dios, le dice, es el dueño de darla y de quitarla. No hay nada que hacer, los golpes de pecho no sirven.

“Un amigo dentro del albergue dijo que escuchó cuando alguien pidió auxilio pero no nos contó, nosotros habríamos hecho de todo para salvarlo, sin importar la brisa y todo lo demás. Porque él ayudó a todo el mundo y porque nosotros no podíamos ayudarlo a él”, se vuelve a lamentar Sasha, echando un vistazo hacia las carpas a las que se fueron a dormir después del huracán.

Al igual que su tocaya Whitaker, varias semanas después de la tragedia, la Livingstone se sigue sintiendo culpable y dice que quisiera que el tiempo regresara hasta esa madrugada fatídica, para que sea ella la que muera y no su padre. Recuerda una anécdota algo premonitoria, a propósito de una frase que les dijo su papá la misma tarde de la tragedia, cuando ya iban camino a la iglesia a refugiarse:

“Mi papá nos dio esa tarde una voz de aliento, porque desde la tarde mi hermanita le decía que tenía bastante temor. Mi hermana le decía a mi mamá antes de que fuera al trabajo, ¿Tú sabes algo? mi mamá, le pregunta, ¿qué pasó? Yo compré todo para este huracán, menos un salvavidas, mi papá le dijo por qué un salvavidas si tienes tus salvavidas allá arriba, entonces para qué vas a comprar uno?. Es que él siempre fue una persona que nos dio consejos, nos dio voz de aliento, él siempre era así con todos, con familiares, amigos, no conocidos, él era ese tipo de persona”.

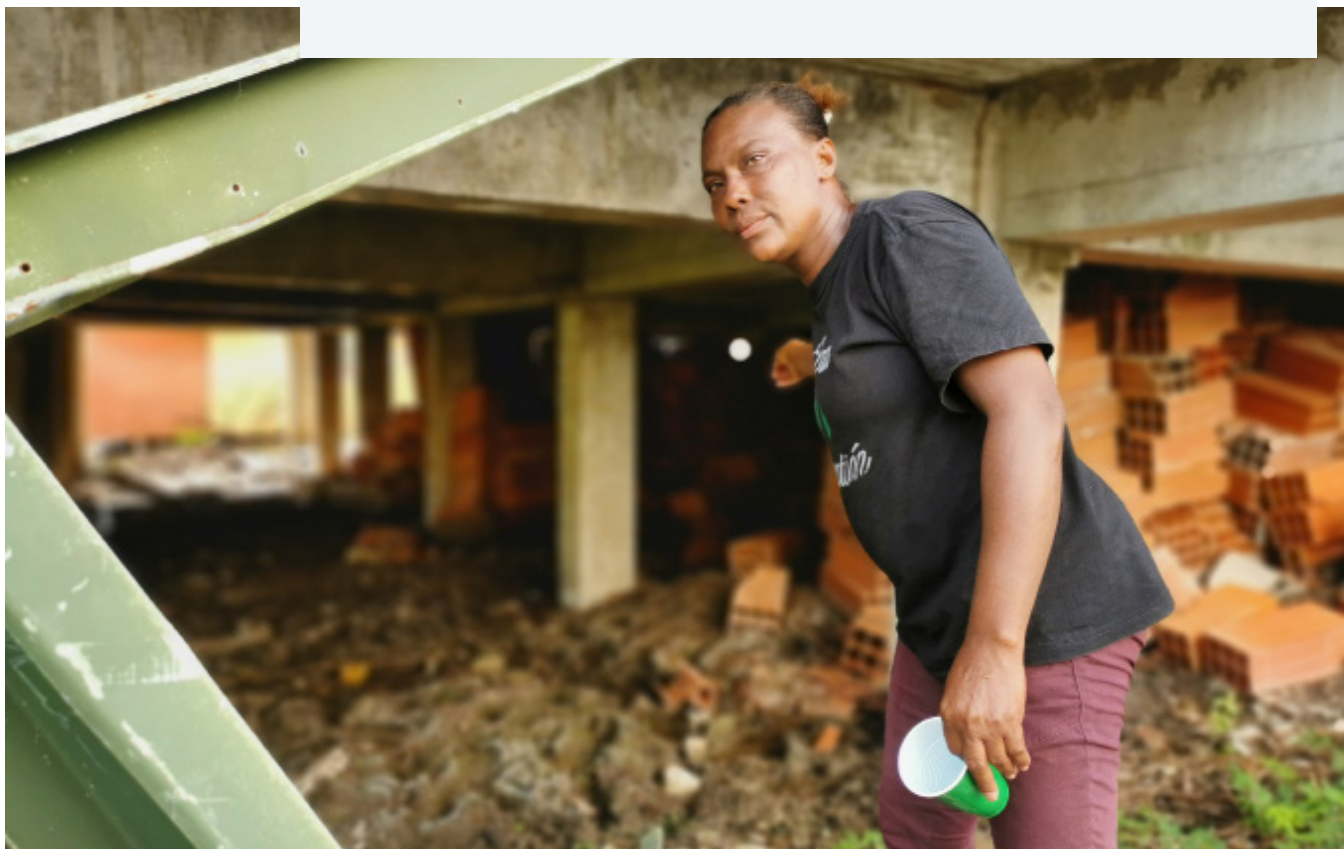
Ahora Sasha está segura que el salvavidas que está arriba, al que se refirió don Rogino, es el mismo Dios que invocaba los domingos en el templo. Sasha Livingsstone estima que, aunque ese salvavidas no pudo salvarlo a él mismo, si lo convirtió en el ángel que los salvó a ellos, al resto de familia y amigos.

Quizás, como dijo la otra Sasha, el ángel del Salmo 91 que ella le pidió a Dios cuando el zapato se le que quedó atorado debajo del muro.

CAPÍTULO 3

La noche en que Dios le ganó la batalla al diablo

Un mes después, el bus permanece parqueado en el mismo sitio donde su conductor lo dejó, el día anterior a la llegada de Iota. Como todas las mañanas, cumplió con el sagrado encargo de llevar a un grupo de niños al colegio. A ninguno de los miembros de la numerosa familia Newball, le habrá pasado por la cabeza la idea de que iba a ser la última vez que el bus trabajaría, por lo menos en el año 2020 y tal vez hasta la mitad del 21. Como tampoco les habrá pasado por la cabeza la disparatada idea de que el viejo Dodge 74, se convertiría en la casa a la que se pasarían a vivir casi todos, a partir del martes 18 de noviembre.



Un mes después del paso de Iota, el vehículo siguió anclado allí, frente a la casa, pero ya no es el mismo, ni cumple la misión que tuvo hasta antes del huracán. A su interior se fueron a vivir diez de los 28 Newball y los primos y primas Livingston, la familia más famosa de Providencia después de la tragedia. En el espacio que durante años fue del chofer oficial, ahora se sienta Nubia, una especie de matrona de clan que lleva la vocería con su potente voz de mando y actitud de jefe de logística.

El huracán les cambió las costumbres a los Newball, pero más a Nubia. Ahora, en las tardes, en cambio de entregarse a los brazos de una siesta, esta morocha de brazos gruesos y piel curtida, acomoda sus 60 kilos sobre la silla detrás del timón y empieza a hacer una de las cosas que más le gusta en la vida: hablar, tirar línea, analizar el país, arreglarlo a punta de filosofía popular y la sabiduría que ha derivado de la bendita costumbre de asistir a la iglesia Bautista, leer la Palabra, alabar, orar y, según ella, hablar con el mismísimo Dios.

“Esa noche el diablo vino por nosotros y Dios no se lo permitió”, exclama, decreta, desde su puesto de mando, abriendo sus hermosos ojos de raro color caramelo, de un brillo un poco similar al de los atardeceres caribeños.

En la parte de atrás del bus “viajan” sus hermanas, sobrinas y primas. Una de ellas, alta y bellamente esbelta, es tan auténtica y extrovertida como su prima Nubia. Adorna los crespos del pelo con una balaca blanca que le da aspecto de princesa africana. Es periodista y se llama Karen. Mientras Nubia habla, ella graba con su celular, hace de reportera y al mismo tiempo de entrevistada. También quiere contar su propia experiencia, pero por ahora no podrá hacerlo. Nubia la increpa, porque en esta familia se respetan los niveles de autoridad. Los que están sentados en la parte de atrás del bus, asienten cada palabra de la “matrona”, aunque a veces la interrumpen, quizás para precisarle datos, recordarle otros y agregar información que de repente pasa por alto. Hablan en Creole, entre ellos. Ninguno de los “continentales” de la UNGRD que la entrevistan, logra entenderles. Hablan rápido,

elevan el tono de voz, parece que discutieran, pero no. Hablan duro y opinan a grito entero, cariñosamente, sin pelearse. La que manda asume su rol de narradora oficial.

Cuenta que esa noche de noviembre, decidieron irse a resguardar al templo, tras considerarlo el sitio más seguro del sector, por amplio y fresco y por la fortaleza de sus cimientos, que salta a la vista con solo mirar la edificación desde afuera: una docena de columnas de cemento, aún en obra gris, de unos 50 centímetros de ancho cada una, sostienen la construcción. No había posibilidad de que el templo se cayera, salvo que Dios pensara lo contrario. La iglesia en la que todos los domingos se congrega la familia, es de origen Bautista, como casi todas las que hay en esta zona de Providencia, más conocida como “Bahía Suroeste”, el sector de los hoteles, las posadas y los restaurantes típicos. Los Newball son fervientes. Y lo siguieron siendo después de Iota, quizás más que antes, agradecidos por la forma milagrosa como se salvaron de una muerte masiva que, a las cuatro y media de la madrugada, daban como segura.

El optimismo con el que llegaron al templo a eso de las siete de la noche a esperar el paso del huracán, se fue desvaneciendo con el lento correr de las horas, en parte por efecto de los apocalípticos sonidos que Iota producía afuera y se colaban por los ventanales que poco, o nada, pudieron hacer para impedir la arremetida de lo que entonces comenzaron a considerar como un vendaval.

“Entramos a la iglesia a las 7 de la noche, estábamos orando, rezando, pidiéndole a Dios que nos salvara, alabándolo, orando por la vida de todos los provincianos. Primero que todo, a las 9 de la noche cuando miramos los celulares, en las redes sociales vimos mensajes que decían que estaban volando los techos de ciertas casas. En algunos sectores nadie pensó que iba a ser tan fuerte el daño”, relata Nubia, no sin antes apaciguar con un grito el ímpetu de primas y sobrinas, que no logran mantener el silencio mientras ella asume la vocería del grupo.



Insiste en dejar claro que todo lo que ocurrió esa madrugada, fue producto de la voluntad de Dios, que las oraciones y la alabanza definitivamente cumplieron su cometido. Nadie murió, dice, mientras inspecciona su alrededor y confirma que están presentes sus “pasajeros”, los ocupantes del bus que duermen ahí con ella. Igual señala a otras personas que permanecen afuera cumpliendo actividades varias, en lo que al parecer era el patio de la casa original. Las cosas materiales vuelven, concluye la “jefa”, mientras lucha por acomodar su cuerpo en el estrecho asiento de chofer.

Nubia sostiene que Dios habla y se comunica de mil maneras y que, esa madrugada, lo hizo a través del huracán. Esa noche no fue la excepción y dirigió todos sus pasos y orientó las decisiones, empujándolos hasta que dieran con una salida segura, porque era inevitable que el techo se les viniera encima de un momento a otro, así como los ventanales de vidrio y parte de las vigas. Pasadas varias horas después de la medianoche, comenzaron a calcular que el refugio de la iglesia dejaría de ser seguro en cualquier instante.

“Estábamos en el albergue de la Iglesia Bautista, pero a las 4:15 de la mañana, cuando aumentaron las brisas y todo se volvió un caos y todo comenzó a explotar, los vidrios, todo, todo, tuvimos que salir por una puerta de evacuación para poder resguardar nuestras vidas”, prosigue, con sus grandes manos entrelazadas y la mirada buscando el cielo, como queriendo volver a darle gracias a Dios.

Eran 28 las personas que se encontraban allí esa noche en el templo, cada una tratando de dar su propia opinión, su propio plan de salvación. La verdad sea dicha no contaban con muchas alternativas, pues a esa hora el viento ya era huracán nivel cinco y atravesarse en la marcha de semejante monstruo viajando a 250 kilómetros por hora, era un suicidio.

Y fue a Dania, hermana de Nubia, a quien se le ocurrió la idea de que todos debían irse para debajo de la iglesia, a un espacio de no más de un metro de alto, pero horizontalmente amplio, abierto entre la tierra y la plancha del templo, mejor dicho, debajo del piso de la iglesia. Quedaron al aire libre por los lados, es cierto, pero sus humanidades cubiertas y a salvo debajo de la edificación, sostenida sobre las gruesas columnas. Providencialmente, días atrás el pastor de la iglesia había acomodado allí mismo varias docenas de ladrillos, que les sirvieron para improvisar trincheras con las que apaciguar el efecto del viento por los costados.

Uno tras otro, visiblemente angustiados pero en forma ordenada, fueron saliendo de la iglesia, pegados a la pared para que el viento no los levantara cual cometas humanas. Había que actuar en cuestión de minutos, pero debían moverse con extremada cautela, muy despacio, midiendo cada paso, pues antes de meterse debajo del templo era preciso tomar una corta bajada, que a esa hora estaba hecha jabón por el agua salada que caía desde todas partes. En circunstancias normales, esta acción no debe tardar más de tres minutos, pero en las condiciones que estaban viviendo en ese momento, llegar hasta el nuevo refugio improvisado, llevaría entre quince o hasta veinte minutos, o media hora en los más obesos y ancianos. La supervivencia de cada uno empezó a depender de la agilidad de quien lo intentara. Pero no encontraron alternativa distinta a la de asumir el riesgo, incluso con la alta probabilidad de morir en el intento. Nubia vio el lugar como una revelación de Dios que debía ser aprovechada al instante. Afuera, y antes de alcanzar el objetivo, los esperaba toda clase de ataques de la naturaleza, misiles de viento llevando ramas y troncos de árboles que viajaban por

los aires, sin dirección alguna, además de las tejas de zinc que seguían desprendiéndose de las casas y hasta electrodomésticos que, literalmente, volaban alocadamente, sin rumbo alguno.

Lo lograron porque la unión hace la fuerza. Formaron una cadena de brazos que midió de largo lo que hay entre la salida del templo y la parte de abajo. Todos llegaron, ilesos, empapados pero sin un solo rasguño. Nubia recuerda que mientras se acomodaban sobre el piso de tierra, ya a salvo debajo de la plancha, vieron pasar por los aires un tanque de almacenamiento de agua, de esos a los que le caben 2 mil litros de líquido, que la fuerza del huracán arrancó de una terraza de cemento.

“Nosotros no sabemos todavía cómo nos salvamos, me imagino que la razón es porque lo único que queríamos y pensamos era que había que seguir viviendo”, recalca ella, sin reparar en sus propios modales, encogiendo los hombros en señal de “no hubo otra opción”. Una de sus primas grita desde detrás del bus-casa que “por obra de Dios”, a lo que Nubia asiente llevándose la mano al pecho.

Ahí mismo, debajo de la plancha de la iglesia, acurrucados unos, encorvados otros, pegados entre sí lo más posible para darse calor humano, aguantaron hasta que aparecieron las primeras luces del nuevo día, pero nadie se quiso parar. Al fin y al cabo, el huracán seguía dando vueltas, seguía metiendo miedo, aullando como un lobo hambriento en busca de presas. Ellos fueron conscientes de que eran las presas.

“Sí, debajo de los postes o planchas de la iglesia, estuvimos ahí hasta las cinco de la tarde, las 28 personas. Todos nos escondimos debajo de los postes, las planchas de la iglesia, de ahí no salíamos. Nos quedamos allí toda la mañana viendo cómo volaban tejas, tanques con aguas, lo más impresionante fue ver tanques de agua volando”.

De las 28 personas que lograron salvar sus vidas debajo de la plancha de la iglesia, 24 pertenecen al clan de los Newball Livingsstone,

los otro cuatro son amigos. Pasadas varias semanas después de la tragedia, se palpa una agradable tranquilidad en el seno de la familia, tanto en los que están afuera y duermen en carpas sobre las ruinas de la casa, como los que ahora viven dentro del bus que transportaba niños al colegio. Nubia les dice algo a las primas en su acelerado creole nativo. Ellas asienten, como si les hubiera pedido permiso para revelar algún secreto, que en realidad es una queja:

“Nosotros vivíamos detrás de una tienda y por la culpa de lota, ahora mismo estamos viviendo dentro de un bus, porque nos quedamos sin casa. Este bus es de un cuñado, él estaba contratado para llevar niños al colegio, pero desafortunadamente todo quedó quieto y la buseta parqueada”, se lamenta y, paso a seguir, exige que el Estado les cumpla con la reconstrucción de la vivienda, la de ella y la del resto de familia.

Por lo pronto, montaron un restaurante con la misma estufa familiar que les sirvió para preparar las tres comidas del día después del huracán. Empezaron vendiendo empanadas de cangrejo en las mañanas, que pronto adquirieron fama y se volvieron todo un éxito gastronómico, al punto que su prestigio llegó a oídos de la gente que trabaja en el muelle y en el sector del Hotel Morgan, donde se reúne la “crema y nata” de la isla. Al principio preparaban 50 empanadas, que en cuestión de semanas ya no dieron abasto. Debieron subir la producción a 100 y luego a 200.

Nubia y las demás “veteranas” del clan olfatearon que detrás del negocio de las empanadas se escondía el del restaurante, pues los mismos clientes empezaron a pedirles que les preparan almuerzos, hechizados por la sensacional sazón. Para atraer comensales más rápidamente, decidieron que el menú debía contener los platos típicos de la isla, arte en el que Nubia y sus primas son consideradas reinas. Los platos más apetecidos en el almuerzo son el guiso de cola y el sudado de carne molida y, a veces, el cochinillo.

Una de las mujeres que prefiere no dar su nombre, interrumpe a su prima Nubia para



recordar que fue ella quien le preparó ese mismo guiso al mismísimo presidente Iván Duque en una de sus visitas al sector. Ese día, el mandatario le prometió una casa nueva y le cumplió, convirtiéndola en la primera integrante del clan familiar en estrenar vivienda propia después del huracán.

Aunque parezca el guion de una sarcástica obra de teatro, la historia de esta familia que se fue a vivir a un bus, es tan cierta como extraordinariamente bella. Sublime. Esconde visos de realismo mágico, muy propio del Caribe. En la parte media del vehículo está lo que podría considerarse la despensa de la casa: tarros de arroz, de frijol, de lenteja y otros alimentos no perecederos. La parte trasera, la que tradicionalmente se conoce en este tipo de buses como “la silla de los músicos”, fue acondicionada como el “vestier” de la familia, a juzgar por los arrumes de ropa arrugada, ganchos de colgar que no se usan y maletas abiertas unas, cerradas otras, que seguramente guardan prendas más íntimas. Al lado del asiento del conductor, es decir donde ahora se acomoda Nubia, el tablero de los comandos del bus se habilitó como fregadero, sobre el que se ven ollas, vasijas de aluminio, cucharas, tenedores y pocillos. Lo único con lo que no cuenta esta “vivienda” con ruedas, es un baño pero, pensarán ellos, para eso está el de la casa, el de concreto, que se salvó del huracán y siguió prestando sus servicios de lavamanos, alcantarilla y ducha.

El bus de los Newball Livingsgtone es una casa rodante “Made in Providencia”, pero de uso temporal y con carácter devolutivo al primo. Algún día, ojalá más temprano que tarde, debe volver a su vieja función de llevar y traer estudiantes de un colegio. Pasará de la algarabía de Nubia y sus sobrinas y primas, a la alegría de los niños volviendo a casa. De hecho, varias semanas después y cuando ya se respiraba algo de normalidad, su propietario obtuvo la promesa del Instituto de Bienestar Familiar para transportar niños de guarderías, al tiempo que una de las empresas en cargada de la reconstrucción de viviendas, le propuso que lo alquilara para recoger a sus



trabajadores y llevarlos a los sitios de trabajo.

Nubia sabe que la estaba en el bus podría llegar a su fin más temprano que tarde. Por eso gestionan con los enviados del Gobierno la obtención de unas carpas grandes, a las que puedan pasarse a dormir mientras les reconstruyen las casas que perdieron, o les hacen unas nuevas. No le suena mucho la idea de las carpas, pues le tiene pánico al calor que encierra durante el día. Pero de un momento a otro tendrá que hacerlo, salvo que antes le entregan vivienda nueva, algo que ve con un poco de pesimismo, a juzgar por la mueca que deja escapar.



Prefiere no seguir flotando en esas ilusiones y decide reiniciar el relato. Se ha quedado pensativa un momento, permanece inalterable, quizás rumiando la que será su próxima cátedra, la que le hace falta a esta historia que por ahora solo ha sido de drama y supervivencia. Ella sabe, como buena creyente, que el componente espiritual hay que compartirlo con el resto del mundo, porque nada de lo que pasó aquella madrugada fue obra del ser humano ni de la imaginación de un escritor de novelas de terror o de suspenso. Ella tiene su propia definición del asunto:

“Esa noche hubo una batalla entre Dios y el diablo. El diablo quería llevarnos y Dios no se

lo permitió”.

Y a juzgar por lo que sigue diciendo, sus palabras no parecen producto de la imaginación o de una repentina inspiración producto de la fe y de lo que algunos podrían llamar fanatismo. No. Lo dice con convicción, con seguridad arrolladora, la mirada fija, el ceño parcialmente fruncido y sus ojos absorbiendo el color del resplandor anaranjado de la tarde. Varias personas, que hasta ahora no habían aparecido en escena, se unen al singular auditorio y forman corrillo detrás de las ventanas, afuera, en la entrada delantera de la buseta. Seguramente ya han escuchado el relato de Nubia, pero es tan encantador que quieren repetirlo. Primas y sobrinas siguen pendientes, en función de “notarios ad honorem”, en la medida en que Nubia necesite su aprobación, en aras de ser lo más fidedigna posible.

“Antes de que la presencia destructiva del huracán Iota estuviera sobre nosotros, sentimos un trueno. Luego comenzó como un temblor, todo se movía y uno escuchaba afuera que todo se golpeaba contra todo, los aires acondicionados de la iglesia empezaron a moverse como si se fueran a reventar, solamente tuvimos tiempo de salir de allí, porque cuando salimos todo empezó a caerse, el techo fue lo primero...”

Salimos completamente mojados, había una niña que tenía un año. Estaba un adulto mayor que es mi mamá. La niña de un año es una sobrina. En esos momentos mi mayor preocupación, era salvarlas a ellas, a mí no me importaba que iba a pasar luego conmigo, no me importaba si luego iba a morirme. Lo único que quería era salvarlas, salvar a mi familia”.

Reacomoda su figura en el sillón, carraspea, se lleva una bocanada de aire a los pulmones y hace el intento de coger impulso. A juzgar por la expresión del auditorio, el relato llegará al punto más esperado, el de sus propias y más personales elucubraciones espirituales, las más íntimas que, aunque parezcan de fantasía, jura que las vivió, al punto de declararse

testigo de excepción, como también lo fueron sus compañeros de odisea. Comenzó a media voz y poco a poco fue subiendo el tono, pero siempre ceñida a lo que considera su verdad, por muy inverosímil que parezca, por muy traída de los cabellos que la tilden, pues advierte que se va a meter en los terrenos de lo sobrenatural, lo prohibido, religiosamente hablando.

“El huracán nos hablaba, nos llamaba y les voy a contar porqué”.

Nubia busca una manera diferente de sentarse, salvó virar hacia un lado. Es que la silla no da para más. Se le nota incómoda, pero está decidida a seguir, esta vez dándole la espalda a los espectadores que se han ubicado detrás de la ventana del chofer. Prefiere hablarles directo a la clara a los del grupo de la puerta de entrada, entre quienes sobresale su sobrina Karen, la periodista, que no para de grabar con el teléfono. En el ambiente toma fuerza un murmullo bajito, ininteligible, en creole, por ratos se escuchan algunas palabras en español, pero a nadie se le entiende o por lo menos nadie hilvana una idea concreta. Nubia pide silencio.

“Nosotros, como estábamos en espacio abierto, veíamos cómo la fuerza y la furia del huracán iba destrozando la isla, dicen que uno no puede ver el viento y en ese huracán, yo sí vi el viento, y lo más impresionante de ese huracán, lo más impresionante, es que uno escuchaba que decía el nombre de uno y podíamos escuchar al huracán gritando auxilio, auxilio, auxilio... Las personas que no lo han vivido, no lo quieren creer, pero ese huracán por Dios que hablaba, hablaba... no sé si era el diablo o qué, pero esa experiencia no la quiero volver a vivir”.

Se retuerce sobre el asiento. Se estremece con su propio relato. Por la forma como gesticula cada palabra, da la impresión de que un escalofrío le estuviera recorriendo la columna de arriba abajo. Su piel amarronada se torna pálida. Es evidente que este asunto místico la conmueve con facilidad. Alguien le pasa un vaso de agua que bebe en un santiamén.

En este momento suspende el relato, se

lleva las manos a la cara y suspira. Escudriña el alrededor y comprueba que tiene a su auditorio atrapado. Ella es una líder, una mujer de fe, de convicciones, por lo que todo indica que le creen, pero no solo porque sea ella quien esté contando esta historia, sino porque casi todos los presentes fueron testigos del mismo acontecimiento, según lo van murmurando por lo bajo. Una de las tías de la familia confirma que también escuchó los lamentos de Iota, sus bramidos, similares a los que suelta una vaca en medio del sacrificio. Otra de las mujeres repite que “vieron el viento”, que escucharon “la voz del diablo” camuflada entre las ráfagas de la tormenta.

Alentada por los murmullos que asienten cada una de sus palabras, insiste, con la mano levantada en posición de maestra de escuela, que lo que quería el huracán era comunicarse con sus víctimas, decirles algo, advertirles de algún suceso peor o más catastrófico. De ninguna otra manera logra explicar la serie de sonidos de ultratumba que los aturdió hasta la tortura durante varias horas de esa madrugada. Nubia explica que la voz del huracán se dejó escuchar especialmente en intervalos, cuando el viento y la lluvia caían hasta el suelo y luego volvían a levantarse. Era una voz ronca que salía del cielo y bajaba al nivel del piso, susurrando amenazante, parapetada detrás de las puertas de las casas. Nubia cree que estaba pidiendo que le dieran permiso de entrar.

“Mira, no estoy diciendo que estaba haciendo un sonido el viento, te digo que el huracán hablaba y se le entendía auxilio, auxilio, ayúdenme. Eso fue lo que nosotros escuchábamos. En la oscuridad veíamos ráfagas. Se veía como... mmm, es que no sé cómo decirte, uno veía que el polvo de la arena, o no sé si era arena, que todo eso venía cuando salimos. Es difícil creer todo lo que pasó. Nosotros somos hijos de Dios y nadie puede explicar cómo sobrevivimos, solamente Dios, porque uno como ser humano no lo puede creer. Si a la isla vuelve a pasar un huracán de estos, no sabría qué pasaría, solamente Dios sabrá, Él sabe qué pasó con Iota, cómo están los sobrevivientes y porque estamos vivos”.

Nubia no deja de reflexionar en que ese día



el diablo y Dios se engancharon en una pelea, una batalla que deja muchas enseñanzas. Está segura que detrás de cada una de las angustias que vivieron ellos y todos los habitantes de Providencia, también se escondía un mensaje de Dios. Explica que, a su juicio, aunque esa batalla la ganó el Todopoderoso, Él quiso dejar una señal de aviso, porque la gente ha cambiado mucho, ahora hay menos creyentes, se ve más rumba y menos culto, se habla de drogas, de delitos, de armas. Dice, con gesto de resignación, que la isla ya no se parece a lo que era hace unos años, la pureza que se respiraba ya no se siente igual, la tranquilidad, la paz, la solidaridad, se han ido desvaneciendo.

Le preocupa que los jóvenes se estén alejando de la iglesia, seguramente porque el dinero fácil los está volviendo autosuficientes y la autosuficiencia lleva a la soberbia y la soberbia a la maldad.

“Dios nos dio una lección para demostrarnos que Él tiene más poder que el ser humano. Es como si estuviera castigando la soberbia.

Hay que seguir el proceso y alabar a Dios únicamente. Dios nos dio una lección: que lo material es lo de menos, que lo más importante es la vida, como en la época de nuestros ancestros. Nosotros ese día que estábamos en la iglesia, solamente le estábamos pidiendo a Dios que nos protegiera. El huracán Iota y Dios me enseñaron que hay que vivir con fe y amor, a vivir mejor con las demás personas, hay que aprender a convivir. Nadie quiere volver a pensar en ese momento, nadie lo quiere recordar, y menos volverlo a vivir, es mejor dejarlo en el pasado, en el pasado... ahora nos toca tratar de vivir el presente”, concluye, soltando sus palabras sobre un tono tierno, manso.

Comienza a pararse sin prisa, en cámara lenta. Sus kilos de más le han ido quitando reflejos y flexibilidad, aunque no es una mujer de edad avanzada. A simple vista, aparenta no pasar de los cuarenta. La rareza de colores que salen de sus rasgados ojos tipo oriental, le imprime un tono maravilloso al rostro levemente herido por el sol, un rostro fresco, sin una pisca de

maquillaje. Se nota que prepara sus últimas frases antes de partir a inspeccionar las faenas culinarias de la tarde. Es evidente que está cansada. Ya son tres horas sentada en el puesto de chofer del bus-casa. Se antoja de un café y pide que se lo preparen. Ya de pie, adquiere postura de gurú finalizando una conferencia, entregando al auditorio los puntos más concluyentes de su impecable intervención:

“Yo le pido a Dios todos los días perdón”.

Antes de que se baje del bus, la sobrina periodista le pregunta hasta cuándo van a permanecer viviendo dentro del automotor. La tía le responde que esa es su casa, la casa que Dios les prestó mientras les fabrica una nueva, ojalá mejor que la que tenían antes de lota.

“Nosotros vamos a quedarnos a dormir acá hasta cuando consigamos un techo fijo, por ahora nos han dado unas carpas, en ellas nos estábamos mojando, preferimos quedarnos acá en el bus aguantando calor, que mojarnos, preferimos eso en vez de contagiarnos del coronavirus”, responde vehementemente.

Ya afuera del vehículo, muestra el centenario árbol de ceiba que domina la cuadra. Es el más viejo de la isla. Sus ramas, a unos 20 metros de altura, cubren casi media calle. Es el único sitio donde guarecerse del inclemente sol del mediodía. Nubia compara el árbol con la existencia humana y concluye que la sabiduría llega con los años, como la ceiba, que decidió quedarse justo ahí, donde el diablo metido en el lota no le hiciera nada. Ni siquiera le quitó hojas, dice, antes de comenzar una especie de ritual: huele la piel de sus brazos, sus manos, los dedos anchos, se toca el pelo, sacude su falda de colores caribeños. Se inventa una risita irónica, mira al cielo y exclama, como si le estuviera pidiendo otro gran milagro al Todopoderoso:

“Ayy Dios, por lo menos quítanos este olor a sal. Esa noche estábamos todos mojados y estábamos llenos de arena y de sal en nuestros cuerpos, duramos días bañándonos, bañándonos y comenzamos a oler a sal, la sal se quedó pegada por siempre a nuestros cuerpos”.

CAPÍTULO 4

El bombero y Job

Milford Bent es un moreno alto, de una bien mantenida contextura atlética que luce debajo de una camiseta ceñida al abdomen, combinada con una gorra azul que usa religiosamente, en horas de oficina y en la calle, que lleva marcado en la visera el logo de los Bomberos de Providencia. La cachucha le da aspecto de beisbolista de las Grandes Ligas, con un dejo al gran pelotero barranquillero Édgar Rentería. Habla un español que a veces se atasca entre el castellano, el creole y el inglés, aunque se hace entender fácilmente. Este sanandresano es de pocos gestos a la hora de narrar las historias que vivió. Permanece imperturbable mientras cuenta la maravillosa experiencia que lo acercó a la muerte. Se aferra con pasión de jugar a su prodigiosa memoria, con la intención de pescar entre ese mar de emociones los recuerdos más fidedignos posibles.



Lo que pasó esa noche le cambió la vida, especialmente en lo espiritual, en lo religioso. A él y a todos con quienes compartió el espacio dentro del cual sobrevivieron la arremetida de lo que, sin dudarlo, compara con el demonio.

Milford se declara un lector ocasional de la Biblia. Admite que, muy superficialmente, antes del huracán Iota se había fijado en el libro de Job, el abnegado creyente que terminó convertido en una especie de “conejiño de indias” de una singular “apuesta” entre Dios y el diablo para medirle su fe. Confiesa que no se interesó en encontrarle sentido al mensaje escondido en dicha lectura. Pero, después de sobrevivir a Iota, este bombero de 37 años se fijó el objetivo de releer el milenar relato del buen Job, considerado el personaje símbolo de la paciencia y de la fe.

Su esposa, que esa eterna noche del huracán lo acompañaba en la estación junto a su hijita, fue quien le hizo ver que la experiencia vivida durante esas aciagas horas, guardaba alguna similitud con los hechos que narra el libro de Job, una lectura que ella sí ha hecho varias veces.

“Esa noche Dios le dijo al diablo que hiciera lo que quisiera, pero que no nos quitara la vida”, relata Milford, recostada su corpulenta figura en la base de uno de los lavamanos del baño en el que se escondieron, un espacio de unos seis metros de largo por cuatro de ancho, todo forrado en baldosa blanca sencilla, sin adornos.

El baño fue el baluarte propicio donde aguantaron la guerra contra la naturaleza, gracias a que está ubicado en el primer nivel de la edificación, pues la plancha en concreto del segundo piso, hace las veces de techo. La mole sufrió averías y daños estructurales que solo al día siguiente pudieron constatar. El “Drywall” que forraba el techo salió volando con las primeras ráfagas de viento. Ventanales, puertas de acrílico y espejos explotaron. Del interior, únicamente los compartimientos modulares de los inodoros salieron incólumes.

La Estación de Bomberos de Providencia está ubicada frente al mar, separados únicamente

por el trazo de la carretera principal, que le da la vuelta a la isla. Es una edificación bonita, de fachada amplia, imponente, pintada de rojo en varias columnas, en alusión al color oficial de este cuerpo de socorro. Desde adentro mirando hacia afuera, se observa perfectamente un buen pedazo de ese océano hermoso, sereno y más azul que de costumbre. Una vista que se abrió por los estragos del huracán. Las puertas de acceso al edificio también se fueron a tierra. Los árboles que se atravesaban entre el edificio y el horizonte del mar, que impedían una vista completa, sucumbieron a la embestida de la borrasca.

Antes de la tragedia, la pequeña hija de Milford lo visitaba regularmente en la oficina, pues cuando no hay emergencias que atender, los bomberos se dedican a labores administrativas y algo domésticas, lo que les permite algo de tiempo para socializar. En varias de esas visitas él intentó enseñarle a la niña cómo bajar de un nivel a otro, deslizándose por el tubo de “Bajada de emergencia”. Pero parece que la niña no lo hizo del todo bien las veces que intentó seguirle el ejemplo al padre, aunque algo de esas improvisadas clases le quedó en la cabeza, lo suficiente para que la noche del huracán lo pusiera en práctica, cuando se dieron cuenta que en el segundo piso les sería imposible soportar el ataque endemoniado de Iota que, llegada la noche, ya amenazaba con tirar al piso la edificación. Milford estaba con la esposa, la niña y dos ancianos vecinos de la estación, que viven solos, por lo que buscaron refugio en la sede de los bomberos. El señor Guinston y la señora Ana, así los llama todo el mundo en la isla.

Milford les tiene mucho aprecio y por eso le pareció una gran idea tenerlos de compañía, por buenos conversadores y porque además tienen un familiar en Estados Unidos, con el que los dos ancianos mantienen comunicación constante. El día del huracán “el primo”, como le dicen, los mantuvo enterados del transcurso del fenómeno natural, pues en La Florida fue noticia todo el tiempo y los servicios meteorológicos entregan datos constantes y muy confiables, especialmente durante las emergencias que desatan los huracanes.



El familiar del par de ancianos los llamó en horas de la tarde a recomendarles que salieran de la casa, pues las noticias que estaba recibiendo en la Florida no sonaban muy alentadoras. El señor Guinston y doña Ana se mostraron un poco tercos al principio, confiados en que, durante el anterior huracán, el Beta, la vivienda no sufrió mayores daños, resistió los vientos. En la medida en que la información entregada por el primo fue más inquietante, los esposos decidieron llamar a la estación en busca de refugio. La terquedad de los viejos cedió ante el miedo a una muerte segura. Milford fue el encargado de ir a recogerlos junto a un compañero.

“Como tipo 9 o 10 de la noche, el primo los llamó a ellos y les dijo que el huracán se estaba fortaleciendo y que la casa no iba a resistir el fuerte viento que iba a pasar”, recuerda Milford, refiriéndose a la vivienda de madera en la que los vecinos habitan, cerca de la playa, muy expuesta a las tormentas y a las olas agrandadas y empujadas por los vientos.

Desde temprano, Milford había pensado en un plan “de escape” en caso de que las cosas se tornaran difíciles, como evidentemente ocurrió. Analizadas todas las alternativas posibles, y tras revisar las habitaciones y patios de la estación, llegó a la misma conclusión a la que habrían de llegar casi todos los habitantes de la isla: el baño. De hecho, en la tarde lo había visitado con la intención de calcular espacios para acomodar colchonetas y cobijas en caso de ser necesario. Además de la seguridad que brindaba por el grueso techo en concreto y las paredes, notó que el baño es lo bastante amplio

como para “alojar” unas diez personas, incluso más si se tienen en cuenta los módulos de los inodoros. En ese momento, Milford no tenía cómo calcular la magnitud de la tragedia que se cernía sobre la isla y, menos aún, que iban a vivir semejante experiencia encerrados en ese mismo baño con su esposa, su hijita, los dos ancianos y uno que otro compañero que más tarde aparecería.

“Entonces nos llamaron y nosotros fuimos y los sacamos de la casa y los alojamos acá en el segundo piso, en un cuarto, pero como cuando eran las 11:00 tipo 12 de la noche la estación en la parte de arriba se empezó a desbaratar y tuvimos que bajarlos y alojarlos en el baño”, explica el bombero, muy concentrado en la manera como atendió a los dos invitados, cuya atención y cuidado priorizó.

Milford y su esposa e hija también aguantaron arriba, en el segundo piso, hasta cuando las paredes empezaron a estrujar y a meter pánico. Una cosa es vivirlo, escuchar ese crujir con tus propios oídos, ahí mismo, y otra cosa es que te lo cuenten, dice el moreno bombero, aún sugestionado con los simples recuerdos, pese a que ya han pasado varias semanas desde la tragedia.

“Mi persona estaba arriba cuando se empezó a desbaratar la estación, cuando arriba todo se empezó a destruir, a mí solamente me dio tiempo para bajar a mi hija por el tubo de emergencia. Entonces estábamos en el segundo piso y bajamos por el tubo, mi esposa y mi hija. Mi hija tenía mucho miedo para bajar por el tubo y yo le dije que bajara como si estuviera jugando en el parque y ella bajó, luego bajó mi esposa y luego yo, pero tuve tiempo de empacar algunas cosas que tenía arriba antes de bajar”.

Pasadas varias semanas, y mientras camina en medio de escombros que permanecieron regados por el piso semanas después del paso de Iota, Milford concluye que esa noche actuaron a tiempo, contra el reloj, como en las películas de terror en las que una puerta se va cerrando lentamente, antes de la llegada del monstruo asesino que persigue a sus presas que se esconden adentro.

“A lo que bajé, toda la parte del segundo piso empezó a desbaratarse, el techo volando por todos lados”, agrega el bombero. Lleva puestas unas botas de caucho americanas con la que despeja el paso de escombros, pedazos de tubo y madera que arruma a lado y lado del pasillo que conduce al baño donde se escondieron de ese “monstruo” llamado Iota. Al llegar, ya adentro, empieza a señalar con la mano cada uno de los espacios en los que permanecieron sentados, abrazados a sus propias rodillas, como niños regañados por sus padres a punto de ser castigados.

“Sentíamos cómo se estremecía todo, el edificio con el fuerte viento se estremecía. Yo estaba en el baño abrazando a mi hija, mi esposa. Los ancianos también se consolaban, ellos dos estaban abrazados”, cuenta, recogiendo en la mente sus propios pasos caminados esa noche. Pero Milford no fue el único al que se le ocurrió la idea del baño.

“Al lado del lavamanos estaba otro vecino escondido, sentado, y los otros compañeros bomberos estaban del otro lado en el cuarto de máquinas. Uno de los bomberos estaba escondido en el baño y después se pasó para el cuarto de máquinas, el viento fue tan fuerte, era tan fuerte, que intentaba entrar a las malas al edificio, era como queriendo entrar obligado”.

Ya sentados adentro, tomados de las manos y orando mentalmente, Milford caviló en lo irracional que le estaba pareciendo todo, tan diferente a otros episodios de huracanes y tormentas, tan comunes en el Caribe. Lo que sucedió esa noche se le antojó tan enigmático, rayando con lo fantástico, lo irreal, incluso ficticio, como si los sonidos que llegaban desde afuera hicieran parte de la musicalización de una película acerca de poderes sobrenaturales.

“Algo extraño pasó esa noche, no hay una explicación, se sentía como si alguien estuviera afuera intentando derrumbar los muros para entrar, como si fuera un tipo de monstruo. Afuera, se escuchaban voces, por ejemplo, mi persona escuchó una perrera, como si fueran perros peleando, gritando y

mi hija, que estaba aquí al lado, acá al lado mío, ella dice que escuchó que había niños gritando y pidiendo auxilio. Yo personalmente no escuché eso, solo escuché a los perros”, relata, dejando notar algo de dificultad en su intención de explicar lo inexplicable, lo que sensata y lógicamente no tendría sustento.

El testimonio de este valiente bombero coincide con las declaraciones recogidas en otras entrevistas entre docenas de sobrevivientes, que igualmente se escondieron en piezas de concreto, principalmente baños, incluso baños de espacio más reducido que el de la estación de Bomberos. Coinciden en que cada uno, a su manera, escuchó voces, palabras, quejidos, sonidos “como de ultratumba” que muchos de los sobrevivientes asocian con “la voz del diablo”, o las voces del mismo viento clamando por ayuda humana, o advirtiendo de sucesos apocalípticos.

“Los ancianos que estaban al lado mío, la señora Ana y el señor Guinston, dicen que escucharon que alguien soplabla como pitos toda la madrugada, Yo tampoco escuché eso, ni las niñas gritando. Yo escuchaba perros peleando, peleando, gritando, y el compañero mío dice que cuando él se asomó por una ventana, miró y vio fuego en el cielo, que era fuego en el cielo, pero fuego literal. Entonces yo le pregunté a mi compañero: ¿fuego en el cielo? y mi compañero me dice sí, sí... yo sé lo que vi, yo vi fuego en el cielo”.

Cada uno de los protagonistas y testigos de los hechos, cuenta su propia experiencia, saca sus propias conclusiones respecto a lo que escucharon y vieron durante varias horas. Era una mezcla de aullidos, de quejas. Obviamente en ese momento, en el nivel de mayor gresividad del huracán, nadie se atrevió a asomar la cabeza o salir al exterior a documentar de primera mano lo que estaba ocurriendo porque, entre otras razones, le hubiera sido humanamente imposible. La fuerza de los vientos era suficiente para levantar del piso al hombre más corpulento. Varios de los testimonios, algunos con tintes cinematográficos, que no se pudieron verificar aunque fueron repetitivos, indicaron que se vieron volar por los aires a algunos caballos y



vacas, envueltos en los remolinos de viento, antes de caer a las también embravecidas aguas del mar. Lo cierto es que afuera, según el bombero y otros sobrevivientes, rugió una especie de avalancha de río, arrastrando sus propias piedras y rocas gigantes por entre un cañón en caída vertical. Milford trae a colación que algunas personas cercanas a la vecindad de su casa, le contarían al otro día que creyeron que del cielo llovían piedras, algo muy parecido a lo que se escuchaba en los alrededores de la estación, ubicada cerca de la vivienda que comparte con su esposa e hija.

“El edificio se estremeció tanto, que el vecino que estaba debajo del lavamanos, él pensó que eran piedras que estaban rodando y, como atrás hay una pendiente alta, pensó que eran piedras de allá que estaban rodeando y cayendo sobre el edificio. Pero no eran piedras. Nosotros después nos asomamos y miramos y no eran piedras, no era nada, era el poder del viento que golpeaba el edificio de tal manera que se sentía que eran piedras que rodaban de la pendiente y que se sentía como si golpearan al edificio de la estación de bomberos”, aclara Milford, manteniendo su postura vertical, ligeramente recostado sobre la pared del baño.

Milford quedó convencido de que, en caso de lota hubiera demorado una hora más sobre Providencia con la misma fuerza descomunal, la estación de Bomberos habría colapsado y se habría ido a tierra, pese a las gruesas columnas de amarre que sostienen el edificio y los cimientos bajo tierra que lo mantienen erguido. Por un momento, dudaron de la decisión de haberse encerrado en el baño y comenzó a rondarles la cabeza el temor de que el techo se les viniera encima de un momento a otro.

“El miedo más grande de nosotros aquí, era que el edificio colapsara. Llegó un momento cuando yo pienso que el edificio prácticamente se va a colapsar, por lo que se estremecía, hay testimonios de gente que dice, que había terremoto esa misma noche, el huracán pasó con un terremoto esa misma noche, pero no era ningún terremoto, Era la

fuerza del viento que estremeció a las casas”.

Aunque se declara poco religioso y ligeramente rezadero, Milford se define como un hombre básicamente creyente, de fe, no tanto como su esposa, que por lo menos ha leído apartes de la Biblia y va a misa. Confiesa que esa noche aprendió a orar y prometió que seguirá haciéndolo hasta el fin de sus días, convencido de que gracias a la mano de Dios, se salvaron de la que, por un momento, sintieron como una muerte segura.

“Un compañero que estaba aquí, al día siguiente cuando fue a la casa, le contaron que en San Felipe lloraban niños, hombres, mujeres, abuelos al mismo tiempo. Personas que nunca habían rezado en su vida, esa noche aprendieron a rezar”, dice, antes de exhalar un suspiro de alivio por sentirse entero y vivo. Mira hacia la imagen del pedazo de mar que se cuele entre el boquete que quedó abierto en la pared y vuelve a exclamar que le parece imposible, que ese mismo mar se haya



enfurecido de la forma como lo escucharon esa noche.

Y sin despegar la mirada que posó sobre el horizonte, los ojos bien abiertos, se adentra en el tema espiritual y religioso, un mundo espiritual en el que poco, tal vez nada, se interesaba antes de lota y que ahora le parece de trascendental importancia. Se le viene a la cabeza la formidable historia del intachable e íntegro Job, el personaje de la Biblia a quien su esposa trajo a colación después de lo vivido esa noche.

“Era como mi esposa lo describe, como la historia de Job en la Biblia, cuando Dios le dice al diablo, que puede hacerle lo que sea a Job pero no le toque su vida y su alma. Mi esposa lo describe como esa historia, como la Biblia, donde el diablo hizo y deshizo, Cómo le quitó todo de la noche a la mañana, todo, todo le quitó, menos la vida, ni su alma. Así es como lo describe mi esposa, pero esa noche es una noche que no se va a olvidar nunca”, recalca,



ya resignado a aceptar con mayor interés y respeto esas creencias, por lo menos decidido a tenerlas en cuenta en adelante.

La certidumbre de una mano milagrosa que les salvó la vida aquella noche y madrugada, se fue abriendo paso entre el bosque de pensamientos de Milford, especialmente en la medida en que fue escuchando y recopilando testimonios alrededor de supervivencias similares a la suya y la de su familia. Incluso su nueva espiritualidad se avivó más, gracias a las palabras de su propia hija cuando, al otro día, juntos pudieron por fin asomar la cabeza a esa especie de “nuevo mundo” que se abrió ante sus ojos, mientras iban recorriendo la avenida principal de la isla. Por instantes sintieron que se habían despertado en otra dimensión, en un lugar distante y muy, muy distinto al suyo.

“Mi hija cuando salió al otro día a la calle, se quedó sin palabras, cuando salimos no había casas, miraba y me preguntaba ¿dónde está todo? y le dije yo, todo se fue hija. Ese es el nuevo panorama que vamos a ver desde ahora en adelante, y eso me preguntaba ¿Dónde está la gente? yo mismo estaba asustado, porque yo miraba, miraba y miraba, para arriba y para abajo, y también me preguntaba ¿dónde está la gente, para dónde cogió la gente?”, reflexiona, haciendo hincapié en que eran como las nueve de la mañana y el viento aún era huracanado, fuerte, por momentos reacio a que la gente estuviera afuera y como obligándolos a que volvieran a los refugios.

A partir de ese momento Milford sintió la necesidad de que buena parte de su forma de pensar debía cambiar, ejemplo, la manera de ver la vida, de tratar a los demás, de ayudar, de ser más solidario. La lección quedó aprendida, pensó. La vida sería distinta para todos, más que la vida, la forma de vivirla, pues muchas veces no se valora lo verdaderamente valioso, las pequeñas cosas, como un encuentro familiar, jugar con los hijos, mientras que se valora lo superficial, lo inocuo. Algo tan cotidiano y de sentido común como un baño de concreto, por ejemplo, adquirió más valor que el búnker más inexpugnable, o un palacio de oro.

“La gente se aferró a la vida, en esos momentos toda la gente que se salvó era porque tenían un baño de concreto con plancha arriba, o placa, como le dicen arriba en su casa y eso fue lo que salvó a la gente. Un amigo me dijo que él estaba en su baño con otros conocidos y su esposa, pero que el baño no tenía plancha, que tenía techo pero que ese hecho se fue por los aires, pero él se las arregló para encontrar un colchón y ponerlo de techo y estaba ahí tapado toda la noche hasta la madrugada, le caían cosas encima y él se tapó ahí hasta la madrugada agarrando el colchón, para que no lo mataran los escombros que le caían encima”.

A juzgar por todos los testimonios de sobrevivientes, el paso del huracán Iota por Providencia les dejó a sus habitantes una gran lección de vida: valorar lo que antes fue intrascendente. Milford está de acuerdo en que lo material se pierde con una rapidez inusitada, así se haya conseguido con años de esfuerzo o, lo que es peor, con trampas y delinquiendo. En un abrir y cerrar de ojos todo se va. De la noche a la mañana, como ocurrió en Providencia.

Milford continúa recostado sobre la base del lavamanos del baño, las puntas de los pies cruzados uno sobre el otro, los brazos entrelazados. Frunce el ceño, adopta actitud de trascendencia antes de meditar en esas lecciones de vida que Iota les dejó, a él y todos sus coterráneos.

“El huracán Iota me dejó como enseñanza, que nadie es más que nadie. Al día siguiente cuando la gente empezó a mirar todo el desastre, la destrucción, nos dimos cuenta de que ricos y pobres estamos en el mismo nivel. Ese mismo día nadie se daba el lujo de que yo no necesito de tal persona, o yo no necesito estar con esa persona, porque ahí todo el mundo estaba pendiente del otro. Incluso hubo una coincidencia muy extraña en Casa Baja, donde había unos enemigos, como 25, que eran enemigos y se la pasaban peleando. Y mire las coincidencias de esa noche: los veinticinco enemigos todos, corrieron y se encontraron en la misma casa, como por





ejemplo decir yo voy a la casa de fulano y yo también voy a la casa de fulano y todos se encontraban en la misma casa, esa noche y se hablaron y al día siguiente cuando salieron y vieron todo, empezaron a ayudarse el uno al otro. Eso cambió muchas cosas en la gente que tenía problemas entre ellos, la gente orgullosa y todo, se les quitó el orgullo y todos vimos que nos necesitábamos el uno al otro”.

Milford reflexiona sobre otro tema un poco más espiritual y teológico, que tiene que ver más con Dios y su Soberanía sobre los hombres, la forma como, según él, el Todopoderoso llama la atención del ser humano para que reencamine su ruta. Cree que en Providencia no todo es paz, música, belleza tropical y risa, como lo ven desde otras partes del mundo, incluso en el interior de Colombia. En la isla se ven delitos, peleas, guerras por el poder, homicidios, delitos, drogas, rencillas entre vecinos, clanes familiares que ni se hablan entre ellos. Por eso, con base en lo que su esposa le cuenta del libro de Job, considera que Dios intento castigarlos, o por lo menos pegarles un susto.

“Yo creo que eso es un castigo de Dios porque la gente no vivía tan bien que digamos aquí en la isla. Y yo veo que mucha gente no se hablaba y al día siguiente y hasta el día de hoy ya se hablan, ya se ayudan el uno al otro. Fue algo divino”, insiste.

Y vuelve al relato bíblico. No quiere decir que ahora se haya convertido a una religión en específico, pero lo que sí tiene claro es que esa historia de Job, por lo menos, se asemeja a la experiencia que vivieron, que tienen muchos aspectos similares, pues la fiereza del huracán lota fue de tal magnitud, que sin la mano de un ser Todopoderoso habría arrancado la isla de la faz de la tierra.

“No sé si fue que Dios le dio permiso al diablo para deshacer de todo lo malo, pero sin acabar con nosotros, como el cuento, la historia de Job, pero algo pasó, porque esa noche pasaron cosas extrañas, se escucharon voces, se escucharon cosas que nunca se habían oído, se vieron cosas en el cielo, cosas muy extrañas pasaron esa noche y eso es

una noche que nadie va olvidar. Eso se los aseguro no van olvidar esa noche”, concluye, altamente conmovido, convencido de que vendrá un “nuevo orden” para la isla.

Antes de despedirse, Milford acaricia las paredes del baño, que aún conervan signos de haber sido arañadas por las garras de lota, y mira en dirección del techo de concreto, antes de darle gracias a Dios por haberles permitido tanto con tan poco. Se arrodilla, se persigna reverencialmente. Camina hasta la garita de ingreso donde un compañero cumple turno. Se despide y promete regresar antes de una hora. Prende una pequeña motocicleta y sale hacia su casa, que prácticamente es vecina de la estación. Es cuestión de cruzar la avenida y adentrarse por una callecita alargada, entapizada de vidrios de botellas de gaseosa, alambres de púa y excremento de perros. No hay mucho para mostrar, pero él quiere dejar constancia de que ahí, en ese lugar, vivía tranquilo y feliz con su esposa e hija, que jamás le pasó por la cabeza la idea de que una noche iba a perderlo todo. Y es que, realmente, lo perdió todo.

Mientras se refugiaba en la estación con sus compañeros, pendiente de los ancianos vecinos y su esposa e hija, mientras cuidaba su amado sitio de trabajo, el huracán hacía trizas otro de sus patrimonios máspreciado: la vivienda. Qué ironía, piensa el bueno de Milford, ganó por un lado y perdió por el otro. Resignado, se aferra a la fe de que el Gobierno le ayude más temprano que tarde a reconstruir la casita, que constaba de tres habitaciones y un baño, con un pequeño antejardín. Recorre el estrecho espacio descubierto en la parte superior, con el cielo abierto a expensas de la intemperie. Quedaron dos paredes.

En la piecita que fue de la niña, se ven arrumados en el piso, vestigios de paredes y techo, aún hay pedazos de la cuna, muñecos inservibles, harapos, retazos de ropa que jamás volverán a tener utilidad. A un lado, en lo que parece que fue un loby, posterior a la sala, yace un equipo de gimnasia envejecido prematuramente por cuenta de la humedad. Milford lo toca con cariño, recordando las rutinas diarias de ejercicio. Estira el brazo y desde allí señala el espacio que era la habitación de su pequeña hija. Carraspea, se debilita ante el recuerdo y da gracias a Dios porque, de no haber sido un miembro del Cuerpo de Bomberos de Providencia, tal vez no estaría contando la historia. Seguramente el desenlace habría sido otro.

“Mi niña dormía ahí mismo donde ahora están esos pedazos de cemento. ¿Se imagina si hubiéramos estado acá esa noche?”.

CAPÍTULO 5

Los veinte del baño

Quienes creen fervientemente en los milagros, no dudan al afirmar que en la casa de Samuel Livingston, en el sector de “Cama Baja” de la Isla de Providencia, ocurrió uno de los más impactantes, durante la tragedia ocasionada por el paso del Huracán Iota: Veinte personas sobrevivieron apiñadas dentro de un baño que mide metro y medio de ancho, por dos de largo y dos de alto.

Como si tales datos no fueran lo suficientemente impactantes, los partidarios de que esa noche ocurrió un verdadero milagro en la casa de los Livingston, documentan su creencia con cifras: el grupo de sobrevivientes estaba conformado por quince adultos de más de metro setenta de estatura y peso promedio de 70 kilos; y cinco niños de entre uno, tres, cinco y ocho años de edad.



Todos ilesos. ¿Cómo o por qué? Nadie se atreve a dar una respuesta lógica y hay quienes se atreven a considerar que este acto de supervivencia en semejantes circunstancias contra natura, de alguna forma hizo trizas varias teorías de la Física. Lo que ocurrió dentro de esa especie de “lata de sardinas”, solo ellos pueden contarlos y no queda otra opción distinta a creerles, por la simple razón de que están vivos y lo cuentan. Samuel, el que hizo de jefe de clan esa noche, es uno de esos testimonios vivientes.

De la casa de Samuel Livingston, solo quedó el primer piso, pero sin techo. Con las primeras ayudas que le entregó el Gobierno a través de la UNGRD, logró rehacer gran parte del mismo, con tejas de zinc y plásticos, pues se negó a dormir en las carpas repartidas al otro día de la tragedia. La mayoría de los enseres de primera necesidad sobrevivió a la arremetida de los vientos: tres camas, la nevera, ollas, pocillos, cubiertos de mesa y la vieja estufa de gas, con la que su esposa Vince, también de apellido Livingston, pudo seguir cocinando para la familia y para uno que otro vecino que lo perdió todo.

Lo primero a lo que se dedicó Samuel cuando los vientos cedieron, fue a revisar la vieja estufa, corroborando que solo sufrió hendiduras y que los pilotos de los cuatro fogones quedaron intactos y funcionaron a la perfección. Otro obstáculo que notó, fue la falta de gas. Es funcionario de una entidad pública, gracias a lo cual se enteró que la Administración estaba suministrando gas a los damnificados. Por eso, era normal verlo todas las mañanas salir en su motocicleta hasta el otro lado de la isla, en busca del preciado combustible que le garantizara la alimentación diaria. Su hermano Herminio, un gigante flaco de más de metro ochenta, lo acompañó durante las primeras semanas en esas tediosas faenas de echarse el cilindro sobre las piernas, sentado en la parte de atrás de la moto, soportando un recorrido que podría durar unos 40 minutos, amén de la espera de hasta horas mientras le entregaban la pipeta llena.

Samuel se entregó, con optimismo denodado, al sacrificio que significaba repartir su tiempo

entre los quehaceres de la oficina pública en la que labora, y los trabajos de reparación de las cosas parcialmente dañadas de la casa, así como la recuperación de lo medianamente recuperable y en darle el uso adecuado a las ayudas que empezó a recibir del Gobierno, como ollas, plásticos, frazadas, sábanas, ropa, enlatados, agua y detergentes. La lavandería de artículos y prendas de uso personal, se volvió una cotidiana y normal actividad al aire libre.

Su hermano Herminio, que desde antes del huracán se encontraba solo porque su esposa viajó a Barranquilla con dos de los hijos, se convirtió en el mejor aliado en esos primeros días post lota. Samuel reconoce que él fue una de las personas que más colaboró en el baño durante los momentos más apremiantes, levantando con sus alargados brazos a los niños que se apiñaron allí, que todo el tiempo corrieron el riesgo de morir asfixiados, o aplastados por los mayores que se apretujaron en el estrecho escondite.

Las casas de Samuel y la de su hermano coexistían una detrás de la otra. Desde años atrás, Herminio improvisó una tiendita de venta de pescado, que él mismo obtenía en diferentes playas de la isla, bien sea comprado a bajos precios a los barcos que se adentran en el mar, o incluso pescándolo él mismo con mallas y arpones. Fue un negocio próspero que le daba para lo apenas necesario y le permitía llevar una vida tranquila sin mayores afugias.

Herminio tiene fama de buen tipo en la vecindad, un ser prudente, dicen de él, de pocas palabras, que descansa sus angustias, pesares y esfuerzos físicos, sobre una hamaca de piola que, pese a los estragos del huracán, siguió colgando entre pared y pared de su ahora enclenque tienda, a la espera de clientes que, lo sabe, no volverán a llegar como antes.

Incluso después de la tragedia, a sabiendas de que se trataba de una idea disparatada y fantasiosa, Herminio garabateó un nuevo aviso de venta de pescado sobre un pedazo de caja de cartón y lo colgó de la ventana que da a la calle, como si nada hubiera pasado,



como si un huracán categoría cinco no hubiera arrasado la isla apenas unas semanas antes. Pero él siguió ofreciendo frutos de mar que no tenía ni podía tener, pues se quedó sin nevera y, especialmente, porque la actividad de la pesca fue una de las inmediatamente afectadas tras el paso de Iota, ya que nadie se atrevió a salir de las playas en barco, por miedo a una réplica de la naturaleza y ante las medidas sanitarias y de seguridad impuestas hasta nueva orden. Por eso, esta vez se abstuvo de ofrecer en el aviso la venta de cangrejo, cuya caza quedó prohibida. Solo escribió Margarita, Pulpo y Pargo. También logró recuperar de entre las basuras acumuladas, la báscula en la que pesaba los productos que le compraban sus clientes más fieles. La acomodó en el lugar de siempre y ahí la dejó día y noche.

A falta de clientela y porque no había cosa diferente qué hacer, se unió a su hermano Samuel en las labores caseras de recolección de escombros y la selección de cosas pequeñas y objetos que fueron de uso cotidiano, guardando la esperanza de que podían volver

a serles útiles, como los colchones en estado de pudrición, puertas de madera y pedazos de piso y tejas. Fotos a medio cortar, marcos de fotos, medias “nonas”, zapatos, chiros, útiles escolares y hasta calzoncillos imposibles de volver a ser usados, igualmente hicieron parte del cementerio improvisado de cosas inservibles, que amontonaron sobre el piso de tierra que antes fuera el antejardín de la casa.

“Ahora solo dependo de lo que me pueda dar el Gobierno”, apunta Herminio, tras lograr erguirse de la hamaca con notable esfuerzo. Es un hombre de más de 65 años, desgarrado, que ahora parece caminar con más dificultad que antes del huracán, según lo deja entrever en sus quejas. Habla suave y el tapabocas no deja que sus palabras se entiendan con facilidad. Parece que hubiera envejecido un poco más a partir del día siguiente a la tragedia, a juzgar por como compara su vida de ahora con la que llevaba antes. Samuel se atreve a considerar que se le nota un poco más cansado y lento.

Herminio arrastra su larguirucha humanidad hasta el punto en el que permaneció levantada su casa durante años, detrás de la vivienda de Samuel. Quedó únicamente el piso del primer nivel, con algunos marcos de madera. Hasta las baldosas parecen arrancadas de la plancha de lo que fue la sala. Mientras camina, espanta cuatro gallinas que arman algarabía detrás del gallo que las vigila.

Herminio y Samuel están seguros de haber escuchado el momento preciso en que la vivienda salió volando por los aires. Las casas de ambas familias se cayeron una detrás de la otra, en intervalos de horas. Recuerdan que el viento dejaba de aullar, se venía un silencio rotundo y luego volvía a arreciar con todo y su intimidante rugir de monstruo. Entre esos intervalos, oían perfectamente el estruendo de la caída de las cosas aplastándose contra el piso. Samuel cuenta que la casa de su hermano fue lo que primero se vino al suelo, mejor dicho, la primera vivienda del sector que salió volando.

“A las tres de la mañana, cuando comenzó toda la brisa grande, fue cuando este viento movía el techo de la casa y lo chupaba y después lo soltaba, eso fue lo que nosotros prácticamente vimos. Nosotros fuimos conscientes cuando arrancó la casa de los vecinos”, relata Samuel, un morocho de 55 años, figura mediana, grueso de brazos y de piernas.

En ese momento, explica, estaban las veinte personas comprimidas dentro del baño de su casa, pues desde temprano Herminio, su hijo y su nieta de siete años, se habían pasado. Por entre las rendijas pudieron observar el efecto del viento revolviendo todo en medio de la oscuridad. Creyeron haber visto el momento en que techos de varias casas, salieron arrancados violentamente con rumbo al espacio. El piso no paraba de moverse. Era como si todos los fenómenos naturales se hubieran puesto de acuerdo para atacar al tiempo: huracán, tempestad, terremoto, ciclón, tsunami, entre otros.

Samuel y su hermano siguen caminando sobre la basura, escogiendo lo útil escondido dentro de lo inútil. No se cansan de volver a revisar los

daños y rememoran cómo eran sus viviendas, las que con tanto esfuerzo levantaron con el sudor y las fuerzas de sus manos. Samuel mira al hermano antes de hablar de la forma como, a eso de las tres de la madrugada, una de las viviendas desapareció en cuestión de minutos.

“Cuando el viento llega a la casa de los vecinos se escuchaba completamente y se veía cuando los techos se volaban y golpeado en las otras casas. Había momentos en que todo el mundo era en silencio, los vecinos no los escuchábamos, había un silencio absoluto. Luego había momentos de bastantes ruidos, se escuchaban las tejas golpeando otras casas y si alguien gritaba, uno no lo escuchaba con tanto ruido de la lluvia y el viento, no se podía escuchar nada”, dice, con expresión de desconcierto.

Calcula Samuel que no habían pasado dos horas desde que empezaron a caerse las casas, cuando empezó a sentir que era la suya la que se desplomaba a pedazos, aunque ahora que vuelve a pensar en ello, estima que, en el caso de su vivienda, la naturaleza actuó despiadadamente lenta. Primero el techo, luego las puertas, seguido de paredes y ventanales. La tierra temblaba dramáticamente, mientras todos, los veinte, hacían esfuerzos ingentes para repartirse el aire, que se sentía cada vez más escaso por el encierro en ese baño de apenas dos metros cuadrados.

“Cuando arrancó la casa nuestra, sentimos cómo se iba el segundo piso y nosotros estábamos en el primero, pero todo el tiempo estábamos viendo todo. El viento era más fuerte como a las cinco y media de la mañana. Cuando se cayó mi casa, sonó como cuando aterrizan los aviones, esos aviones grandes, se sentía un ruido que venía del sur, parecía como el aterrizaje de un avión. En ese momento a uno se le pasan muchas cosas por la cabeza, que se va a morir, que se va a caer el baño, todo eso”, relata Samuel.

Después de revisar por enésima vez los destrozos exteriores de las casas contiguas, Samuel regresa a la suya, a mostrar el baño, convencido de que solo de esa forma puede explicar el milagro que significó salir

victoriosos de “la guerra” desigual que lidiaron durante la noche y la madrugada contra la naturaleza. Palpa las paredes de cemento y le parece imposible que hayan cabido todos allí, en semejante estrechez.

Para él, su familiares y vecinos, de ahora en adelante y hasta por siempre, el baño de cualquier casa de Providencia no dejará de ser un recinto sagrado, un símbolo de la supervivencia de esta tragedia repleta de historias insólitas salpicadas de eventos milagrosos y sobrenaturales. Pero especialmente el baño de los Livingston, dado su limitado espacio, en el que 20 seres humanos permanecieron metidos aguantando durante casi doce horas, soportando un infrahumano y cruel hacinamiento que, de no ser por la aparición de las primeras luces del nuevo día, habrían podido compararse con las imágenes del infierno recreado por Dante.

Cuando en la tarde anterior no les parecía tan peligroso el Huracán Iota, los Livingston planearon permanecer en la sala de la casa y dormir por turnos, haciendo vigiliias, dependiendo de la fuerza que fueran tomando los vientos. Ya habían experimentado algo similar con “Beta”, por lo que estaban seguros que las cosas no podían ser peor que aquella vez. Se sintieron tranquilos y preparados. Pero las noticias fueron cambiando de tono y los planes alterándose. Por eso aceptaron gustosos la llegada de Herminio, su hijo y el bebé de este, así como la visita de uno de los vecinos más queridos, el señor Harris Howard, quien también llegó acompañado de su esposa, hija y nieto. Entre todos, familia, hijos, nietos y vecinos con sus clanes, sumaron veinte personas. A esa hora, antes de la medianoche, no pensaron en la necesidad de que todos se metieran al baño. Inicialmente le apostaron a que únicamente lo harían los niños, en caso de que la situación se agravara.

“Uno no hace sino pensar en los niños y en los adultos mayores. La mayoría estábamos protegiendo a los niños. Eran cinco niños de edades de un añito, de tres, cinco, seis y ochos años”, recuerda Samuel.

Pero, ¿en qué momento decidieron meterse todos al estrecho baño? Samuel estima

que, al paso de las horas, las noticias fueron sonando menos alentadoras. A eso de la una de la mañana notaron que la fuerza del viento y el agua que llegaba en ráfagas, ya estaban estremeciendo el interior de la casa. El ruido afuera era terrorífico y las latas y vidrios chirriaban premonitoriamente. Samuel buscó aprobación en las miradas de las otras personas mayores, empezando por propio Herminio, concluyendo que no había alternativa de salvación distinta, a la de meterse al baño. Lo que no les pasó por la cabeza, es que el suplicio que significaba hacinarse allí, se les iba a prolongar hasta el otro día, casi hasta las once de la mañana.

“En un solo baño, en un baño chiquito 20 personas, imagínese cómo estábamos, cómo era ese cuento, en un baño con niños, adultos, todos metidos en un solo baño. Nosotros nos metimos al baño tipo una de la mañana, hasta las 11 de la mañana del día siguiente. Nosotros todos estábamos como sardinas en lata, estábamos apretados, los niños llorando, todo el mundo gritando. Eso fue una aventura”, cuenta Samuel y explica que los adultos, los más altos, se turnaban para mantener levantados a los niños, pues dejarlos en el piso suponía el peligro de que los pisaran y los lastimaran, incluso que los ahogaran.

Una de las mujeres se sentó en la taza del inodoro, sosteniendo en cada pierna a los niños más pequeños, que no paraban de llorar. El calor, el bochorno y la humedad generada por la transpiración de veinte seres humanos atrapados en ese espacio, fue otro factor que jugó en contra y que hizo temer por una deshidratación general, pese a que habían ingresado agua en bidones que, a esa hora y dadas las circunstancias, parecía que iba a ser insuficiente.

La oscuridad de la noche pareció alargarse más de lo natural, se sintió cruelmente despaciosa, al igual que la lluvia. El viento siguió bramando y el ruido ensordecedor que llegaba desde afuera, hacía temer que el huracán Iota estaba decidido a no parar hasta no tragarse todo y a todos. Por momentos perdieron la noción del paso del tiempo, no se atrevían a hacer cuentas de cuánto tiempo

había pasado desde las once de la noche, desde cuando la situación empezó a adquirir visos de alto riesgo e inminencia de desenlace fatal. Solo la llegada de las primeras luces del nuevo día alivió parcialmente los temores. Cuando por fin se sintieron seguros de abrir la puerta y salir al mundo, no pudieron creer lo que vieron. La soledad de los alrededores era aterradora. No había árboles. No había gente. No se veían animales. Cuando se atrevieron a caminar, descubrieron que sus casas, tal como estaban antes del encierro, apenas doce horas antes, ya no existían.

“Nosotros cuando salimos del baño no vimos a nadie, ni a nada, no lo podía creer, eso nunca lo pensamos, no podíamos creer que el segundo piso de la casa ya no estaba. Cuando no vimos las casas de los vecinos, qué sorpresa, no lo podíamos creer. Era impensable que todo esto hubiera pasado, había tanta decepción. Esa fue la triste sorpresa cuando salimos del baño a las 11 de la mañana. Habían ocurrido antes otros huracanes, por ejemplo, Betay todo eso, pero jamás pensamos que el Lota iba a ser así de fuerte, grande, temeroso. Nosotros pensábamos que era un huracán como los pasados y que al día siguiente habría daños materiales mínimos, no que la isla iba a estar destruida completamente”, recalca Samuel, todavía estupefacto como si la tragedia acabara de ocurrir y no hubieran pasado ya varias semanas.

Mientras le da las últimas pinceladas al relato de su asombrosa experiencia, ya afuera de su casa y camino a la callecita que lo saca hasta la avenida principal, le pide a su hermano que se suba en la parte de atrás de la moto y que acomode el cilindro de gas sobre sus piernas, como lo vienen haciendo desde el primer día después de la tragedia. Van camino al depósito donde cambian la pipeta vacía por una llena. Enciende el vehículo y mira a lado y lado de la vía redescubriendo la desolación que aún es evidente. Algunas máquinas retroexcavadoras siguen removiendo la tierra.

Antes de encaramarse a la motocicleta, Herminio prefiere dejar guardadas las dos puertas que rescató del patio de su casa, ante el temor que se las lleven como basura, pues los militares están pasando de casa en casa a recoger los escombros, ante la necesidad imperiosa de limpiar la isla antes de que comiencen a reconstruirla. Están intactas, apunta, las amarra y las lleva a buen recaudo, el interior de su tiendecita de pescado. Cuando las guarda, repara en el nuevo aviso que garabateó sobre el cartón de una caja:

“Mañana le pongo los precios. El pargo está a ocho mil la libra”.

CAPÍTULO 6

El Moisés salvado otra vez de las aguas

Los habitantes de Providencia sienten algo de celos porque creen que la noche del huracán, la Virgen de Santa Catalina se dedicó expresamente a su pequeña isla y poco o nada hizo por ellos. La Santa Madre, muy de azul y blanco en lo alto del mirador que le construyeron los humanos, divisa completamente el paisaje que Dios le ubicó justo frente a sus ojos: la panorámica de Providencia, el maravilloso infinito que se insinúa en el horizonte, una gran porción de mar de los siete colores y el espectáculo diario de pelícanos pescando y gaviotas besando el agua.



Muy orgullosos de su patrona, los habitantes de Santa Catalina piensan que fue la Virgen la que los salvó de morir ahogados cuando, aquella madrugada de lunes, el mar, literalmente, se les metió a las casas y los obligó a salir despavoridos con niños de brazos y ancianos a cuestras. Obviamente a la Madre de Dios no le pasó nada. De hecho, quedó más linda que de costumbre, pues el mar lo que hizo fue bañarla y limpiarle el rostro y barrer del piso cuanta basura dejan tirada sus seguidores, tras faenas de selfies y videos, alternadas con oraciones y plegarias. Generalmente los turistas son los que más la irritan, con sus cochinas traídas de las capitales del continente.

Es que a juzgar por la escena que se ve después del paso de lota, los humanos de Santa Catalina sobrevivieron de puro milagro, salvo uno que otro rasguño y cortaduras en pies y manos. Sintieron el agua llegarles hasta el cuello, pero amanecieron vivos. El mar se metió a la isla de la forma que mejor lo hace cuando quiere meter pánico: en olas de varios metros. El piso desapareció de repente y los habitantes, que edificaron sus viviendas casi sobre la misma playa, se vieron obligados a buscar la única ruta de escape posible: hacia la montaña. Pero alcanzarla significaba sortear todo tipo de obstáculos que el mismo océano arrastró desde sus adentros, más los que encontró en el camino: piedras, rocas, latas de techo, troncos de árboles, espinas de pescado, espinas de matas, tarros de comida enlatada, vidrio, botellas despicadas, cuchillos de cocina y de corte, tenedores de comedor y pedazos de cemento que se fueron desprendiendo de las paredes prefabricadas, entre otros elementos corto punzantes, que transformaron el suelo en un campo minado por el que se hizo imposible caminar. A semejantes adversidades, habría que agregar que, casi todas las personas, se quedaron sin zapatos, chanclas, sandalias, crocs y similares, viéndose obligadas a emprender la huida a pie limpio, en medio de una obscuridad por momentos absoluta.

Virgilio Orozco es el dueño del restaurante y posada "MissFranciasHome", una construcción levantada sobre la playa en plaquetas



prefabricadas de concreto, enmarcada en madera y guadua. Es el negocio de comida, trago y hospedaje más conocido de la isla. Quedó inservible, claro está, pero Virgilio y su numerosa familia de niños, jóvenes y adultos mayores sobrevivieron, de la manera más providencial imaginada. Increíble y cinematográfica serían los términos más apropiados para entender el feliz desenlace.

Mientras recoge los pasos sobre el piso que antes servía de pista de baile y se acomodaban las mesas a la clientela que llegaba desde todos los rincones del mundo, Virgilio recuerda que, en ese mismo punto, cuando ya estaban a punto de que el océano los rebasara por completo y caminaban sobre la punta de sus pies para no tragar agua, se les apareció flotando en el mar un lazo, grueso y con forma de trenza, de los que usan los pescadores para atracar sus lanchas. La aparición ocurrió en el



momento de mayor ebullición del huracán, cuando se sentían las criaturas más indefensas del mundo, sometidas a la impetuosidad de la letal “sociedad” que Iota acordó con el Mar Caribe, aquella madrugada del 16 de noviembre del año 2020.

Como casi todos los habitantes de Providencia, los de Santa Catalina subestimaron el poder de Iota, tal vez porque recientemente habían sorteado otros fenómenos naturales que habían llegado a la isla con ráfagas de vientos, no tan altamente agresivos, pero sí suficientemente fuertes como para destechar casas y matar uno que otro perro callejero. Más allá de asustarlos, lo que esos huracanes “tímidos” hicieron fue trasnochar a nativos y turistas. De todos modos, los residentes de Santa Catalina no tuvieron opción distinta a hacerle frente a la inminencia de esta nueva visita de la naturaleza, de la misma forma

como lo hicieron con Beta: permaneciendo encerrados, muy juiciosos, escuchando la radio y comunicándose con amigos y familiares que residen en otras islas caribeñas que, se suponía, serían golpeadas primero que San Andrés, Providencia y Santa Catalina.

Se tranquilizaron en el entendido de que esas “alertas tempranas”, compartidas desde de las islas vecinas, les darían tiempo para reforzar las defensas contra lo que, desde temprano esa mañana, consideraban como “una fuerte tormenta más”, como las muchas que pasean por el Caribe.

Mientras inspecciona por enésima vez el área donde funcionó su próspero negocio durante años, Virgilio se muestra cada vez más de acuerdo con que la mayoría de sus coterráneos cayó en la trampa de los mensajes de tranquilidad, enviados desde adentro y desde el exterior del país, con el argumento de que nada grave les iba a ocurrir. Se detiene un momento al lado de una columna que en sus tiempos prósperos sostuvo el techo de la entrada a la posada. Mira hacia arriba, en dirección al cielo, que en ese momento se torna de un inacabable gris azulado, tono que hace presagiar lluvia.

“No nos imaginábamos lo que nos esperaba”, reflexiona por lo bajo, penosamente.

Se sintieron tan confiados, que solo a partir de las cinco de la tarde palparon la necesidad de emprender las primeras tareas del plan, como recoger algunas provisiones, revisar puntos clave de la casa y hacer un “análisis” de la situación, pegadas sus orejas a los radios y pendientes de la televisión regional y nacional, que desde días anteriores ya informaban sobre la trayectoria del huracán y la inminencia de una “fugaz visita” a las tres islas. Algunos relatos ya hablaban de destrozos en islas y continentes no muy lejanos. En principio, Virgilio consideró que lo más pertinente era que todos se mantuvieran en el negocio.

“Yo le dije a mi mamá, alístese porque vamos para la posada, donde el refugio es mejor, porque la primera planta es de concreto entonces es como más seguro. Entonces,



como a las 5, 5: 30, todos estábamos acá, había unos primos que como a las 9 de la noche me dijeron, ¿será que podemos bajar a tu posada? y yo les dije, pero claro, pero vénganse ya, no esperen hasta las 11 o 12 cuando va a comenzar esto a soplar duro”, explica, elevando la voz, que parece más a la de un negociante paisa, de esos que llegan al Caribe a montar negocios de comida. Definitivamente Virgilio Orozco no parece un nativo más de Santa Catalina

Las palabras que le dijo a su mamá en la tarde fueron proféticas, pues en la noche “eso” ya empezó a soplar duro, muy duro. Le pareció razonable que sus primos también estuvieran con ellos en la posada, convencido de que entre más gente atlética y fuerte estuviera disponible, más llevadera sería la situación, en caso de que “eso” se pusiera más furioso y agresivo. A las seis de la tarde, casi todos estuvieron en la casa. A esa hora, los teléfonos celulares aún funcionaban y la comunicación con el resto del mundo seguía siendo relativamente fluida. Aunque llegaban mensajes cada vez “un tris” más preocupantes, no los asumieron como un nivel de alarma extrema.

“Bueno, entonces todos llegaron y estábamos ahí. Mi tío que capitán retirado de la Marina, me decía que no había que temerle tanto a los vientos. Que había que tenerle más miedo a la marea, que ojalá no vaya a subir”, recuerda.

Las palabras del tío capitán también resultaron premonitorias, pues fue justo lo que ocurriría en la madrugada: las olas se fueron agigantando y por momentos el propio capitán les notó forma de monstruos marinos, de extensas alas de agua, que se les venían encima a atraparlos en sus fauces. Expertos y “profesionales” de la especulación, afirman que lo que ocurrió en Santa Catalina fue un Tsunami.

En la medida en que la brisa fue adquiriendo poder de borrasca y las primeras gotas de agua de mar empezaron a golpear bruscamente las paredes de la casa y se colaron por entre rendijas y marcos de ventanas, el temor de cada uno también fue subiendo de nivel.



Los niños, especialmente, fueron los primeros en prender las alarmas ante el bramar cada vez más intimidante de los vientos. Las horas parecieron alargarse a partir de las doce de la noche, cuando el miedo individual iba camino de convertirse en terror generalizado.

“Bueno, como a las 3 o 3:30 de la mañana se nos fue la comunicación, no hubo comunicación de celular y como a las 3:45 había una puerta de vidrio ahí al frente y de la marea puf, partió la puerta y empezó a entrar el agua, el agua del mar, a la casa”, narra Virgilio, con un dejo de arrepentimiento en cada palabra, seguro de que hubieran podido tomar otro tipo de precauciones, como por ejemplo haber abandonado la isla en la mañana, mientras pasara el huracán. Pero es que nadie imaginó siquiera un 20 por ciento de lo que, literalmente, se les vendría encima. A esa hora ya no valía la pena ese tipo de reflexiones y elucubraciones que en nada iban a cambiar el libreto y el reparto de la película de terror que les tenía preparada el huracán Iota, en la que ellos iban a ser los protagonistas principales.

Antes de continuar deshilando el relato de su estremecedora experiencia, señala hacia la parte alta de las casas, ahora desentejadas y esqueléticas, con la intención de ser lo más creíble posible, pues la historia de lo sucedido en

Santa Catalina esa madrugada de noviembre, es una colcha tejida con retazos de relatos fantásticos, increíbles, insólitos.

“La marea se metió más arriba de esas casas, la marea empezó a subir en cuestión de segundos, ya eran 50 cm, 60, 70, 80, hasta cuando nos llegó a la cintura, y fue cuando un amigo dijo, tenemos que salir de aquí porque o si no nos vamos a hogar”, explica. Se frota su propio pelo de manera tosca, como si de esta forma se pudieran ordenar los recuerdos que lo acosan desde la memoria.

Son las cinco de la tarde, el sol agigantado inicia su descenso como si el océano fuera a tragárselo. La tarde adquiere varios colores, la existencia parece detenerse en esta parte del planeta. Se vuelve foto. Una postal cuya creación los humanos pueden observar en cámara lenta. Virgilio mira ese majestuoso horizonte con algo de desdén, es que al fin y al cabo está acostumbrado a presenciarlo a diario. Para él, es posible que sea lo más cotidiano del mundo, porque vive allí desde niño. Pero para el incauto turista o visitante esporádico, el fenómeno de la puesta del sol debe ser como asistir a una especie de ceremonia matrimonial entre el Astro Rey y el Mar. Virgilio no se detiene en el Sol y vira su mirada hacia el cielo azul celeste, pero solo para tomar impulso, quiere concentrarse en el recuerdo que está a punto de compartir. Será una vivencia muy sacada de dentro de su ser emocional, pues el lente de sus ojos humedece, preludio de lágrimas. Pero no llora del todo. No es que no quiera llorar, es que no puede.

“Yo estaba con mi madre de 85 años y entonces le dije, miércoles ahora cómo vamos hacer. Salimos de un cuarto y nos metimos para el otro, para salir por la ventana, para tratar de llegar a esa casa que está allá arriba, pero fue imposible”.

En el día, la casa a la que se refiere se ve distante de la suya, aunque a no menos de un kilómetro. Lo que ocurre es que, en medio de la obscuridad casi absoluta de aquella madrugada, un huracán voraz resoplándole en la nuca y el mar encaramado sobre las casas,

pues cualquier metro se vuelve kilómetro, amén de que a esa hora ya ni zapatos quedaban en los pies de estos huérfanos desprotegidos. Pero debían intentar salir, incluso ya no era prioritario a la casa de la montaña. El único reto era salir, como fuera posible, con una anciana de 85 años a cuestas y un bebé recién nacido que, con su llanto estremecedor, atizaba las llamas del pánico que se había apoderado de todos.

“Al salir nosotros, ya todo esto estaba lleno de árboles, de neveras, de televisores que nos golpeaban por todas partes. Entonces nos dimos cuenta que no podíamos seguir, porque ya la carretera estaba ya tapada. Lo que nos movía a nosotros eran las olas del mar, la fuerza de las olas nos arrastraba. Cada vez que una ola subía, nos movíamos unos veinte centímetros, y así, así, con el agua hasta la cintura”.

Dibuja una mueca de amargura en su boca y explica que lo que más angustiaba, era alcanzar un lugar seguro para su madre, que cada vez se mostraba más desesperada. Con el paso de los segundos, el nivel del agua subía como la espuma de una gaseosa con gas que se destapa después de agitarla. Virgilio estima que, aunque ninguno lo expresó, hubo un momento en que a todos les resultó muy probable que morirían ahogados, porque era como estar caminando sobre el piso de una piscina de olas, en la que la fuerza de las aguas empuja en dirección a la parte más honda e inclinada. Buscó entre la penumbra cualquier cosa que flotara que pudiera servirle de apoyo, de flotador, para pasárselo a su vieja. Y en efecto apareció. Fue el primer milagro de la noche.

“A mi mamá el agua ya le llegaba hasta los hombros, ya casi no podía. Menos mal ella misma encontró un surfish (flotador de arrastre) que nos trajo un amigo de Australia y ella se agarró de él como un salvavidas, porque ya no podía más. Yo ya tampoco podía más con ella, entonces ella se agarró a ese salvavidas y la solté a su suerte, pero seguí muy pendiente asegurándome que no se me alejara tanto, pero la dicha no duró mucho, pues el vaivén de las olas era cada vez más

prolongado”.

Hace otra pausa en el relato y de nuevo busca el horizonte. El mar está calmado, bello, silencioso, juicioso, inofensivo. El sol ya se ha puesto, se fue a alumbrar y calentar otros mundos. A lo lejos se ve la Virgen que sigue vigilante, erguida, sobre el cerro. A espaldas de ella sobreviven destellos de luz del Astro Rey, pero de un momento a otro van a desaparecer. Esos últimos rayos dibujan un brochazo colorado sobre la superficie del océano. No hay una miga de horror ni de miedo en el paisaje de las seis de la tarde en Santa Catalina. Los fragmentos del horror de aquella noche se quedaron viviendo en el recuerdo de Virgilio y los otros 200 habitantes que lo padecieron. Quizás nunca saldrán de esas memorias. Pero hay un pedazo del cerebro de Virgilio que sigue empeñado en reconstruir el drama, concretamente el de su madre, cuando estaba flotando sobre esas mismas aguas que ahora encuentra tan amigables, como si fueran de otro mundo.

“Luego, después de varios minutos, ella se soltó de ese salvavidas, porque ya no tenía toda esa fuerza para seguir agarrada. Entonces llegamos hasta donde había una habitación, donde había una ventana y pasamos hacia el exterior de la vivienda, ya el agua llegaba hasta el nivel de la ventana, y nosotros, ya afuera todos, decíamos, se va a partir esa ventana, se va a partir de un momento a otro y nos va a cortar, esos vidrios nos van a cortar”.

Un tonito de abatimiento y derrotismo se cuela entre cada palabras de Virgilio. Utiliza las manos al tiempo que habla, abraza el aire, tratando de explicar la forma como intentó arropar a su madre, en un intento desesperado y vano de darle calor en medio de la intemperie. Al drama de la mamá se sumó el de los niños, los de ellos y los de otras familias. Se escuchaban voces de las demás personas, se escuchaban perros, niños llorando, gente gritando y hombres pidiendo calma en medio de lo que ya era considerado como una catástrofe de niveles apocalípticos.

“Entonces nosotros salimos por la ventana de un cuarto, tuvimos que tratar de llegar hasta

arriba, pero esto estaba lleno, lleno, lleno de pura madera y palos que cayeron de las casas, también estaba lleno de neveras, esto estaba completamente lleno de eso. Uno veía desde el cuarto que la fuerza del agua venía hacia uno, y afuera el agua ya le llegaba a uno hasta la cintura. Entonces, la ventana del cuarto explotó, todo eso explotó, pero menos mal que cuando explotó, nosotros ya habíamos salido, estábamos en un punto intermedio. Luego llegamos a un punto un poco más estable y los que iban adelante se recostaban contra las paredes para poder descansar y nosotros seguimos por acá –señala- entonces las señoras que estaban adentro se metieron por un hueco que había entre pared y pared de dos casas vecinas. Decían, esto es un sitio seguro y yo metí a mi madre ahí también. Luego, ya sin fuerza mi madre decía, me duelen los pies, no puedo, no puedo”.

La mamá de Virgilio fue una de las primeras que perdió el calzado. Casi todo el recorrido lo soportó a pie limpio, expuesta a vidrios, espinas, palos y latas que tapizaban el piso. El mar seguía recogiendo cuanta basura y desecho encontró, haciendo más tortuosa la huida. Y, como esta es una historia de vaivenes, llena de miedos, pero también rica en milagros, pues llegó el momento en que empezaron a ocurrir situaciones igual de increíbles e insólitas como la tragedia misma.

Virgilio habla y sigue recorriendo el piso sobre el que construyó su posada, dando pasos sobre un terreno yermo y desolado. Es difícil creer que aquí mismo alguna vez hubo música y bullicio, que albergó personas radiantes de alegría, algarabía propia de la fiesta y la armonía familiar y vacacional. Cuando llega hasta la parte trasera, reinicia la crónica verbal. Se nota inalterable, tranquilo.

“Entonces vimos al rato flotar una chancleta, imagínese, una chancleta pasó flotando frente a nuestros ojos. Y una señora que iba con nosotros se lanzó sobre ella y la cogió y se la colocó a mi mamá y a los 30 segundos, uff, otra chancleta, pero diferente par. Y yo decía ay, ay mi mamá se me va a morir, se me va a morir, pues al rato ya empezó como a darle hipotermia, le dio frío, mucho frío. Después

me dijo, hijo tengo malestar y yo le decía, no mamita, vamos a salir, vamos a salir de esta y un primo, que estaba cerca de nosotros, nos decía, tranquilos, ahorita va amanecer, ya va amanecer”.

El primo de Virgilio mentía, de buena fe, claro está, para darles ánimo, incitándolos a que no desfallecieran, porque la anhelada amanecida aún se sentía lejana. En semejantes circunstancias, es como si las horas se fueran alargando, alargando, como si se hubieran vuelto de caucho. La noche fue cada vez más oscura, la posibilidad de un nuevo día pareció ahogarse en las mismas aguas que amenazaba con tragárselos a todos, empezando por la mamá de Virgilio.

“Qué amanecer ni qué ocho cuartos, le dije a primo, esta parece ser la madrugada más larga de mi vida”, refunfuña Virgilio. Ahora siente la necesidad de hablar de los más chicos de la familia, las niñas y especialmente el bebé de un año de nacido, otros héroes de esta historia de héroes y de heroínas.

“No se podía ver nada, las olas grandes llegaban hasta donde nos encontrábamos. La prima que tenía un bebé que, ese mismo día, el 16 de noviembre, cumplió 1 año, y ella lo tenía alzado y el agua ya parecía que los iba a tapar, yo pensé que se iban ahogar, porque las olas arrastraban palos y pedazos de madera y tubos. Yo encontré una tapa de un tanque de agua, entonces con la tapa yo lo usé como escudo para tratar de esquivar los palos y las neveras para que no nos pegaran ni a mi mamá ni a mí, ni a los niños, tampoco para que no nos fueran a caer las cosas de los techos, que se habían empezado a caer como desde las 6 de la tarde, o sea que a esa hora ya la mayoría de tejas se habían caído, se habían volado, pero seguían cayendo pedacitos de cosas de materiales que quedaron esparcidos por todo lado. Y todo en completa oscuridad, además uno no podía voltear a mirar hacia los lados porque se le tapaban los ojos con el agua del mar y las cosas que traía, como las algas”.

En medio de la zozobra y pese al imperiosa necesidad de alcanzar tierra firme, llegar a la

montaña, hubo tiempo para improvisar un nuevo plan e insistir en algunas tareas que ya habían sido encomendadas a los adultos y más experimentados y fuertes, aunque, a decir verdad, ninguno de ellos nunca había recibido siquiera un minuto de instrucciones en técnicas de salvamento, en caso de una emergencia como este huracán. Todo fue improvisado, torpemente improvisado, pero les dio resultado.

Dicen que el momento más oscuro de la noche se da justo en la hora que precede al alba. Los científicos consideran que es una especie de “medianoche” solar, es decir la versión nocturna del mediodía solar. Apoyado en lo que le había escuchado a su tío, Virgilio calcula que esos fueron los instantes más abrumadores y angustiosos, porque, entre otras razones, durante ciertos lapsos de tiempo no se veía nada, se guiaron por mero instinto, apoyados en los relámpagos que periódicamente acompañaban la tormenta. Esa oscuridad casi absoluta le dio algo de esperanzas, pues concluyó que el amanecer estaba cerca.

“Un amigo que permanecía en la parte de atrás de nosotros, tenía una especie de linterna, entonces quedó encargado de alumbrar cada cierto tiempo, pendiente cuando vinieran los palos y las neveras y todo lo que sacaba el mar de las casas. Así, con esa ayuda, tratábamos de evitar que golpearan a mi mamá o a los niños y a nosotros mismos y, cuando los veíamos venir encima, los empujábamos para otro lado”.

El optimista amigo de Virgilio seguía pidiendo a gritos que “tranquilos, que ya va amanecer”, pero en ese momento todos sabían que era una estrategia para que aguantaran y mantuvieran la esperanza viva. Los pesimistas llegaron a la conclusión de que esa noche sería la única de sus existencias que no tendría día, ni sol, ni cielo abierto, convencidos de que les tocó asistir como espectadores de la única noche eterna de la historia de la humanidad.

La mamá de Virgilio recitaba el rosario una y más veces, mientras que otras señoras invocaban a la Virgen de la isla para que los protegiera, les aguantara la vida hasta la

llegada de la luz. Las mujeres se aferraron fielmente a la Patrona de la isla, en el entendido de que se trata, nada más y nada menos, de la Madre de Dios, el creador de los mares y océanos, el que fijó las nubes en el cielo, razón por la cual debían sentirse seguras. Con semejante intercesora, la muerte no podía llevarse a nadie esa noche.

Y entonces ocurrió lo increíble según los no creyentes, lo inesperado según los pesimistas, el milagro según los seguidores de la Virgen y leales a su Hijo. Así lo describe Virgilio, otra vez las lágrimas asomando, a punto de salir por fin de sus vidriosos ojos. Mira con aire impasible hacia la montaña donde cree que comenzó a cocinarse el milagro que se los arrebató a la muerte. Haciendo visera con la mano, mide mentalmente los pasos que lo separan del lugar donde sucedió. Se siente un simulacro de calor en el ambiente, señal de que caerá una nueva llovizna antes del anochecer. Toma impulso y cuenta el extraordinario episodio:

“Un amigo vio flotar una cuerda, una pita, un lazo grueso y dijo, cójanlo, cójanlo y amarrémoslo a un árbol, entonces los más fuertes se lanzaron a cogerlo y tiraron fuerte y lo fueron arrumando a un árbol de chirimoya, que se veía entre las olas. Y lo lograron, le hicieron un nudo alrededor del tronco y soltaron el lazo hacia donde estábamos nosotros y cada uno se fue agarrando. El viento seguía fuerte, fuerte, uno tiene que estar agarrado duro y todo el mundo sosteniéndose a esa pita, a esa



cuerda amarrada a un árbol. De un momento a otro todo el mundo estaba amarrado, agarrado, éramos como 32 de nosotros, 32 agarrados a esa pita”.

Desde el lugar que le correspondió asirse a esa especie de cadena humana sostenida por la gruesa cuerda, Virgilio notó que varias personas encontraron lazos similares, pero a diferencia de ellos, los usaron para amarrarse directamente a los árboles, porque el viento seguía muy fuerte, tan fuerte que amenazaba con arrebatárselos a los troncos que simplemente abrazaban. A Virgilio se le antojó estar asistiendo a la puesta en escena de una obra surrealista: padres semidesnudos, con heridas en la espalda tratando de abrirse paso en medio de la enloquecida borrasca, en un afán desesperado por atar a sus hijos y ancianos a los palos, pese a que con todo y sus frondosas ramas seguían meciéndose de lado a lado, al antojo de la fiereza de los vientos. La mayoría de la familia de Virgilio aguantaba al lado de la casa, todos aferrados al lazo y aferrados también a la esperanza de que pronto el viento amainara, que dejara de empujar el mar hacia ellos. No dejaban de pensar en la ilusión de ver las primeras luces del nuevo día, lo que suponía más capacidad de reacción. Pero, a juzgar por el descarnado relato de Virgilio, estaban muy equivocados. No imaginaban lo que Iota les tenía preparado.

“Unos salieron un poco más adelante y se agarraron a ese árbol de chirimoya, pero nosotros sí nos quedamos agarrados de la pita porque ya todo esto estaba lleno y no podíamos pasar para ninguna parte. En otra casa estaban mi papá, mi hermano, mi hijo y otros primos, ellos decían, nosotros somos jóvenes y podemos resistir, pero esa valentía les duró hasta que vino un árbol y entró por la ventana y es cuando empezaron a decir que tenían que evacuar y salieron en estampida y como pudieron hasta donde nosotros. Lo más tenaz para ellos fue que la puerta trasera estaba cerrada y a mi hijo le tocó tumbarla, se cortó para poder salir porque ya el agua empezó a subir a esa casa”.

Recorrer la devastación que causó el huracán en Santa Catalina, permite imaginar solo

una parte de lo que Virgilio, familia, amigos y vecinos soportaron durante la noche, madrugada y parte de la mañana. Habría que vivirlo para contarlo de la forma más fiel posible. Incluso Virgilio, el propio narrador de esta historia, por momentos experimenta lagunas de incredulidad. Es que, recalca, ocurrieron tantos eventos trágicos al tiempo, se juntaron tantas desgracias en un lapso de menos de ocho horas, que pasadas varias semanas la mente no ha podido ordenarlos coherentemente. Es algo así como intentar clasificar las piezas de un “armatodo”, el juego “rompecabezas” en que se transformó la vida después de Iota. La lógica humana no parece haber sido diseñada para entender tal cantidad de drama, suspenso y miedos acumulados.

Virgilio recorre unos veinte metros sobre lo que fue el bar que administraba, mira arriba, a los lados, hacia los vecinos y aún no puede digerir en su lógica la escena que sigue viva ante sus ojos. Confiesa que cada vez que se levanta en las mañanas, repite el ejercicio de inspección de los restos, pero no logra darle todo el crédito a lo que les pasó, pese a haberlo vivido en carne y hueso.

“Ahorita no se puede notar muchas ramas porque ya han limpiado, pero todo esto era lleno de ramas y de objetos de las viviendas”, se queja, mientras levanta en sus brazos al niño de un año de nacido que se salvó con el resto del grupo. Una pequeña de nueve años, sobrina de Virgilio, se le arrima para saludarlo, luego de pasear al bebé en el coche. Dice que lo ha llevado hasta el malecón y pregunta cuándo arreglarán el aviso que daba la bienvenida a la Isla. “Me Love Ketheena”, decía el mensaje original, en colores amarillos, verdes y rojos, pero el huracán le arrancó seis letras. La niña del coche es otra de las heroínas que sobrevivió a ese infierno de agua, brisa y sal. Se llama Shaira, una morena de unos nueve años, de piel limpiísima, ojos verdes, alta, con el cabello embellecido por las trenzas geométricamente diseñadas por su abuela. No quiere hablar del tema. Dice que ya olvidó todo. Virgilio cuenta por lo bajo, a manera de infidencia, que ella también se salvó porque su papá la encaramó sobre un colchón en el



que flotó hasta el amanecer.

“En Santa Catalina son más o menos 200 casas y todas las casas prácticamente se las llevó el huracán Iota, no hay una en pie, en buen estado, tú puedes ver que hay unas paraditas pero sin ventanas sin techo”, narra, permitiendo que la nostalgia regrese a su historia.

Virgilio no quiere perder esta oportunidad de contar su propia experiencia espiritual, como si tratara de aprovechar la única oportunidad que le han dado de hablar de “lo sobrenatural” detrás de lo natural. Aspira a que sus reflexiones queden grabadas en una cámara de video, en una grabadora de periodista, que sobrevivan como constancia histórica, pues no cree que tenga la valentía para volver a contarlas, además de que teme que suenen a fantasía o, peor aún, a locura suya.

“El sonido del viento era tenebroso, uno pensaría que era una especie de ruido como con rabia, uno decía, esto se va a llevar todo. Yo dije, pues si logramos sobrevivir a esto, mañana no va haber sobrevivientes en Providencia y si hay, van a ser muy pocos, porque esto era algo que no esperábamos. Es que el sonido era muy diabólico, tanto el sonido de la brisa como el sonido del mar, porque todo esto que se ve acá, era agua de mar, agua salada. Los perros y los gatos se salvaron, unos vecinos que también se agarraron a la cuerda, también traían una perrita y se salvó, todo eso fue como un milagro”.

En Providencia, el baño de concreto les salvó la vida a cientos, podría decirse que a la gran mayoría de habitantes. En Santa Catalina no les sirvió de nada, porque aquí el mar se metió al pueblo construido en la playa, lo cubrió por completo, intentó engullirlo semejando un monstruo marino, con todo y habitantes, de una solo bocanada.

No hay duda de que, de las tres islas, la peor parte del huracán le correspondió a Santa Catalina, quizás porque las casas prácticamente fueron construidas en la playa misma, porque el espacio entre la playa y la montaña no es muy amplio y las viviendas no



están lo suficientemente alejadas del oleaje. Además, no cuenta con un terraplén, aunque, a juzgar por la altura que alcanzaron las olas, tampoco habría servido de mucho, lo que explica la razón por la que, tan rápidamente, el agua se metió a las casas y, literalmente, sacó flotando a sus habitantes.

“Una vecina tuvo que colocar a una niña en un colchón para que flotara y se pudiera salvar”.

Asidos a la cuerda o lazo, o pita como prefiere decirle Virgilio, toda la familia aguantó hasta la llegada del nuevo día, que definitivamente sí llegó, aunque siguió lloviendo y brisando con fuerza, por ratos sin la agresividad de la madrugada. En ese momento se percataron de que el tío capitán, había sufrido un fuerte golpe en el estómago, al parecer por el tronco de árbol que cayó sobre la vivienda. En principio no asociaron los dolores con el golpe, porque incluso bebieron whisky en varias oportunidades. Días más tarde debió

ser hospitalizado de urgencia en San Andrés, porque los retorcijones abdominales no cesaron. Más tarde moriría. Virgilio tiene claro que fue otra víctima mortal de Iota, aunque haya muerto con posterioridad.

Con la aparición de la claridad del nuevo día, empezaron a descubrir una realidad que jamás se les habría ocurrido imaginar. Cuando ya pudieron soltarse del árbol que les salvó la vida, lo primero que se les ocurrió fue entrar a las casas a ver qué había quedado servible, rescatable.

“Como a las 7:30 am más o menos, el sol todavía no salía bien, pero ya estaba más claro, más visible. Volvimos a entrar a las viviendas. Pero esta vez dentro de los baños con el agua hasta la rodilla, pero por lo menos ahí nos protegíamos un poquito”.

Virgilio insiste en contar la parte que podría considerarse más misteriosa y sorprendente

de su historia, si es que puede haber algo más misterioso y sorprendente que el hecho de que docenas de personas salvaron sus vidas gracias a que decidieron amarrarse a un lazo, que a su vez fue amarrado a un árbol.

Varias semanas después de los hechos, en el interior de la vivienda donde Virgilio vive con su mamá, subsiste en el ambiente un olor a barro podrido, mezclado con el aroma propio del mar, de pescado, de madera y troncos de árbol muerto. De un momento a otro empieza a oler a café recién hecho, que la brisa trae desde la cocina amainando la sensación a humedad, a ratos putrefacta, que aún invade los rincones de las viviendas de Santa Catalina. Virgilio invita a una rápida visita al patio, para mostrar el proyecto de jardín y huerta que tiene en mente, muestra un árbol de “Breadfruit”, pan de fruta que llaman, que se mantiene de pie gracias a que lo sostienen atado a una palma de coco.

“Este árbol de pan de fruta lo había sembrado mi mamá hacía varios meses y se salvó. Por eso lo recuperamos y lo vamos a levantar como un símbolo a la lucha que dimos esa noche, especialmente mi madre”, explica, acomodando sus manos en la cintura en forma de jarras.

Luego dirige sus pasos hacia el antejardín, la parte que queda frente al muelle, la que mira al mar. Al atravesar de nuevo la sala, se nota que aún hay enseres y objetos de algún valor familiar apiñados desordenadamente en los rincones, o sobre muebles, a la espera de ser acomodados como se merecen, cuando la vivienda haya sido reconstruida. El piso del antejardín es de arena, no hay asomo de pasto. Virgilio se detiene y señala hacia abajo: un pequeño monumento de concreto. No mide más de 50 centímetros de alto y ancho, en forma de arco en la parte superior. Echa un vistazo y se encorva para observarlo.

“Miren adentro”, pide.

Es un Moisés sentado en un trono, sosteniendo la Tabla de los Mandamientos en la mano izquierda, mientras que la otra descansa sobre su rodilla. Está intacto. Limpio. Virgilio habla de la escultura con orgullo, con cariño y nobleza. Con religiosidad, como debe ser, tratándose de semejante personaje bíblico al que parece guardarle mucha reverencia y respeto.

“Esa imagen la puso mi mamá hace como unos 10 años. La mañana después del huracán fue sorpresa al ver que todo estaba destruido, todo se cayó y la imagen de Moisés quedó intacta. Uno dice: Pero por qué no se movió, si acá todo esto era olas?, Si hasta un palo entró por esa ventana y acabó con una vivienda?. Acá podríamos decir que Moisés se volvió a salvar de las aguas”.

CAPÍTULO 7

Las 7 vidas del padre Benito

Cuando el padre Benito abrió la puerta de la iglesia y descubrió que la figura huesuda de nuestro señor Jesucristo estaba intacta, sintió alivio. La imagen le devolvió la esperanza y leyó en ella un mensaje de Dios que no podía prestarse a equívocos y, en ese preciso instante, entendió la razón por la cual él y los demás humanos y próceres de yeso que lo acompañan diariamente, habían amanecido vivos.



También se percató de que los vidrios de la fachada piramidal de la iglesia quedaron incólumes, sin siquiera rayones. Increíble, se dijo para sus adentros, recordando que durante casi toda la madrugada y hasta las primeras líneas del nuevo sol, la estructura cristalina del templo soportó la embestida de un viento que se estrelló contra la edificación, a una velocidad de bolido, unos 250 kilómetros por hora, que además se metió hasta bien adentro de esta sucursal de la Casa de Dios. Fue una lucha desigual la que se vivió en Providencia: toda una catapulta natural contra un pesebre de inermes y débiles casitas.

Con una paciencia y fe dignas del arqueólogo que busca vestigios en las ruinas, el sacerdote inspeccionó, minuciosamente y palmo a palmo, el interior del templo, rincones y repisas, buscando el menor daño material o avería, para meterlo en el diagnóstico preliminar que anotaba mentalmente y más tarde pasaría a una libreta de apuntes. Después de hacerlo durante más de dos horas, al padre se le ocurrió la única frase pertinente: Un Milagro. Lo repitió varias veces, primero por lo bajo y luego casi que a grito entero: ¡un milagro, un milagro !. Y lo justificó y le pareció apenas lógico, en el entendido de que se trata, ni más ni menos, de la Casa de Dios. De qué otra manera se explica, que no les haya ocurrido nada al Cristo, a las imágenes de la Virgen en los ventanales, a tantas otras figuras y retratos de los seres santos que habitan el templo ?

Por ejemplo, en cambio de sufrir los destrozos propios que los vientos de un huracán causan sobre cualquier vidrio, el rostro de “La Dolorosa”, Patrona de la iglesia, dibujado a mano sobre una de las ventanas superiores, amaneció intacto, incluso más hermoso, con trazos de resplandor de luna. El cura vio que la imagen recuperó la limpieza que le estaba haciendo falta desde la última vez que la lavaron a mano. Y ni qué decir de la Virgen María, representada en una imponente figura en yeso que permanece de pie, al lado de su hijo, en el fondo del templo. La Santa Madre no sufrió ni una sola hendidura, ni siquiera se le desportilló un pie, que fue lo primero en lo que se fijó el párroco cuando se encorvó a revisarla desde la cabeza hasta abajo. Tan linda ella, comentan los feligreses que detienen su

marcha y entran a corroborar con sus propios ojos lo que ya consideran un milagro genuino. Y podrían tener razón en llamar milagro a lo que descubren adentro, a juzgar por los efectos devastadores de Lota, precisamente en los alrededores de la Iglesia del padre Benito, ya que no tuvo clemencia ni siquiera con el claustro educacional de monjitas, que desde 1932 venía funcionando contiguo al templo.

El padre Benito es un ser afable, de esos que escuchan y dejan hablar, que piensa sus respuestas para poder decirlas sin que causen heridas ni controversias ni ofensas. Es un típico “comeañón”. Se ve joven, aunque lleva auestas varias décadas de sotana y fe. Ya pasó a la historia de Providencia por ser el sacerdote que más joven se ha convertido en párroco y, ni más faltaba, el primer nativo en lograrlo, condición que refuerza en el color de piel, en sus blanquísimos dientes, el crespo del pelo y el creole en el que se expresa la mayoría del tiempo, incluso en las homilias dominicales ante los cientos de feligreses que acuden a esta capilla católica, sin contar los que lo visitan en la casa parroquial entre semana.

No es la primera vez que se salva de una muerte que creía inminente. Recién ordenado sacerdote, llegando a Bogotá en un vuelo de Avianca, al avión le falló el tren de aterrizaje y comenzó a descender hacia una estrellada segura contra la pista del aeropuerto El Dorado. Hizo lo único que podía y sabía hacer: rezar. Confiesa que sintió miedo, pero que echó mano del privilegio que otorga la cercanía con Dios, para obrar con serenidad y tomar las decisiones más acordes con la tragedia que se aproximaba.

“Recuerdo que, aunque el piloto nos pidió compostura, que metiéramos la cabeza entre las piernas, yo no pude evitar mirar desde la ventana y vi cómo los carros de bomberos y ambulancias hicieron corrillo para actuar en caso de que el avión se incendiara tras su caída al suelo. El pánico era general, pero la pericia del piloto evitó una tragedia de proporciones y, salvo la sacudida y algunos golpes contra las sillas delanteras, salimos indemnes. No hubo ni heridos, pero ese día pensé que iba a morir”.

Anteriormente la muerte ya había golpeado a las puertas de la existencia del cura Benito, durante tragedias naturales similares, como huracanes y tormentas tropicales fuertes, incluso el huracán Beta, que terminó siendo más susto que tragedia y no dejó desenlaces fatales.

Pero lo que vivió en la madrugada en la que el huracán Iota pasó por Providencia y sacudió los cimientos de su templo, fue de otro calibre. A diferencia del accidente del avión y del Beta, esta vez se sintió más fortalecido y preparado espiritualmente para toparse cara a cara con la muerte.

“En el 2005, el Beta nos cogió acá mismo en la casa cural de la iglesia. Esa vez el techo se nos vino encima y estábamos 80 personas encerradas aguantando los vientos. Todo el mundo no hacía sino gritar y gritar. Al otro día, solo encontramos daños materiales no tan graves y los soldados del Ejército vinieron a ayudarnos a remover los escombros y reconstruir sin mucho problema”, rememora, con tranquilidad en sus palabras, como si estuviera evocando una anécdota y no una tragedia.

De su relato pausado pero altamente emotivo a propósito de la tragedia del huracán Iota, se puede deducir que el padre Benito quedó convencido que es más fácil lidiar con los embates de la Madre naturaleza, que con los errores de los hombres. En estos eventos, los naturales, la oración puede surtir efectos más inmediatos, pues la naturaleza depende directamente de Dios, mientras que las tragedias causadas por los hombres, se generan en errores del mismo hombre.

Pasadas unas cinco semanas desde la ingrata “visita” del Iota, el cura empieza a encontrar las cosas positivas detrás de la tragedia y, con algo de mordacidad y humor y doble sentido, celebra que por lo menos ahora tiene una mejor y más amplia vista sobre el océano, pues el huracán arrancó de raíz los árboles que se atravesaban entre él y el horizonte, algo que resultaba imposible cuando en las tardes se sentaba en el porche de su casa a meditar y a recibir visitas de feligreses, amigos,

familiares y pecadores, de esos que urgen por consejo, bendición y aliento. La vivienda donde el sacerdote desayuna, almuerza, come y duerme, está providencialmente ubicada en lo alto de la misma montaña en la que también fue construida la iglesia, de modo que regresar a su casa, después de las misas y de los asuntos parroquiales, significa lo mismo que salir al patio. Claro está, debe sortear 45 escalones que separan una construcción de la otra.

El día que decidió compartir su dramática experiencia con Iota, prefirió hacerlo sentado en una percutida silla mecedora de mimbre. No quiso quistarse la sotana, pese a los casi 40 grados con los que, a esa hora de la tarde, los habitantes de Providencia normalmente son castigados sin clemencia y distingo algunos. El padre Benito hace un “paneo” visual sobre el paisaje del que, ahora, irónicamente gracias a Iota, puede disfrutar. Suspira. Lamenta que uno de los grandes daños que dejó el huracán, es que Providencia se quedó sin sombra, sumida a la dictadura del Astro Rey. Y tiene razón, Iota desplumó la vegetación toda, la pequeña y la grande, dejando un reguero de esqueletos de árboles por todas partes, sin contar con los troncos de los más viejos, algunos milenarios, que perdieron la batalla contra la borrasca y fueron cayendo, uno tras otro, con raíz y todo.

“Bueno, como ustedes pueden ver este panorama, esto no era Providencia, nunca se veía esta desolación, una desolación completa, pareciera como si le hubiera echado una bomba y hubiera estallado, hubiera quemado toda la isla, no hay vegetación, están todos los árboles sin hojas”, anota, al tiempo que señala con el brazo de derecha a izquierda.

Algo que llama mucho la atención del padre Benito, es lo ocurrido en Santa Catalina, la isla vecina, donde el huracán llegó en forma de tsunami, arrojando casi todo el territorio con olas de varios metros de agua salada y la lluvia propia de la tormenta. Desde la casa del cura, se puede apreciar que, en efecto, Catalina quedó convertida en un desierto con montañas. Cambió de color. Lo que antes era verde ahora está empañado de un rojizo



pálido, amarronado en partes, como si en vez de agua le hubieran rociado azufre o lava recién salida de un volcán en erupción.

“Todas las casas que ustedes ven acá, están desechadas, desde aquí no se veían las casas antes, porque había mucha arborización, ahora todo se ve destruido. Santa Catalina, que se ve acá al lado, está también destruida, ellos allá tuvieron un tsunami, el mar se metió 8 metros por encima de la isla y estaba ahogando la gente, toda esa agua del mar que votó, quemó toda la vegetación y por eso la isla se ve así como si estuviera quemado, pero afortunadamente estamos con vida, afortunadamente tenemos vida y podemos continuar”, se anima a decir, mientras sorbe lentamente un humeante tinto recién hecho, que le alcanza una monja. Adentro, en las habitaciones, dos hombres trabajan en recomponer el sistema de agua e instalan un tanque de almacenamiento, a los que conectan dos mangueras que llevarán el líquido a los dos baños, mientras el acueducto oficial se reactiva normalmente.

La iglesia de la que el padre Benito es párroco desde hace 31 años, se llama “Parroquia de Nuestra Señora de los Dolores”, nombre que heredó del templo antiguo, que existió hasta la década de los setenta. Ese era de madera, por lo que el riesgo de caer derribado durante una tormenta, era altísimo. El sueño de los feligreses fue reemplazarlo por uno de concreto, con todo y vivienda para su párroco, como el que finalmente quedó erguido, a un lado, a pocos metros del original, pero en la parte de arriba de la montañita.

Justo enseguida de la nueva iglesia funcionaba desde hace muchos, desde el año 1932 para ser más concretos, el Colegio de las monjitas, una edificación alargada y ancha que, también por obra y gracia de los árboles que antes existían, el padre Benito no podía ver en su totalidad desde el balcón en el que ahora está sentado. Después de la tormenta, el panorama quedó despejado, pero ya no está el claustro de las religiosas. El huracán también se lo llevó, sin respetar que allí las hermanitas Guadalupanas de La Salle, se dedicaban a orar, alabar a Dios y hacer obras de caridad.

Por esas rarezas inexplicables de la naturaleza, estos fenómenos de gran impacto, como los huracanes, golpean de forma selectiva, es como si llegaran a su objetivo con ruta de entrada y de salida propia, trazan un camino sinuoso, esquivando lo que no le interesa destruir y arrasando con el resto. Así lo hizo en Providencia y Santa Catalina, incluso en San Andrés, a donde llegó con menos fuerza, aunque también causó estragos.

Apoyado en esas conclusiones nada científicas, pero propias de su intuición, el padre Benito cree entender el “modus operandi” de Iota, que destruyó por completo el colegio-convento de las monjas pero dejó intacta la iglesia, a la que más allá de la inundación, rotura de vidrios y caída de tejas, no le generó daños que puedan considerarse irremediables. A juzgar por el entusiasmo que se le cuela entre palabras, el cura guarda la esperanza de que el templo será rehabilitado más temprano que tarde. Será cuestión de reforzar pinturas, cambiar vigas y renovar el techo. El piso del espacio interior no se quebró y la mueblería, en especial las bancas para los feligreses, cuentan con el visto bueno para reactivar su servicio a Dios.

Además de buena gente, este clérigo es reconocido como un excelente gestor y emprendedor innato. Todo lo que se propone lo consigue, dicen sus más cercanos, gracias a sus buenos modales y, muy seguramente, a la decencia que emana en sus palabras bien habladas y oportunas. Lo primero que se propuso fue empezar las misas dominicales, para lo cual necesitó dos carpas anchas, que pronto recibió de manos del Gobierno. A los dos meses, ya oficiaba las homilias afuera, sobre un atrio improvisado y varias docenas de sillas Rímax. Desde que reinició, más de 150 personas acuden a escuchar sus plegarias y consejos. Pese a su optimismo propio de un ser de fe genuina como la de él, el padre Benito no dejó de lamentar la “suerte” corrida por sus vecinas, las monjitas.

“Yo tengo una vista bonita desde aquí de mi vivienda, antes no podía ver el mar, tenía mucha arborización, no tenía vista en izquierda ni derecha porque había muchos árboles muchas casas y aquí estaba el convento de



las hermanas desde 1932, un monumento nacional inclusive, y ahora todo está colapsado, todo está en el suelo, desolación completa, hay dolor en el corazón de la gente, todo el mundo quedó en la intemperie”, se queja.

El sacerdote calcula que un 80 por ciento de su comunidad quedó afectado grandemente y a la intemperie. Lo primero que hizo, al otro día y después de verificar que las imágenes y figuras más emblemáticas de la iglesia estuvieran intactas, fue improvisar un censo. La grandeza de su corazón lo empujó a buscarle de inmediato un refugio transitorio a las víctimas, especialmente los más pobres y desamparados, a los ancianos y enfermos. Puso a disposición la casa cural, su propia vivienda y el pedazo del templo que no sufrió mayores averías en el techo. Como siguió lloviendo después del huracán, pensó que lo urgente era garantizar la dormida a los damnificados que se le fueron arrimando poco a poco, los que con el paso de las horas llegaron a contarse por docenas y hasta cientos.



El cura contó con la ayuda inmediata que le brindó la UNGRD, que no tardó en llevarle carpas, mantas y linternas. Providencia se había quedado sin luz. Las primeras noches serían odiseas, pero el ánimo que este buen hombre de Dios imprimió en sus feligreses, alivió la carga que se veía venir. Con la llegada de las primeras sombras, organizó grupos de oración, leyenda de la Biblia y hasta relato de anécdotas y de experiencias vividas durante el huracán. El padre Benito transformó la pesadumbre en alborozo, la desazón en entusiasmo y la desesperanza en fe.

Los damnificados a quienes el padre Benito les prestó auxilio y amparo, fueron en su mayoría jóvenes, mujeres solteras, cabezas de familia y un grupo reducido de adultos mayores. Pocos niños. Increíblemente, Providencia se quedó sin niños de la noche a la mañana. No se los llevó el huracán físicamente. Se los llevó el miedo a un futuro incierto y el riesgo de otra embestida de la naturaleza. Como pudieron y echando mano de ahorros que se salvaron

debajo de colchones, los padres sacaron a sus hijos pequeños hacia San Andrés y la Costa, así como para Bogotá y Medellín.

De vez en cuando, mientras relata los pormenores de esta experiencia, al padre Benito le llegan visitas que atiende con afán, pero con admirable respeto y atención. Pide a una de sus asistentes que no reciba más gente durante por lo menos dos horas, mientras acomoda en su cabeza los recuerdos de lo que ocurrió la noche de Iota, para narrarlos coherente y verazmente. Se le nota algo de ansiedad y afán, al querer compartir la forma como él y un grupo de monjitas se salvaron de la muerte esa madrugada.

Además de los problemas de la falta de agua, la casa también quedó desentejada, pero de forma artesanal logró tapar un buen pedazo, mientras el Estado cumple las promesas de reconstrucción de las viviendas. De todas formas, el padre se siente cómodo y se da por bien servido, en comparación con lo que ocurrió a otras familias que lo perdieron todo y debieron dormir las primeras noches a la intemperie o debajo de plásticos.

A diferencia del huracán Beta, que lo soportó junto a 80 personas, la tragedia de Iota sorprendió al cura en compañía de tres de las monjas del colegio, quienes no solo lo apoyaron en oración y fortaleza espiritual, sino también con la fuerza física necesaria para apalancar la puerta del baño en el que se escondieron.

Pasado el tiempo, al padre Benito le produce gracia acordarse de la escena un tanto chaplinesca: un cura y tres religiosas en sotana, una de ellas octogenaria, encorvados detrás de una puerta, tratando de atajar una mole de viento que empujaba a 250 kilómetros por hora. Es que una de las monjas bordeaba los 81 años de edad la noche del 15 de noviembre. Como lo han relatado miles de los sobrevivientes del huracán, el padre y sus acompañantes también fueron beneficiarios del privilegio de contar con un buen baño de concreto, que en últimas se convirtió en el refugio oficial de la isla.

“Yo me salvé en la casa cural en un baño con tres religiosas, ese baño fue la salvación nuestra. Si no fuera por ese baño tal vez al día siguiente no nos hubieran encontrado”, evoca con orgullo el padre.

Deja de reclinarsse en la cómoda mecedora en la que ha permanecido sentado durante todo el relato, se pone de pie e invita a que lo sigan, convencido de que es mejor contar las cosas con la evidencia física, para que no crean que es mentira lo que está a punto de relatar. Camina unos veinte pasos, pasando por la sala y la cocina, hasta llegar al cuartico de no más de tres metros cuadrados, donde funcionaba el baño social. La puerta original ya no está. El padre entra y señala hacia el lado de la ducha, explicando que justo en ese punto permanecieron, acurrucados, aguantando las primeras tandas de vientos cruzados, escuchando el atemorizante rugido que llegaba desde el exterior.

“Estaba yo aquí con la religiosa en el baño, porque el baño tiene el techo en concreto, el viento no pudo levantar el techo nos resguardamos aquí casi por dos días y medio, mojados y sin poder bañarnos y cambiarnos porque no podíamos salir con las religiosas, una de 80 años y, sin embargo, la hermana aguantó esos días de dificultad por la cual estábamos pasando, pero como le dije antes, el Señor es nuestra fortaleza y logramos superar esa noche y así también vamos a superar esta difícil situación que estamos viviendo porque el Señor es nuestra fortaleza”.

El padre Benito ya se había enfrentado anteriormente a huracanes, tormentas tropicales y vendavales, muy asiduos por estos lares caribeños. De todos salió indemne y, quizás por ello, cayó en la misma trampa que pisaron casi todos los isleños: la bendita confianza. En los días que antecedieron el arribo de Iota, no le pasó por la cabeza la idea de que esta vez se trataría del “animal” letal y depredador al que fue mutando con el paso de las horas.

Con las religiosas como única compañía, encerrados en el baño, no vieron más remedio que las oraciones a Dios y las plegarias a la

patrona del templo, la Dolorosa, así como peticiones a los santos que hacían presencia espiritual desde la distancia, en la parte de abajo de la vivienda. Clamaron por la integridad física de los cuatro y, por supuesto, por todos los habitantes de la isla, que en esos momentos ya estaban sufriendo la inclemencia de un sorprendente fenómeno natural sin precedentes.

Al igual que aquél día del incidente del avión, el sacerdote no pudo evitar pensar en la inminencia de la muerte y decidió confesar, en silencio, sus faltas, aunque consciente de que Dios ya las conocía. Pero meditó en que el valor y la eficacia de una oración, dependen en gran parte de que esté acompañada de reconocimiento del pecado confesado, la intención genuina del perdón y la promesa de la no repetición. El sacerdote evocó el Salmo 51 y lo recitó en voz alta ante sus compañeras de semejante aventura:

“Al corazón contrito y humillado, no despreciarás tú, oh Dios”.

Basado en el conocimiento de campo que tiene de la isla y su componente geográfico y social, el padre calculó, “a ojo de buen cubero”, que la tragedia iba a dejar muchos muertos, así que les comentó a las hermanitas acompañantes, que en caso de que se salvara, le iba a tocar trabajar mucho, presidiendo docenas de entierros y oficiando misas por el alma de las víctimas. Y no era para menos, ya que lo que se escuchaba afuera, mientras permanecía agazapados y titiritando del frío dentro del baño, hacía temer lo peor, un desenlace de dimensiones apocalípticas. Y enfatiza:

“Cuando el huracán llegó con esa fuerza y esa potencia, porque nunca había habido un viento de esa magnitud, cuando yo vi que todo el techo se fue, yo pensé en la muerte y que nos podía llegar a nosotros y además estaba pensando yo en los cientos de personas que al día siguiente tenía que ir yo a enterrar, porque uno escuchaba las láminas, las caídas de las casas que estaban volando, los techos, entonces uno dice de todo eso que está pasando y que está sucediendo allá afuera,

debe haber muchos muertos, Pero afortunadamente no fue así, la mayor parte de la gente se salvó porque aquí en la isla la gente se acostumbra a construir los baños con concreto de techo y todo se salvaron metiéndose en el baño”.

Luego de mostrar el baño en el que se metieron, regresa a la silla mecedora, sobre la que se detiene a admirar el mar que se extiende plácidamente sobre la redondez de la tierra. Ya va a comenzar la puesta del sol y ancla la vista en un par de buques que, efecto de la distancia, parecen dibujados sobre un lienzo. Seca las gotas de sudor que bajan por su frente, antes de ahondar en el dolor y la vergüenza que lo atormentan debido a la actitud de algunos nativos, que aprovecharon la tragedia para robar a sus prójimos, la mayoría de ellos damnificados del huracán, cuyas casas y negocios quedaron abandonados y fueron asaltados y saqueados por hordas de ladrones.

“En algunos supermercados y almacenes, la gente entró a saquear lo que quedó bueno, lo que el huracán no destruyó. Acá en la iglesia no se llevaron nada, la gente es muy respetuosa, respeta mucho la iglesia, acá no tocaron nada, además tenía gente aquí en el albergue. Ellos estaban pendientes de todo, también la gente cuida la iglesia”, dice, el entrecejo fruncido, acompañadas sus palabras con una mueca de disgusto y desaprobación. Recalca en que ese tipo de corrupción, esos actos inescrupulosos, nunca antes se habían visto en Providencia. Por lo mismo insiste en que la gente de la isla ha cambiado mucho, que se les ha dañado el corazón, en parte, sentencia, por ausencia de Dios en ellos.





Al padre Benito no le cabe la menor duda de que detrás de la tragedia del huracán Iota venía escondido un mensaje celestial, espiritual, algo así como una señal, una advertencia de Dios. Cree que el Todopoderoso quiso enviar una alerta para que los humanos redirijan el rumbo, concretamente los isleños, que se han ido alejando de los templos y hoy en día se les nota más pendientes de los ídolos de barro, el dinero, el poder, la rumba, las drogas, el sexo. Y estima que, aunque Dios es infinitamente Misericordioso, también puede ser implacable cuando el hombre le es infiel.

Y ese mensaje escondido, analiza, se puede leer en el hecho de que el viento destruyó casas, edificios, barcos, carros, torres de energía, grandes construcciones, pero dejó intactas las figuras que representan a Dios en la tierra. Incluso, templos, iglesias y conventos cayeron, pero los rostros y figuras de vírgenes, santos y el mismísimo Jesucristo, salieron indemnes, como ocurrió en su propia capilla.

En un intento por darle más credibilidad a sus hipótesis teológicas, se empeña en mostrar el estado en que quedó el templo por dentro y la forma como las imágenes sagradas se conservaron. Deja la comodidad de la silla y emprende el descenso hacia la capilla, separada de su vivienda por unos 45 escalones. La montañita se le antoja más empinada que de costumbre, tal vez porque a esa hora ya acumula gran parte de la fatiga del día -son casi las seis de la tarde- y porque las obras de limpieza lo han obligado a que suba y baje con más frecuencia que antes del huracán.

El templo no es muy grande, pero sí es un lugar suficiente para albergar unas 150 personas cómodamente. El arquitecto que la diseñó supo aprovechar el espacio disponible. A primera vista se ve la inundación que aún persiste en algunos rincones y hay pequeños charcos sobre gran parte del piso. Huele a mar. Una que otra gotera sigue cayendo desde arriba en las zonas que conservaron el tejado. El techo se desplomó en un 70 por ciento. Las bancas de los feligreses yacen esparcidas desordenadamente y muchas de ellas hacen las veces de mesas, en las que se acomodan arrumes de documentos, ropa aún mojada

y artefactos de toda índole, propios de una iglesia. Hay carpas instaladas en la entrada y se ven cuerdas atravesadas entre una pared y otra, que al parecer sirven para secar las prendas de vestir recién lavadas. La escena se asemeja a un inquilinato. Justo después de la puerta de entrada, la que aún está cubierta, la luz es tenue, escasa, atravesada suavemente por un fragmento de rayo de sol amarronado. Huele a humedad. Adelante, donde está ubicado el atril, las sombras ceden ante la luz natural que cae de forma perpendicular, dependiendo de la hora. Antes de las seis de la tarde, arriba se abre un espacio por el que se cuele la hermosura del cielo azul sin nubes.

El Cristo está entero, perfecto. Jesucristo permanece con la mirada gacha, su figura desgarrada, suelta, pendiente de los clavos. Se ve limpio. El padre Benito se arrima a la imagen y se persigna solemnemente. Hay una Biblia abierta en el Salmo 91, pero parcialmente indeleble, manchada con su propia tinta producto de la humedad reinante y las filtraciones de agua que siguió soportando después de Iota. El sacerdote recaba en la necesidad de creer en el milagro, el mensaje oculto del que ha venido hablando:

“Todo el techo se me fue prácticamente, lo único que quedaron intactos fueron los tres Signos, las tres imágenes que presiden el templo: la imagen de San José, el Crucifijo en alto de nuestro señor crucificado y además la patrona de la iglesia que se llama Nuestra Señora de los dolores. Además del Sagrario, el Sagrario quedó intacto, los signos, los símbolos quedaron intactos, aunque hemos perdido todos los ornamentos, los cancioneros, los cálices y los compones, los manteles, todo se ha perdido, pero Dios es nuestra fortaleza y volveremos a levantarnos”.

Camina hacia la salida sin dejar de inspeccionar los rincones del templo. Se nota algo de nostalgia en su mirada cada vez que redescubre las pérdidas o encuentra un daño del que antes no se había percatado. Por ejemplo, cae en cuenta que se estropearon los Libros Litúrgicos, que son esenciales para celebrar las misas y administrar los Sacramentos, lo que considera como uno de los daños colaterales más sensibles que

sufrió la Iglesia. De vez en cuando toma en las manos una figura, un pedazo de rosario o una medallita de cobre que encuentra en el suelo. No reprocha, acepta la voluntad del Altísimo, aunque se nota que no la comparte. El dolor por esas pérdidas está intacto. Al fin y al cabo, han sido 31 años de trabajo arduo, abnegado, por lo que ver su parroquia en tal desbarajuste, con esa mezcolanza de cosas regadas por el piso y arrumadas en mesas y sillas, le produce irritación, rabia, impotencia, sentimientos carnales que un cura leal a Dios, como él, no puede darse el lujo de exteriorizar. La paradoja de una fe genuina.

Cuando sale y alcanza de nuevo la calle, se dirige hacia el albergue improvisado donde duermen unas 30 familias. Está al cruzar el andén. Si desde antes del huracán ya existía temor de brotes de covid19, después de la tragedia toda la comunidad andaba con los nervios crispados, amén del riesgo de que se propagaran otras infecciones como consecuencia del hacinamiento. El padre aspira y espera que se cumplan las promesas del Gobierno, principalmente en lo que tiene que ver con la reconstrucción de viviendas y, por lo pronto, en la reubicación de damnificados en carpas y albergues más acordes con las necesidades. Por ahora, dice, en un intento por hacer creer que la situación está bajo control, tenemos techo del que quedó y los plásticos que entregó la UNGRD desde el primer día después del huracán.

El padre pensó en todo desde un principio, incluso en las festividades de Diciembre, época en las que su parroquia celebra con todo la llegada del Niño Dios y los otros eventos religiosos y tradicionales de fin de año. Al tiempo que seguía pendiente de los albergues, las ayudas para los damnificados y los arreglos de la casa cural y de la iglesia, se empeñó en gestionar dinero para comprar los regalos de los niños y lo necesario para acompañar las reuniones. La primera cita estaba encima: el Día de las Velitas. Había que cumplirles a los niños y ancianos, a como diera lugar.

Este sacerdote es muy eficiente a la hora de gestionar. Su comunidad lo quiere y respeta,

pero también tiene “contactos por lo alto” en el empresariado de la isla, privilegio del que decidió echar mano. Por ejemplo, la Fundación sin ánimo de lucro “Proarchipiélago”, le autorizó seis millones de pesos en alimentos, enlatados, linternas, velas y otros elementos, que pudo retirar en los supermercados de la isla y que sirvieron, no solo para hacer más llevaderas las primeras noches de los damnificados, sino también para galletas y jugos y sorpresas para los chicos. Al final, pese a la notoria austeridad, la temporada navideña tuvo un final feliz, gracias también al empeño que le imprimieron los operarios de la empresa de energía, que lograron reinstalar la electricidad en tiempo récord, especialmente en esa parte de la isla. El siete de diciembre, Día de las Velitas, tanto la iglesia como algunas entidades públicas contaron con la iluminación multicolor propia de la Navidad y celebraron las Novenas de Aguinaldos, en la intemperie, en un ambiente de fraternidad y armonía familiar como nunca antes.

El cura habla de esos logros como si se tratara de medallas de oro que ahora cuelgan sobre su pecho, considerando que se trató de un triunfo rotundo y sin objeciones, de la esperanza sobre la pesadumbre, la fe sobre el pesimismo y la vida sobre la muerte.

“En medio de todo esto hay una enseñanza Divina, y es que debemos poner al Señor siempre en nuestra vida como el primero, Él no quiere un segundo lugar, y menos un tercer lugar, Él debe estar de primero, porque miren que la mayoría de lugares religiosos, las imágenes divinas, quedaron intactas y cuando Dios está en primer lugar, todo va a quedar intacto. El temor de Dios no es un temor de miedo, es de amor. Para mí el significado de que las iglesias hayan quedado destruidas y los símbolos intactos, personalmente para mí, es que Dios nos está diciendo es que Él realmente existe Y si no trascendemos, vamos a hacer poca cosa en esta vida y que tengamos nuestra esperanza y nuestra fe puesta en Él, porque Él debe de ser siempre nuestra fortaleza en cada circunstancia y en cada momento de la vida. Aquí hay un mensaje

de fe, de esperanza. Claramente el señor nos está invitando a colocar nuestra fe y nuestra esperanza en Él, en momentos difíciles tenemos que buscarlo a Él. Nosotros estamos viviendo un momento difícil, es como el Viernes Santo, detrás de ese sufrimiento había una bendición para la humanidad. ¿Cuál era esa bendición?, la salvación de los hombres, pero se guardaba un día victorioso también, que era el domingo de Resurrección, en estos momentos, nosotros estamos pasando nuestro viernes Santo, pero esperamos en el Señor, que Él también nos va a levantar de esa postración para cantar también un día la victoria”.

El sacerdote advierte que ya es hora de la oración de todas las noches y que además debe estar pendiente de la repartición de las comidas. Antes de despedirse, vuelve su mirada hacia la fachada de su templo, desde donde sobresale el rostro iluminado de La Dolorosa sobre la ventana piramidal. Le sostiene la mirada tierna a la Patrona de su parroquia y de nuevo medita en que Dios es infalible a la hora de hacer sus advertencias. Vira la vista hacia el colegio de las monjas que fue exaltado como monumento nacional, un símbolo arquitectónico ahora destruido por el huracán. Le parece increíble lo que le pasó, derrumbarse después de haber soportado muchas otras embestidas de la naturaleza, de las que había salido ilesa. Todo tiene sus tiempos, murmura el padre Benito. Mira las ruinas del claustro que aún yacen sobre el piso. Es evidente que siente pesar y nostalgia al saber que no lo volverá a ver nunca como fue, al fin y al cabo durante muchos años lo tuvo de vecino de la iglesia. Siente la necesidad de dedicarle unas últimas palabras:

“Un monumento nacional construido desde 1932 y que fue golpeado por muchos huracanes, pero no tumbado, pero esta vez Iota lo dejó en el suelo. Fue la tristeza más grande para mí ver esta situación, una tragedia, que la iglesia del centro juvenil y todas las edificaciones católicas fueran destruidas completamente, al igual que las casas de las personas, pero tenemos que salir adelante con la ayuda de Dios”. Hay un tono

de sermón en estas últimas frases del padre Benito.

Cruza la calle, cansina y pausadamente, en dirección al albergue. El acólito de la parroquia hace sonar las campanas y su solemne sonido comienza su religioso viaje en ecos hasta rincones lejanos de la isla, pasando por las casas vecinas y distantes del barrio y, seguramente, alcanza los barcos encallados al frente, que al tiempo encienden sus luces. Vuelve a mirar su parroquia destejada y las ruinas del colegio de monjas y concluye que el huracán se llevó todo lo que tenía que llevarse y dejó lo que no le era permitido quitarle a Providencia, por ejemplo la vida.

“La vida hermano, la vida fue lo que el viento no se pudo llevar”.

CAPÍTULO 8

La Profe

La profe Miriam supo que de la casa no había quedado nada en pie, cuando su hijo le gritó desde el otro lado “Mami, la nevera no está”. Minutos antes le había pedido que tratara de llegar hasta la cocina por una botella de agua, pues la sed los acosaba desde las 12 y 30, hora en que decidieron encerrarse en el baño del segundo piso.



“Cómo así?”, le contestó ella con tremendo grito, pues era la única forma de hacerse escuchar, atrapados todos en esa especie de orgia de sonidos catastróficos que, a esa hora, ya se había apoderado de Providencia: cosas estrellándose contra otras cosas, tejas volando, ventanales revoloteando a ras de piso y, quizás lo más intimidante, ese aullido de ultratumba originado en la lucha frenética de árboles contra vientos.

La profe Miriam también es de las que cree que el Huracán Iota hablaba, que vomitó sonidos guturales, como si tuviera garganta humana e intentara meterles terror, diezmarlos a punta de pánico o, tal vez, darles un mensaje sobrenatural. Eso nadie se lo podrá sacar de la cabeza a esta apacible cincuentona de formas torneadas y piernas de muchacha. Su piel blanquísima es el fondo perfecto sobre el que descansan algunos mechones crespos, de negro azabache, que tapan parte de su frente. En medio de esta isla de morochos originales, la maestra Miriam no pasa desapercibida. Hay un halo europeo en su figura de no más de metro y sesenta y siete y unos 55 kilos de carne y hueso.

Miriam Orozco es tal vez la única boyacense “nacionalizada” en Providencia, como ella misma se define. Llegó de la mano del amor por un hombre y desde entonces no ha querido regresar a su tierra natal, una región del altiplano bendecida con grandes extensiones, cultivos, potreros tapizados de verde y aire puro. Pero ella prefirió la estrechez geográfica de la isla, tal vez porque la encuentra amplia en tranquilidad y paz y, claro está, por la inmensidad del mar. Decidió echar raíces aquí, donde, cuarenta años después, ya acumula suficientes historias para contar a hijos, nietos y quizás bisnietos.

Y una historia que seguramente estará en el menú de sus charlas hogareñas, será lo que vivió aquella madrugada de noviembre junto a su hijo, su nuera y su nieto, encerrados en el baño de concreto del segundo nivel de la casa. La profe Miriam alcanzó la pensión del Magisterio, pero se rehúso a quedarse quieta. No puede quedarse quieta. Ahorros y pensión le alcanzaron para sacar adelante una

empresa familiar, que transformó en uno de los sitios de comida más visitados del sector de Morgan, donde también ofrece servicios de hospedaje y turismo.

Desde su negocio hasta la casa donde vivió las horas del huracán Iota, hay unos 300 metros. Antes de la tragedia, hacía el recorrido en 10 minutos, todas las noches, después de las agotadoras faenas propias de atender a turistas, visitantes, funcionarios, huéspedes del hotel, extranjeros, visitantes ocasionales y los infaltables raizales, que con fidelidad de misa se sientan en la terraza de las afueras del restaurante a jugar dominó y a beber la cerveza importada más popular de la isla.

El huracán Iota le dejó muchas pérdidas materiales, pero le abrió otras ventanas hacia la prosperidad, aunque, claro está, es consciente de los sacrificios que debe hacer para sacar adelante los nuevos proyectos. No se quedó sentada esperando que le reconstruyan la vivienda. Trasteó sus cosas al restaurante y se fue a vivir allí mientras el Estado cumple con darle una nueva casa. Ahora tiene más clientes, tanto en la comida como en el hospedaje.

Todos los días trata de ir a la casa derrumbada por Iota, así sea a ejercer su derecho sagrado a recordar las cosas lindas que se fueron a tierra con todo y paredes. Siempre que regresa, encuentra alguna cosita por ahí tirada en el suelo, la limpia y la guarda, porque en algún momento puede volver a servir. Otras las tira a la basura. Poco a poco las bases que sostuvieron la fachada, han ido quedando limpias de escombros. Lo mismo las planchas de las piezas, como si el tiempo no hubiera pasado desde el día en que comenzaron a construir la vivienda. En el segundo piso permanece el baño que, ahora, la profe considera un monumento a la supervivencia de su familia.

“El baño en concreto acá ya es una tradición, cuando se hace la casa de cualquier material, el baño siempre es de concreto. Nadie sabe por qué es esa tradición, yo digo también que es pensando en cualquier desastre, uno siempre se refugia en el baño”, dice, mientras la acompañamos a una de las matutinas revistas

que pasa a las ruinas de su vivienda. Habla del baño con propiedad, pues ha sido testigo de excepción de tres huracanes fuertes. Pero nada como el Iota. El peor, reafirma.

“A mí esa noche me tocó ese refugio, estuvimos con toda mi familia reunidos. Nosotros ya habíamos pensado cualquier cosa, nos metimos al baño como a las 3 de la mañana, cuando empieza ese fuerte, fuerte viento, yo le dije a mi hijo y a mi nieto y a mi nuera, para el baño todos, eran como las 3 am y me dijeron, no espera un momentito y yo les dije, ¡no! al baño todos, entonces ahí mismo todos salimos corriendo al baño y cerramos la puerta y cuándo empieza ese viento fuerte, era como si estuviera temblando, se movía uno de un lado para otro, como si fuera un crucero y el mar estuviera todo furioso”, relata, al tiempo que camina sobre la plancha donde ahora solo permanece el baño, intacto, un espacio de no más de tres metros cuadrados.

Allí se metieron la profesora, su nieto, su hijo y la esposa de éste, una agraciada rubia del Valle del Cauca, que durante el ataque natural no soltó en ningún momento el celular, gracias al cual pudo comunicarse con algunas personas en el exterior, entre ellos familiares y amistades a las que les pidió auxilio y oraciones por la supervivencia de todos. De hecho, grabó parte de los sonidos que soltaba Iota, en forma quejambrosa.

Cuando se metieron al baño, comenzaron a escuchar como si afuera todo estuviera dando vueltas alrededor de ellos, como si estuvieran atrapados en el cuello de embudo de un remolino. Llegaron a pensar que el resto del mundo se estaba derrumbando a sus espaldas,



pero en ningún momento se imaginaron que era su propia casa la que caía al piso. El sonido era bestial. Ensoñador. Por ratos las ráfagas del viento llegaban con agua salada, arrastrada desde el mar, a unos 200 metros de allí. Acurrucados, pegados uno al otro, aguantaron, temblando de frío y de miedo. De terror puro.

“Nosotros decíamos que se caiga todo, pero la puerta no la vamos a abrir.

En la hora más aciaga de la madrugada, cuando el piso literalmente temblaba bajo sus pies, decidieron orar, rezar, las manos juntas, llorando. La profe recuerda que el agua comenzó a filtrarse por entre las rendijas de la puerta del baño y temieron que el mar se les fuera a meter al pequeño recinto y los ahogara. No tendrían escapatoria, pensó ella. Fue el más pequeño de este grupo de sobrevivientes, el nieto, el que le pidió que rezaran el Rosario, como muchas veces vio a la abuela hacerlo antes de irse a la cama.

“El agua entraba por una ventanita y nosotros asustados nos pusimos a rezar el Rosario rezando el Rosario ya nosotros sentimos una paz, mi nieto llega y me dice abuelita, yo sentí con el rosario una paz, me siento más tranquilo”, relata, antes de explicar la forma en que cada uno de ellos se acomodó en el baño, pegados a las paredes y tomados de la mano.

La profe Miriam ya había sobrevivido a otras embestidas de la naturaleza en Providencia, pero nada se compara con lo que padecieron esa noche y madrugada. Iota es y será lo máximo. Por eso, cuando por ratos el más pequeño de la familia no podía controlar el pánico, ella le explicó que la clave estaba en la tranquilidad, en mantener la compostura y no dejarse llevar por el terror. Y nada de llorar. Estaban vivos y eso ya era ganancia.

Lo que más le siguió impresionando y la persiguió las siguientes noches, fue el recuerdo intacto de lo que ella llama “la voz” de Iota. Se le quedó pegado en la memoria como un olor extravagante en la ropa. Ella cree que jamás dejará de pensar en esos bramidos de vaca moribunda, algo que no ocurrió con los

anteriores huracanes y tormentas de los que fue testigo años atrás en Providencia.

“Yo ya había vivido un huracán, que fue el Beta y mi hijo me preguntaba: ¿mamá así es de duro? Y yo le dije, no, este es más fuerte. Pero eso es así, es cierto, este huracán silbaba, uno, sentía ruido, chillaba, sentía unos ruidos como si estuvieran matando un gato. Era un ruido extraño, un silbido, como si en el oído lo estuviera picando un zancudo, a veces se sentían como voces en el viento, se sentía niños llorando, y cualquier persona con la que uno habla siempre dice lo mismo, que escucharon ruidos de gente llorando, gatos maullando, el ruido de algunos animales se escuchaba. Todos dan testimonios de eso. Ese ruido lo atormentaba a uno, yo me encerré con mi nieto y mi nuera y mi hijo, mi nieto tiene 12 años”, narra, todavía afectada con el simple hecho de recordar los prolongados bramidos del huracán Iota.

En medio de la incertidumbre general, atizada por la obscuridad, de vez en cuando el hijo de la profesora Miriam se atrevía a asomar la cabeza por la ventana, en los intervalos de silencio, cuando parecía que la fuerza del huracán cedía un poco. Las primeras veces no vio nada, pues el agua salada le golpeó con fiereza el rostro impidiendo que abriera bien los ojos ya irritados.

En uno de los últimos intentos de asomar la cabeza por la pequeña ventana, un relámpago iluminó el ambiente y descubrió una realidad que los dejó paralizados: no había nada alrededor del baño. Las cosas de la casa ya no estaban. Y también le pareció haber descubierto que tampoco estaban las casas de los vecinos. Doña Miriam recuerda textual el instante en que su hijo les transmitió la mala noticia:

“Y en ese momento es cuando se dio cuenta que la casa del vecino se había ido, se había caído. Él llega y me dice, mamá el televisor está por allá, las tejas están por allá en la otra casa mamá”.

Alertado por lo que acababa de descubrir, el joven le dijo a su mamá que lo mejor era salir

de inmediato, tratar de alcanzar un refugio o irse para debajo de la plancha, guarecerse en un espacio que servía de depósito de cosas viejas. Pero ella se negó.

“Yo les dije que todo se puede caer, pero nadie va a salir de acá, el hijo mío dice, qué tal que un árbol se caiga y nos parta el baño en dos, y yo le repito: pero nosotros vamos a morir ahí, pero nadie sale”.

De un momento a otro, desde afuera comenzaron a llegar las voces de algunos vecinos, que vivían un drama similar al de la profesora y su familia. Ella pensó en la posibilidad de que se pasaran para su casa, pero sin caer en cuenta que su vivienda ya no estaba en pie. Fueron los mismos vecinos quienes, a gritos desesperados, les dijeron que ya no había casa, que no tenían dónde meterse. Fue cuando recapacitó y se acordó del “refugio” que había quedado debajo de la plancha, el espacio de guardar las cosas viejas, debajo del planchón de cemento. Ahí podían esconderse con los vecinos. Debían aprovechar los espacios de segundos en los que el viento bajaba la intensidad y correr hacia allí, uno por uno. Pero rápidamente la profe se dio cuenta que les iba a quedar imposible salir del baño, bajar hasta el primer nivel y correr hacia debajo de esa plancha. El tiempo no les hubiera alcanzado. Los ciclos de “tranquilidad” del viento no duraban ni un minuto.

“Los vecinos de nosotros se iban a pasar para nuestra casa para refugiarse, entonces cuando se iban a pasar y vieron que ya nuestra casa no estaba, decían no hay nada, no hay nada. Entonces había como un cambuche en mi casa o lo que quedaba de ella, yo lo había hecho, ellos ya como que lo habían mirado y yo también había pensado en refugiarnos ahí, pero no alcanzamos a llegar, ellos se refugiaron ahí y se metieron, pero yo no sabía que ellos estaban ahí”.

Explica que otra dificultad les impedía salir del baño para irse hasta el “refugio”, al que ya habían llegado los vecinos: la puerta no se podía abrir fácilmente por la fuerza del viento contra ella. Además, ya no contaban

con zapatos ni chancas, pues la borrasca se las había arrebatado y el piso estaba infestado de vidrios de botellas partidas, espinas de pescado, ramas de árbol, entre otros desperdicios arrastrados por el mar y las fuertes brisas. La situación se volvió calamitosa. Por unos momentos doña Miriam creyó perder el control y la mesura que la habían acompañado hasta entonces. Gritó con todas las fuerzas que pudo, en un intento por devolverle al huracán todo el sufrimiento que les estaba haciendo tragar.

“Nosotros vimos que al otro lado había unas personas, nosotros gritamos: ¿Hay personas que nos puedan ayudar?, entonces vimos que ya estaban saliendo personas de otros lugares y es cuando decidimos que debíamos salir también, salimos por entre vidrios y palos. Yo agarré a mi nieto, salimos corriendo y mi nieto lloraba y yo le dije no es hora de llorar, en estos momentos tenemos que ser fuertes y yo les decía a todos, nadie va a llorar, yo corrí para la casa de un vecino que es de concreto, cuando iba corriendo con mi nieto, cogidos de la mano, una brisa fuerte me lo quitó, el niño voló a un lado y yo por otro lado tirada en el piso y mi nieto lloraba, Yo le decía, no llores, levántate, levántate”, narra dramáticamente, pero convencida de que hizo lo correcto, en un momento en que se enfrentaba al dilema de “ahora o nunca”.

Ya afuera, la consigna fue correr, correr, correr en dirección a las otras voces que se escuchaban en medio de la tempestad, con el nieto aferrado a su mano. Los relámpagos dibujaban espacios de luz en el piso, que le permitieron seguir una ruta segura. La brisa bajaba su intensidad por fracciones de segundo, lo que ella aprovechaba para ganar más distancia en cada zancada hacia una casa de concreto que indicaban los vecinos y otros sobrevivientes.

“Los vecinos rápido salieron de la casa y nos ayudaron a entrar, al rato otra vez empezó la brisa fuerte, unos vecinos salieron de una cisterna donde se habían escondido, había como unas 10 o 12 personas. Todos nos pusimos de acuerdo y a la misma hora pasamos a la casa del vecino. Incluso, ya en

el día, se sentía todavía la fuerte brisa”, añade, acomodando un mechón de su pelo crespo que por un instante le tapó la vista. Mientras habla de forma apasionada, suda a cántaros. Hace sol y la temperatura amenaza con llegar a los 40 grados.

Antes de retomar el relato, se sienta sobre la plancha del segundo piso, luego de desdoblar un afiche gigante que le sirvió de publicidad a un estadero ecológico vecino a su casa. Señala con el dedo índice hacia donde está el baño y camina, contando los pasos, hasta la mancha de rectángulo sobre el que descansaba la nevera antes de que la arrancara del piso y se la llevara para siempre con todo y lo que tenía adentro. El episodio de la pérdida de la nevera la impactó sobremanera a la maestra. No deja de recordarlo, no por la pérdida material en sí, más bien por la forma impresionante como ocurrió y porque ese instante fue el preludio de lo que descubrirían inmediatamente después.

“Me acuerdo que a la madrugada mi hijo tenía muchas ganas de tomar agua, entonces yo le dije vaya y tome agua de la nevera y, cuando se asomó, ya no estaba la casa, no había nevera, no había nada”.

Quizás ese fue el momento más devastador, espiritualmente hablando, cuando descubrieron que la casa ya no estaba, que no había nada, todo lo conseguido durante años con el sudor de la frente, ya no estaba en el lugar donde horas antes lo habían dejado. Ni los cuadros de la sala, las fotos, los electrodomésticos, los juguetes guardados desde cuando fueron niños. La profe Miriam clava su mirada en el piso y concluye con nostalgia, que ahora todo ese patrimonio sentimental de la familia estaba por ahí enterrado en el fango, en el patio de una casa ajena, desconocida, sin dueño.

“Yo le dije a mi hijo no importa. Él me decía, mamá se perdió todo, y yo le decía, no importa, nosotros salimos con vida y lo importante es eso, le damos gracias a Dios que nosotros estamos con vida y lo material nosotros lo recuperamos. A nosotros no nos pasó ni un rasguño”, reflexiona. Sonríe con una sonrisa corta, modesta.

Y llega el momento de la reflexión, de las sumas y las restas, de los balances. Han pasado unas cuantas semanas desde la tragedia y es difícil pensar en un futuro próximo, porque las ayudas apenas están empezando a verse y la reconstrucción de su vivienda por ahora es una promesa. Está segura que el Estado sí le va a cumplir, pero por el momento prefiere pensar en cómo va a seguir consiguiendo el sustento de la familia. Seguir con el negocio del restaurante es lo que más le parece viable. Lo cierto es que también es una buena oportunidad para cambiar muchos aspectos. Reinventarse en lo espiritual.

“A mí como lección me queda, como creyente que soy, es que esa vez era como la pelea entre el diablo y Dios, y Dios como que salvó a sus hijos, el diablo como que quería rescatarnos y Dios dijo no, con mis hijos no se meta. Porque mira que, a pesar de todo, fueron poquitas las personas que murieron esa noche. La naturaleza hizo esos ruidos, uno sentía pánico, uno sentía como al diablo queriéndonos arrebatar a nuestros seres queridos, pero Dios nos defendió, siempre dejó un sitio para refugiarnos. Y mira, siempre quedó una casa donde la gente podía ir, todos nosotros, a los vecinos, siempre había una casa para poder refugiarnos en ese día”, repite, y señala el lugar hacia donde corrieron esa noche hasta la casa del vecino donde salvaron su vida.

Insiste en que los milagros si existen y que esa noche ocurrió uno, porque fueron casi 20 las personas que lograron salir de los baños y correr hasta la casa vecina, donde amanecieron todos acostados en el piso. Una mañana y tarde que tampoco podrá olvidar, porque se convirtió en una gran oportunidad de compartir con la demás gente, familiarizar, ser solidarios.

“Todos durmiendo en el piso, pero mire, parecía como si estuviéramos en un hotel 5 estrellas, todos en el piso acostados, pero dormimos lo más de tranquilos, todos estábamos felices porque estábamos con vida. La enseñanza para todos es que lo material no vale nada, yo digo que no hay que aferrarse a lo material. A mí se me fue todo, pero yo no me estoy lamentando, una cama se vuelve a comprar, una pieza aunque sea uno pone techo, una

cama se consigue, nosotros hicimos un cambuche en la casa y ya levantamos las tejas”.

Otra cosa que le queda clara es que la próxima casa que levante en ese mismo lote, deberá tener un refugio en concreto porque está segura que huracanes vendrán muchos más. Si sobrevivieron a lota, cree que podrán sobrevivir a otros, porque lota no será superado jamás en fuerza y peligro. Pero esa “otra vez”, no los va a coger con “los pantalones abajo”.

“Nosotros vamos a ver, si tenemos plata hacemos un techo con concreto, o si no hacemos un refugio. La mayoría estamos pensando siempre en un refugio en la parte de abajo como yo tenía, lo tenía como una bodeguita, no tenía puerta, pero lo había pensado como depósito y como refugio”, agrega.

Antes de regresar al restaurante a atender a los clientes de la hora del almuerzo, la profe Miriam quiere recapacitar en los animalitos que no se cansan de perseguirla durante el recorrido que ha hecho mientras relata su aventura. Dice que Dios también los protegió, porque igual que ellos, se salvaron dentro del baño.

“Esa horrible noche nosotros nos metimos en el baño con el perrito y el gato, el gatico esa noche abrazo al perrito. La mayoría de personas alcanzaron a salvar a sus mascotas. Desde acá de Providencia, hubo vacas que llegaron a Santa Catalina, el viento las arrastró hasta allá”.

La profe aprendió muchas lecciones de la tragedia del lota, y entre otras cosas piensa que, si algún día vuelve a las aulas como maestra, hay una lección que seguramente transmitirá a sus alumnos: el amor lo puede todo. Y tiene una gran razón para asegurarlo:

“Ver un gato abrazando a un perro en medio de semejante huracán, eso sí es amor puro”.

CAPÍTULO 9

El león en la cama del señor y la señora Busch

A eso de las dos de la madrugada, don Bernardo Bush y su hijo Jean Paul escucharon el estruendo contra el ventanal de la fachada y luego, durante intervalos de segundos, la seguidilla de otros golpes fuertes producidos por algo que se les antojó muy pesado. Lo que fuera, dijeron, debió haber caído contra el piso del segundo nivel, donde están los dormitorios. En ese momento no había manera de indagar de qué se trataba. Tampoco se interesaron en averiguarlo. Se dieron cuenta al otro día, cuando por fin se atrevieron a asomar las narices a ese “nuevo mundo” que quedó después del paso del Iota. Entre el desconcierto y el asombro, descubrieron que el atronador ruido que los asustó, fue ocasionado por una gruesa varilla de acero, un perfil de los que se usa en ornamentación, cuyo peso calcularon en unos 150 kilos. El viento la disparó desde un estadio de microfútbol ubicado a más de 100 metros de allí. Fue Jean Paul quien recordó que la había visto días antes, arrumada en un extremo del rectángulo de la cancha, posiblemente, porque iba a ser usada como portería. Cuando en la mañana pudo subir a su habitación, don Bernardo sintió que un escalofrío le recorrió la humanidad desde la cabeza hasta los pies, al encontrar el pedazo de acero justo sobre su cama matrimonial.



Asombrados ante semejante descubrimiento, permanecieron como hipnotizados mirando el lecho matrimonial durante varios minutos, sin saber qué decir. Desde ese momento don Bernardo y Jean Paul sospechan, que el primero de los golpes que escucharon, en la madrugada, fue producido por ese mismo objeto chocando contra la pared, o tal vez contra la ventana, antes de ir a parar sobre la cama donde el viejo duerme con su esposa desde hace diez años. Durante varias semanas después, a don Bernardo le siguió pareciendo ficticia la escena y, de solo recordarla, vuelve a sentir cosquilleos en el estómago. Pero también recaba en que, gracias a los colchones pulman que vende en el almacén, el alargado objeto de acero macizo habría entrado cual bólido por la ventana, cayendo justo sobre las cabezas de papá, mamá, hermanos y nietos. A esa hora la familia soportaba la fase más violenta del paso del huracán, unidos todos en oración, tomados de la mano, en el salón social del almacén.

Don Bernardo cree que están vivos por Gracia de Dios y porque a su hijo se le ocurrió la genial idea de apretujar los colchones contra el marco de la ventana, logrando una especie de escudo antimisiles artesanal. Y es que, sin exageración, el tubo perfilado de acero que pasó rozando sobre sus cabezas, salió cual bala lanzada desde una catapulta de guerra. Lo de usar colchones, fue una idea que, al principio, al viejo se le antojó loca y exagerada, cuando en la tarde los vientos eran apenas vientos y muy pocos sospechaban que la isla sería el blanco de uno de los huracanes más poderosos de cuantos han visitado el Caribe en las últimas décadas.

La casa de la familia Bush está ubicada justo al frente de la avenida principal, a unos 500 metros de la playa. Cuenta con varios niveles y en el primer piso funciona el almacén que vende de casi todo tipo de elementos para el hogar: colchones, armarios, juegos de cama, mesas, lavadoras, neveras y otros pequeños electrodomésticos. En los pisos superiores están los dormitorios y baños familiares y luego una terraza social.

Don Bernardo, que es radioaficionado, fue el más incisivo con aquello de no fiarse de Iota,

pese a los reportes en redes sociales, que hablaban de la baja probabilidad de que en Providencia causaría estragos y fatalidades. Su hijo le siguió la corriente y prefirió la prudencia. Ser precavido. “Seguro mató a confianza”, refunfuñó. Desde temprano se dispuso a preparar la casa, ante una posible variación del nivel de riesgo del impredecible fenómeno natural.

“Nosotros empezamos a prepararnos en la mañana, ubicando los colchones contra los vidrios, le colocamos cinta a los vidrios, también colocamos, detrás de los colchones, varias lavadoras y neveras. Durante la tarde, tipo 3 pm, bajamos al almacén a refugiarnos y, como a las 6:30, ya estábamos advertidos pero sin tanta alarma. Bueno, aquí nos quedamos organizando un poco, comimos algo y esperamos hasta que se pusiera más fuerte el viento”, explica Jean Paul.

Echando mano a sus conocimientos de radio operador, don Bernardo obtuvo un panorama un poco más realista de la situación, gracias también a los reportes que recibía de sus colegas enlazados por las redes de radio, desde distintos puntos del Caribe, desde otras islas y de La Florida, Estados Unidos. Fue así que supieron que Iota iba a estar pasando a 94 o 95 kilómetros de la isla, además, les dijeron, que iba viajando en categoría 1, lo que les dio algo de tranquilidad.

Aferrados a esa información fidedigna y creíble, los Bush se relajaron un poco, aunque no abandonaron la prudencia y mantuvieron las alertas y planes fijados para en caso de que la situación se agravara. Algo que también los tranquilizó, fue recordar que el huracán Beta, que semanas atrás había pasado cerca de la isla, no causó mayores estragos, salvo los vientos fuertes y la caída de algunos techos y ventanales.

Varias semanas después del trágico paso de Iota, Jean Paul no deja de reconocer que su propia prudencia fue la que evitó que los destrozos no hubieran sido tantos en su casa y que además hubieran salido ilesos todos. También fue determinante la prudencia y la información que su papá recibía de parte de los radioaficionados, quienes fueron los

primeros en alertar de los cambios y el poder que Iota iba adquiriendo con la llegada de la noche y la madrugada.

El joven Bush decidió poner en práctica su plan de choque con los colchones que mantenían exhibidos en el almacén y varias de las lavadoras y neveras. Toda la familia se unió en la tarea de mantener los colchones contra la ventana, en una lucha frenética y desigual contra Iota. Desde el viejo, pasando por los chicos y hasta la mamá, se turnaron. Tuvieron claro que era la única forma de salvar sus vidas, pues por una sola grieta que quedara entre el marco de la ventana y los vidrios, se podía meter el huracán y arrasaría con todo lo que encontrara adentro, empezando por los seres humanos.

“Nosotros ya en la noche, cuando empiezan los vientos, cogemos los colchones, lavadoras y neveras, empezamos a ponerlos detrás de las ventanas y la puerta. Entonces, nosotros empezamos a aguantar toda la noche, aguantando el vidrio de la ventana, yo estaba de este lado, del otro lado estaba un muchacho, y acá enseguida, estaba mi mamá, mi papá y la vecina aguantando los colchones. Los vidrios se intentaban venir, se salían como si fuera elásticos, yo no entiendo como no se partieron, pero era como elásticos”, relata, aún incrédulo y sorprendido ante los asombrosos acontecimientos que van apareciendo en su memoria.

Jean Paul es un hombre meticuloso, de naturaleza social, que está pendiente de todo y sabe que el almacén que gerencia con su padre es el sustento de la familia, el futuro de sus herederos. Este almacén es el patrimonio forjado a lo largo de años. Salvarlo esa noche fue su segunda prioridad, pues por encima estaba la vida de sus pequeños hijos, a quienes, por ratos, se vio obligado a sostener en brazos, mientras con la espalda presionaba el colchón. Otras veces, cuando lograba dormir a los bebés, era su esposa a quien le correspondía cargarlos o acostarlos en el sofá, ubicado justo frente a la ventana por la que se quería meter, a como diera lugar, el depredador Iota. Jean Paul recuerda





con minuciosidad de relojero, esos momentos estremecedores con sus hijitos en brazos, pensamientos que siguieron dando vueltas por su cabeza hasta varias semanas después del paso del huracán.

“Yo tenía a mis hijos atrás, uno estaba durmiendo, otro llorando, mi esposa los cuidaba, y yo aguante y aguante... Yo ya estaba muy cansado de los brazos, sentía que no podía más”.

Jean Paul perdió la noción del tiempo. Las ventanas tapadas por los colchones no dejaban entrar la luz del día, hasta que alguien de los presentes gritó que eran las siete de la mañana. Solo a esa hora, se atrevió a aflojar la fuerza de sus brazos y dismantar uno de los colchones para mirar hacia la calle, que se le antojó de un color grisáceo, empañado, lluvioso. El viento aún golpeaba, pero de forma horizontal, no contra la ventana, y el joven Bush sintió los primeros vestigios de alivio, se declaró a salvo. Sin embargo, lo que empezaron a descubrir frente a sus ojos fue apocalíptico, un panorama desolador, doloroso, que les desinfló el optimismo que acababan de recuperar, pese a que toda la familia se encontraba con vida, sana y salva.

“Alrededor de las 7:30 am, queríamos ver qué estaba pasando afuera porque no sabíamos cómo estaba la isla, y cuando nosotros nos asomamos por un huequito que hicimos, lo primero que miro es que la casa de la vecina no estaba, el negocio de un amigo que era de tecnología

no estaba, la casa estaba del muchacho que estaba con nosotros estaba llena de escombros, no se podía ver nada, el viento era demasiado fuerte. Después nos asomamos, salimos y miramos hacia la derecha donde hay un barrio en la isla y prácticamente estaba desaparecido. Podíamos ver casas que antes no se veía desde acá, ya muchas casas o más buen ruinas se podían ver desde acá”.

Jean Paul y su padre y, en general, todos los mayores de la familia, están de acuerdo en que el huracán emitió sonidos bestiales, de otro mundo, acorde con lo que muchos otros habitantes de Providencia y Santa Catalina afirmaron, en el sentido de que camuflado entre el viento de Iota, llegó escondida una voz sobrenatural, una cadena de expresiones y suplicios que jamás podrán sacar de la cabeza.

“El sonido era como si estuviera alguien gritando, había tanto ruido en el viento, era como si hablaran, se escuchaba una voz como bastante tenebrosa, daba miedo, pero lo que nos daba bastante susto era el sonido de los escombros, cuando caían en el segundo piso. Cuando yo subí a limpiar los escombros eran bien grandes”, confirma Jean Paul.

Tres semanas después del paso del huracán, Jean Paul y don Bernardo siguieron limpiando el almacén y luchando para erradicar el olor húmedo que impregnó paredes y pisos. El revoltijo de agua salada con tierra, polvo y cemento, produce un cóctel no apto para el sano ambiente y los pulmones. Es que, recalca Jean Paul, el agua alcanzó a meterse por todos lados, por la parte de atrás, por arriba, por las fisuras en las uniones de las paredes. En el momento, nadie se percató de la inundación a ritmo de gotero, ya que todo el tiempo estuvieron pendientes de que Iota no se les colara por la ventana.

Al tiempo que retrotrae sus recuerdos, Jean Paul señala los bordes de la ventana y las grietas por las que el viento alcanzó a hacer fisuras en la madrugada, entre las cinco y las seis de la mañana. Vuelve a acomodar un colchón sobre el marco que aún está sin vidrio, pero esta vez en su afán de explicar que, si el

huracán hubiera sostenido su descomunal fuerza una hora más, el desenlace habría sido fatal, pues los vientos atacaban la fachada de la casa con firmeza, con indicios de odio y sevicia, dispuesto a arrancarlos a todos de la faz de la tierra.

“Mucha gente dice que el huracán hablaba, nosotros nos pusimos a rezar, sobre todo mi mamá, cogió el rosario y lo hizo un montón de veces, ella era rece y rece, nosotros acompañándola, siempre estuvimos ahí, orando y rezando porque igual estábamos con varios niños. Todos teníamos miedo de que se partieran los vidrios, dónde hubiera pasado, estaríamos fritos”, concluye el inquieto Jean Paul.

Cuando empezaron a salir a la calle, Jean Paul notó que algo se movía entre los escombros de lo que era una casa, frente al almacén. Llamó a la espera de que una voz humana contestara y a los pocos segundos una figura empezó a emerger de entre el arrume de pedazos de pared y latas. Era su vecino, a quien habían visto la tarde anterior, antes de la llegada de Iota, acompañado de su padrastro. Los dos habían preferido quedarse en su vivienda y, al parecer, el baño de concreto en el que se escondieron cedió a los embates del viento. Milagrosamente se salvaron, posiblemente porque el derrumbe ocurrió casi al despuntar el día, cuando el huracán ya no tenía la misma fuerza de las horas previas. Sufrieron heridas leves y rasguños, pero estuvieron a punto de morir de hipotermia. Jean Paul y su padre los ayudaron a salir y los llevaron a su casa donde los cubrieron con mantas de lana.

Jean Paul recuerda que después de pasada la media noche, tuvo un mal presentimiento por la suerte de sus vecinos, que estaban solos. Desde la ventana, antes de taponarla por completo, los había llamado sin obtener respuesta. Por eso, tras lograr salir a la calle, lo primero que hizo fue acercarse a donde quedaba la vivienda de ellos, que se veía completamente desmoronada.

“En la mañana nosotros salimos a llamarlos, a gritarles a ver si seguían con vida, porque no sabíamos qué había pasado con ellos. Cuando

los llamamos, uno de ellos salió por los escombros y logró pasar y se refugió aquí, el man estaba temblando porque hacía mucho frío, nosotros le dimos algo para comer y algo para abrigarse porque estaban empapados de agua. Estaban muy tristes, empezaron a llorar, empezaron a llorar porque todo lo de ellos se perdió”.

Don Bernardo es un hombre de figura gigante, de largos brazos y un par de manos que, abiertas, cada una debe medir unos 20 centímetros. Su estatura y la bien mantenida forma física, le ayudan a ocultar la edad, que debe estar entre los 70 y los 75 años. Usa gafas todo el tiempo y su hablar es “agringado”, entre un buen inglés y el creole. Revela, con evidente orgullo, que es egresado del Sena y que es experto en aeronavegabilidad, razón por la cual habla con cierta solvencia sobre climatología, huracanes, tormentas tropicales y medidas marítimas.

El viejo, así le dice el hijo de vez en cuando, fue de los pocos habitantes de Providencia que estuvo pendiente del transcurrir de Lota todo el tiempo, desde su nacimiento, cuando apenas era un ciclón caribeño, hasta su devastadora visita a la isla ya transformado en huracán nivel cinco. Ha sobrevivido a varios de los más famosos y temibles de estos fenómenos naturales, los ha enfrentado cara a cara, los llegó a conocer como el alumno que se prepara para un examen final, basado en las clases anteriores. Por lo mismo, se siente con autoridad académica suficiente como para asegurar que Lota ha sido lo más impresionante, letal y voraz que ha visto y vivido en sus últimos cuarenta años.

“Para mí esto fue lo más horroroso que ha podido pasar en una isla caribeña, como lo es Providencia isla. Nadie esperaba este fenómeno tan fuerte, un huracán de categoría quinta, mis amigos que se han comunicado conmigo especialmente uno en México, después del huracán me dijo la magnitud del huracán que azotó Providencia si eso hubiera sido día mínimo habría más de 1000 muertos”, sentencia este veterano de muchas batallas, que dedica parte de su tiempo libre a leer, escuchar y ver en redes y medios de

comunicación especializados del mundo, cuanto tenga que ver con estos indeseados emisarios de la madre naturaleza.

Lo que nunca imaginó, es que en su larga trayectoria como “autodidacta” de fenómenos naturales, se tendría que topar cara a cara con uno de ellos, el más asesino de todos cuantos ha visto en el mundo, Lota, que no solo le respiró en la nuca, cual monstruo de película, sino que se le metió a la alcoba, a su cama nupcial, como si se tratara de un recuerdo especial que quiso dejarle, para que jamás pueda olvidarlo. Y a juzgar por lo que ocurrió, Lota lo logró, pues don Bernardo no podrá dejar de contar a sus amigos y tal vez a los bisnietos, que un huracán se metió en forma de varilla de acero a su alcoba matrimonial y se alojó la cama:

“Un ejemplo de lo impresionante de Lota, es que un pedazo de hierro que salió desde donde estaban haciendo una cancha de fútbol, que está a más a de 150 metros y pesa casi 200 kg, está encima de la cama de matrimonio mío, yo no entiendo cómo eso llegó ahí”.

Las reflexiones de don Bernardo van más allá, al insistir en que la misma varilla de acero, el perfil como él lo llama, estuvo a punto de meterse por entre la ventana del salón principal del almacén, donde estaban todos sentados aguantando el paso del huracán. Antes de llegar a la habitación del viejo, el viento pretendió clavarlo por el vidrio. Para fortuna de la familia Bush, lo que ocurrió fue que el artefacto, primero, se estrelló contra la fachada de la casa, o quizás contra los colchones que Jean Paul ubicó como escudo y, segundo, rebotó hasta el techo del segundo piso de la vivienda, donde encontró el espacio libre para aterrizar sobre la cama de don Bernardo, gracias también a que a esa hora ya no quedaba ninguna teja y vigas que lo atajaran.

“Imagínense si ese hierro impacta ese vidrio que ustedes pueden ver, todos hubiéramos muerto porque se parte por todos lados. Digo yo, es que mi Dios ha sido generoso con nosotros, con los habitantes de Providencia y Santa Catalina. Si una persona me llega a



comentar a mí de un huracán de esos, yo no le creo. Yo, para creer, tengo que decir que lo vi”.

Don Bernardo es un hombre místico, de creencias, católico de nacimiento. Al igual que muchos de los entrevistados para este libro, sostiene que, tras bambalinas, el huracán quiso dejar un mensaje a través del susto y el pánico que infundió, el temor a morir. Por eso, asegura, no hubo sino tres muertos. Dice que la mano de Dios evitó que la cifra de víctimas llegara a mil o más.

“El ruido era impresionante, era como el de un león malo, los vientos venían en distintos estilos, parecía como un gato, después venía otra vez como un león. Fue un fenómeno que jamás se había escuchado o visto aquí. La gente decía que en el momento era el mismo susto que nos llevaba a ver o escuchar cosas raras. Eso fue bravísimo. La unión de todos los vientos que venían para acá, traían direcciones diferentes, ocasionando ruidos extraños”, concluye. Hay un gesto amable en cada una de sus frases. Este hombre transmite sabiduría, sabe de lo que habla y despacha sus palabras cortésmente, sin afanes, sin apasionamiento, convencido de que no está mintiendo ni exagerando un ápice.

Antes de despedirse comparte una última reflexión sobre lo que pudo haber terminado en un desenlace muy terrible para Colombia,

las pérdidas humanas, que afortunadamente no lo fueron en la cantidad que se esperaba. Explica que, la enseñanza que deja Iota, es que el Gobierno debe preparar más a la gente de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, en el tema de los huracanes. Impulsar una especie de cursos de capacitación, en los que se compartan conocimientos básicos de Meteorología, lo que evitaría, en futuros eventos similares, que la gente no se deje llevar por los rumores y las noticias “fake” difundidas en las redes sociales.

“No volvamos a caer en esas trampas, porque eso fue lo que pasó, caímos en una trampa, la trampa de la confianza. Es que una cosa es encontrarse con un gato en la noche y otra bien distinta es encontrarse con un león suelto en medio de la oscuridad. Y eso fue lo que pasó. Iota era un león que se escapó de su jaula”

CAPÍTULO 10

Las hermanas

Al otro día, cuando después de tanto pensarlo se atrevió a asomar la cabeza por entre la ventana de la casa, Angélica Bent sintió por instantes que estaba metida en el plató de una película de ficción sobre un cataclismo universal, y que ella era una de las protagonistas. Y tuvo razones para sentirse dentro de una película, pues nada de lo que vio le pareció real: no había árboles, llovía pesadamente, el día tenía el color de la ceniza, algunos carros yacían patas arriba sobre la carretera y, lo más impresionante, la montaña del frente de su barrio no era verde, sino que tenía un tono amarronado, como recién pasada por el fuego.



Ella calcula que eran las dos de la tarde cuando se resignó a esa nueva normalidad y se sentó en la silla mecedora que, increíblemente, amaneció indemne sobre el balcón. Volvió a buscar la gran montaña del otro lado de la carretera, una imponente colina que en su parte más alta adquiere la forma de dos caras de gorila mirándose frente a frente. El nuevo color de la naturaleza la aterrorizó de nuevo y empezó a cavilar en todo lo que acababa de ocurrir y en lo que, presintió, vendría después. La primera conclusión a la que llegó, fue que el huracán Iota había arrasado con la isla y, seguramente, con gran parte de los humanos que la habitaban. Divisó los alrededores y sintió el aguijón del miedo punzando su estómago, al descubrir que prácticamente no estaban las viviendas de sus vecinos y, las que aguantaron el bólide de viento, solo contaban con una o dos paredes, todas sin techo. Rápidamente subió al segundo piso por las escaleras que se habían quedado sin pasamanos, desde donde pudo ver la casa de su hermana Betty, a unos cien metros de allí, más cerca de la orilla del mar. No se había caído del todo, pero era un esqueleto sin tejas y sin tres de las paredes.

Otra angustia que empezó a torturarla fue la suerte que pudo haber corrido su oficina. Como registradora de Providencia, Angélica Bent es la encargada de todo el sistema civil de la isla, de la cedula de cientos de nuevos “mayores de edad” y del registro de otro tanto de adolescentes que tramitaban su tarjeta de identidad al momento de la tragedia, así como la inscripción y registro de los recién nacidos, amén de la entrega de duplicados de documentos perdidos. Desde ese momento, mientras permaneció sentada en el balcón de su casa, no dejó de pensar que su responsabilidad acababa de duplicarse, tal vez triplicarse. No supo por dónde empezar a poner orden: su casa o la oficina.

La oficina debía de estar hecha trizas, se dijo a sí misma, en el entendido de que la Registraduría de Providencia está ubicada justo frente al mar, en la esquina de una cuadra que colinda con el muelle. Sospechó que si el huracán atizó las olas del océano con la misma furia que lo hizo con los árboles y la montaña de enfrente de su casa, el despacho



oficial que dirigía quizás no había amanecido en pie.

Los cálculos de la registradora Bent habrían de fallar parcialmente, ya que, pese a que las paredes resistieron los ataques de Iota, el techo y las ventanas colapsaron, provocando otro tipo de tragedia, una de implicaciones legales, civiles y administrativas. El agua de mar, el barro y toda la basura que le entró a la oficina desde arriba y por los lados, destruyó y prácticamente dejó inservibles miles de documentos, archivos y registros de identificación y unas fichas acartonadas conocidas como “Alfabéticas”. Los daños, en principio, parecieron irreparables. No encontró opción distinta a la de empezar de ceros.

Al día siguiente de la tragedia se fue a trabajar. Aunque la puerta permanecía cerrada y con llave como la había dejado, hubiera podido entrar por la venta principal, que amaneció abierta de par en par, sin marco ni vidrio. Adentro, todo estaba anegado,



libros documentos, fotografías, archivos, contraseñas de cédulas y cédulas y tarjetas de identidad sin reclamar, flotando sobre el agua tibia aun moviéndose a ritmo de ola.

Lo primero que decidió hacer fue evacuar el agua y recoger todos los documentos sobre las mesas y sillas, con la idea de hacer un primer inventario de daños y perjuicios. Los computadores también quedaron inservibles. Empezó a temer que los estragos serían más graves de lo que imaginó. Llamó a su asistente Kendal, una joven abogada que recién había llegado a trabajar al despacho y que fue su gran apoyo en la labor de limpieza y salvamento de archivos. Estimó que al otro día ya contarían con un primer inventario, antes de llamar a su jefe en Bogotá, el registrador Nacional Alexander Vega, quien desde un principio estuvo atento a atender los requerimientos y buscar soluciones ante el gran caos originado por el huracán. Ya entrada la noche regresó a su casa a tratar de poner orden en ese otro ambiente caótico y desolador.

Tres semanas después del paso de Iota, tuvo claro que las pérdidas en el despacho oficial podían ser reparadas, dependiendo de la rapidez con la que recuperaran gran parte de los documentos y archivos que amanecieron sumergidos en el agua y deteriorados por la tierra y los escombros que les cayeron encima desde el techo. Muchos de ellos, salieron lanzados cual cometas por los aires.

Según los primeros cálculos de la señora Bent, cerca de 6 mil documentos, entre registros civiles de nacimiento, matrimonio y de defunción, así como cédulas y tarjetas de identidad nuevas, folios y libros de Alfabéticas, quedaron inservibles o básicamente se perdieron. Lo que resultó insólito es que, en pleno siglo 21, y en momentos en que el Estado colombiano estaba gozando de una de sus más grandes transformaciones hacia la modernidad digital, Angélica Bent y su asistente Kendal debieron echar mano de un secador de pelo, una vieja planta eléctrica y las tardes de sol, para cumplir con la titánica tarea de secar los papeles y registros que medianamente podían ser leídos y ofrecían información que permitiera su reconstrucción. No había otra forma de hacerlo, dadas las circunstancias y porque el avance del reloj, en emergencias como esta, se convierte en enemigo letal, ante las necesidades que de inmediato emergen entre los ciudadanos.

Muchos lugareños no tuvieron cómo hacer trámites bancarios, viajar en avión o solicitar ayudas económicas o materiales, pues no contaban con documento de identidad. Otros, por ejemplo los estudiantes que ese 2020 terminan el Bachillerato y alistaban el grado con la idea de presentarse a la universidad, también se sumaron a la lista de perjudicados.

Durante las semanas que siguieron a la tragedia, se hizo cotidiano ver a la registradora Bent y a su joven asistente sacando papelería de toda índole, que llevaban hasta una mesa que acomodaron en plena calle, para que recibiera el sol de las mañanas y el de mediodía, cual tarea doméstica de poner los trapos recién lavados a secar en el patio de la casa. Cuando el sol amainaba después de las cuatro de la tarde, la bella asistente se

acaballaba sobre una butaca de madera a rociar el aire del secador sobre los papeles, uno por uno, pues casi todos sufrieron el efecto del arrugamiento, como consecuencia del agua que recibieron durante casi 24 horas, además de la agresiva humedad que rápidamente se impregnó en ellos, carcomiéndoselos como el gorgojo. Los documentos quedaron adheridos entre sí y despegarlos resultó, literalmente, una milimétrica y delicada labor similar a una cirugía de alto riesgo.

Un mes después, sentada en la misma mecedora de tubos forrados en tiras plásticas de colores, en el balcón de su casa, Angélica Bent habría de recordar la noche en que Iota le dio una voltereta a su universo, puso sus rutinas patas arriba durante un tiempo, y le dejó en claro que, en adelante, la vida no sería igual a como la concebía hasta ese momento. Mirando en dirección a la montaña de los gorilas, la registradora meditó en la forma milagrosa como esa noche con su madrugada, no perdieron la vida, cuando todo parecía indicar que ella, su hijo, su hermana, los sobrinos y los perros, estaban destinados a desaparecer de la faz de la tierra.

“Eran tipo 8:30 de la noche y ya estaba lloviendo, como a las 10:30 o tal vez 11 de la noche llegó mi hermana Albertina, que vive al fondo con su familia. Nos reunimos aquí en el primer piso donde era más seguro. El hijo mío se encontraba todavía en el segundo piso solo en su cuarto, él decía que no iba a pasar nada, nada iba a pasar, que él se iba a quedar en su cuarto durmiendo”, recuerda, mientras gira su cuerpo para señalar hacia la parte de atrás de su casa, en dirección a la vivienda de su hermana, que vivía a pocos metros de la playa. Desde temprano, acordaron con ella que se viniera con la familia, por temor a que los fuertes vientos que ya se estaban sintiendo, provocaran un sntami y se los llevara. Antes de las siete, todos estaban reunidos en la sala escuchando noticias. El hijo de Angélica seguía en la habitación del segundo piso, pese a que a esa hora ya crujían el techo y los marcos de las ventanas.

“Tipo 2:30 de la mañana, empezaron a caer tejas por todos lados, se empezó a destear

la casa, en esos momentos mi hijo bajó y nosotros le abrimos para que entrara. Como a las 2 de la mañana se explotaron las ventanas, empezaron a volar vidrios por todos lados, la ventana de la sala y una del fondo de la casa se explotaron, nos tocó cubrir con una nevera la ventana de la sala”, relata, las manos entrelazadas, evidenciando que revivir esos momentos tan apremiantes le despiertan los nervios.

Se reincorpora de la silla y pide que la acompañen hasta la sala, que ahora funciona en la cocina, donde todo permanece arrumado contra las paredes para ganar algo de espacio: los muebles, las mesitas, dos repisas y una silla de madera. Angélica es una excelente conversadora y contadora de historias, escoge las palabras precisas y no se extiende en repeticiones innecesarias. Sirve tinto de una olleta antes de arrimarse al espacio vacío de la ventana, que por supuesto no tiene marco ni vidrio. A su lado hay una nevera gigante, de algo más de dos metros de alto por metro y medio de ancho. La palpa por fuera e intenta moverla sin éxito. Lo hace solo para explicar el uso que le dio esa noche. El pesado electrodoméstico, dice, fue el baluarte que les salvó la vida, cuando Iota pretendía meterse al interior de la vivienda, despegarla de sus cimientos y expulsarla hacia los aires, con todo y sus ocupantes y cosas. Recuerda que esa noche, la primera dificultad que sintieron, con tintes de calamidad, fue la paulatina inundación del piso. El agua salada y gruesa no dejaba de salpicarles la cara por efecto de los vientos, que se colaban por debajo del marco de la puerta. Cuando el mar irrumpió envuelto en los remolinos de la brisa, se dieron cuenta que estaban ante el preludio de algo peor que podría suceder en cuestión de minutos, sino tomaban medidas inmediatas: la destrucción de la ventana, los vidrios.

“En el primer piso en el área de la cocina se inundó todo, entre mi hermana y mi hijo pusieron a la fuerza la nevera en toda la ventana para que no se filtrara el aire, mi cuñado estaba a un lado en la puerta que era de vidrio, con un cojín, presionando fuerte para que no se fuera a explotar, y duramos así toda la noche”.

El techo, el del primer nivel como el de arriba, construido sobre un marco de perfiles de acero y aluminio, fue lo primero que salió volando, lo que generó alarma entre todos, ya que contaba con amarres de alambre de acero en las puntas. Por un momento, Angélica le reprochó a su hijo la terquedad de insistir en quedarse en la habitación de encima y le sacó en cara que a esa hora todavía estuviera vivo. Imaginó cómo estaría la situación en esa pieza, donde se encontraban dos armarios de ropa, electrodomésticos pequeños y una pantalla led pegada a una de las paredes. Se turnaron para sostener el cojín y la nevera contra la ventana. El sonido afuera hacía presentir el peor de los desenlaces. La lluvia no cesaba y la casa seguía temblando en intervalos de segundos. Era como si además de huracán, Providencia estuviera padeciendo un terremoto. Nadie se atrevía a levantar la mirada hacia el cielo, por miedo a encontrarse con una oscuridad absoluta, solo aclarada parcialmente por los periódicos chispazos de los relámpagos, acompañados de truenos.

La mañana apareció más tarde que nunca. Angélica calcula que eran las siete cuando sintieron que el huracán estaba cediendo, como si hubiera cambiado de rumbo o se hubiera cansado de que no le abrieran la puerta. En ese momento aflojaron la fuerza que mantuvieron durante casi seis horas contra la ventana, detrás del nevecón milagroso.

“Hasta las siete de la mañana la brisa todavía era fuerte. Tipo una de la tarde que logramos salir, vimos todo destruido, no había casas y las que estaban en pie, estaban destruidas. Yo le doy gracias a Dios porque mi familia y yo estamos vivos y que puedo relatar lo sucedido, eso fue una experiencia muy fea. Mi sobrina de 12 años, era llore y llore con una angustia desesperante y pues yo digo que la nevera fue la que nos salvó”, concluye, agradecida, esta vez con gestos menos rígidos en el rostro, como si en vez de recordar los hechos, los acabara de vivir de nuevo y estuviera saliendo de ellos.

En el segundo piso, la habitación principal, permanece una cama sin tablas y sin colchón.



La pantalla de televisión aguantó los ataques, se sostuvo valientemente sobre la pared, pero terminó inservible, agrietada y con los cables desconectados, como si los hubieran arrancado violentamente. Lo único que permaneció indemne después de la tragedia, es la vista que se abre ancha a través del marco de la ventana, que también amaneció sin vidrios. El panorama que se descubre es encantador, una combinación de colores naturales alzada sobre el mar dócil y sereno, tan dócil y sereno que no da cabida a pensar que unas semanas atrás, acunó un monstruo asesino de varias cabezas.

Angélica Bent es una mujer creyente y, a partir de Iota, lo será más, según lo asegura. Saca del bolsillo un búho de madera barnizada, de unos diez centímetros, que no sufrió ni un rasguño pese a haber permanecido todo el tiempo sobre una repisa. Ella dice que es de buena suerte. Lo lleva en la mano mientras toma el sendero que lleva hasta la casa de su hermana Albertina, quien la espera en la puerta. Se trata de una mujer igual de gruesa y alta que ella y viste una bata guajira de colores vivos.

La casa de Albertina, distante de la otra unos 60 metros, también sufrió graves daños en su estructura, en el primero y segundo pisos. La vivienda está ubicada relativamente cerca de la playa, es decir que estuvo en la zona de alto riesgo durante el huracán. Aunque las columnas resistieron, quedó prácticamente inservible, inhabitable. Como lo relató Angélica, esa noche se fue para donde su hermana con la familia llevando algunas cosas de uso prioritario y personal, pero se queja de no haber podido salvar los electrodomésticos. En una de las habitaciones, enseña un par de vírgenes de yeso que extrae de una caja debajo del camarote de los muchachos. Están envueltas en varios trapos. Cuenta que las dejó sobre una repisa, que no alcanzó a sacarlas y que se salvaron milagrosamente. Las desenvuelve y exhibe cual trofeo y comprueba que no presentan indicios de daños, salvo peladuras en una de las extremidades de la Santa Madre.

“Aquí las dejé y ahí mismo las encontré, sin ningún rasguño”, dice, acomodándolas de nuevo sobre la repisa que está pegada a la pared de lo que fuera la sala. Albertina vuelve a darles las gracias a las dos vírgenes, a las que les atribuye el milagro de mantener con vida a toda la familia.

“Nunca volveré a abandonarlas”, promete, mientras se funde en un sentido abrazo con su hermana Angélica, quien de paso se despide porque debe regresar a la oficina. Hay una pareja que quiere casarse y deberá atenderlos.

CAPÍTULO 11

Se venden dos libras de harina

Si alguien en Providencia se siente con autoridad suficiente para hablar de lecciones de vida y de superación, ese alguien es doña Silvia Jeid, una próspera y exitosa comerciante a quien la vida le dio una voltereta de la noche a la mañana. El 15 de noviembre era la dueña de uno de los negocios más cotizados de la isla, tal vez el mejor dotado y, al otro día, no era dueña de nada, dicho de otra forma, de nada de lo que hasta esa fecha consideraba su verdadero patrimonio: el supermercado. Lo único que no se llevó el huracán fue la razón social: “Supermercado El costo”.



Se sorprendió de su propia tranquilidad cuando alguien comentó que la zona del muelle, donde tenía su supermercado y distribuidora, había sido una de las más afectadas por el huracán. Sintió el frío de los nervios y decidió irse hasta el sitio a comprobar de primera mano lo que había ocurrido con su negocio. La gente habla mucho, se dijo, pensando en que las noticias eran casi nulas y las pocas eran confusas, pues en la mañana las comunicaciones seguían siendo casi imposibles. Cerca de su casa, una de las antenas de telefonía, de unos 30 metros de alto, yacía sobre el piso, como un “transformer” de película derrotado por sus enemigos.

Lo primero que debía tener en claro era cómo iba a ser la forma de trasladarse, pues aunque el carro estaba en buenas condiciones, no había paso. La vía de salida y acceso al sector del muelle, como casi todas las vías de la isla, amaneció obstruida en un 90 por ciento por troncos de árboles, tejas, automóviles aplastados y hasta botes, que el mar arrojó sobre la población durante el paso del huracán. A esa hora, casi las once de la mañana, el viento seguía soplando con furia y la opción de llegar pie era suicida. Su hijo, quien la acompañó toda la noche, aconsejó que usaran la moto, pero que debían llevar machetes para abrirse paso entre las toneladas de maleza, basura y acero retorcido que cubría gran parte de la isla.

Tardaron casi dos horas en llegar al supermercado, un recorrido que suele ser de no más de 15 minutos en tiempos normales. Durante el trayecto se sorprendió con los destrozos que causó el Iota, lo que la fue llenando de pesimismo y zozobra, en la medida en que se acercaban. Lo primero que descubrió y de inmediato la llenó de pánico, fue encontrar las puertas del supermercado de par en par. Cuando entró, estaba lleno de gente de todos los tamaños y edades. Estaban saqueando su negocio. El susto fue tal, que no quiso siquiera impedirlo, además que le resultaba físicamente imposible. Era una horda de ladrones. Fue su hijo quien tuvo el coraje de gritarles y casi sacarlos a empujones.

“Quedé en shock, como ida, paralizada, no

podía creer lo que me estaban haciendo estos sinvergüenzas”, dice, mientras reconstruye los pasos que dio esa tarde cuando llegó al negocio.

Recuerda que el supermercado contaba con dos depósitos. En uno estaban las neveras en las que guardaba alimentos perecederos, carnes, pescados, pollos, enlatados y arroces y azúcares. En el otro guardaba los licores, las bebidas como el jugo y el agua. Aparte de un depósito de detergentes y jabones, nada escapó a la voracidad de los ladrones, porque quizás ella y su hijo llegaron a tiempo antes de que lo descubrieran.

Cuando entró, no supo por dónde empezar a mirar. Al cabo de unos minutos, ya recuperada del shock, clavó la mirada en un tronco de palma de coco que yacía acostado sobre el piso, donde debían estar los estantes. Doña Silvia calcula que debía medir unos 30 metros ese palo, que quedó atravesado de punta a punta dentro del supermercado. Por un momento se sintió como flotando en una dimensión desconocida, sumida en un trance del que saldría después de cerrar fuerte los ojos y abrirlos tras varios segundos. Pronto descubrió que estaba consciente y que en efecto el supermercado “El Costo” ya no existía, que adentro solo había desolación y un pedazo de palma de coco sobre el piso, casi flotando sobre el agua que seguía adentro.

También cayó en cuenta en que por un lado de la bodega había pasado una lancha, luego de atravesar las paredes vecinas. Quedó anclada asomando la nariz sobre la vía principal. La única explicación posible que se le vino a la cabeza, fue que las agigantadas olas del mar, lo lanzaron. Por muy poco no terminó dentro del supermercado, en vez de la palma de coco.

Por muy irracional que le pareció la escena del interior del negocio, lo que más conmocionó a la señora Silvia fue verlo saqueado el negocio. Era su patrimonio, en el que tenía depositadas todas sus energías y ganancias de las últimas décadas. Eso sí le partió el alma, más que ver paredes y techos en el piso. Cuando en la mañana le advirtieron de los daños que el huracán había causado en la zona aledaña



al muelle, también le dijeron que corrían rumores de saqueos a algunos negocios, pero en ese momento no imaginó que el suyo había sido uno de tales, menos le pasó por la cabeza que la iban a dejar “con una mano atrás y otra adelante”, hablando en términos empresariales.

Los ladrones no dejaron nada que sirviera o pudiera recuperarse, salvo dos libras de harina de trigo que, al paso de varias semanas después del robo, permanecieron en una de las estanterías, que seguramente no cayeron en manos de los ladrones porque quedaron cubiertas de barro y no las vieron.

Sentada sobre una caja de gaseosa, mirando el panorama una y otra vez, pensó que no volvería al supermercado, que lo iba a dejar abandonado, así tal cual se lo dejaron los ladrones, al fin y al cabo, meditó, nada peor podía sucederle. El dolor que le significó el saqueo permaneció anidado en su interior durante varios días, no se sintió capaz de reponerse, hasta que la pesadumbre se fue desvaneciendo a fuerza del aliento que le dieron otros comerciantes que padecieron desgracias similares y por las promesas del Gobierno de entregar ayudas y alivios económicos en los días venideros.

El día que aceptó compartir sus penurias para este libro, ya contaba con un ingreso económico que tímidamente le ayudaba a aliviar parte de las cargas económicas que el huracán le sumó a su existencia. Gracias a la muy buena imagen que guarda entre los comerciantes y las autoridades civiles de la isla, doña Silvia encontró trabajo. Recuerda que como a las dos semanas, quiso regresar al supermercado tomando la ruta que pasa por el aeropuerto, con la intención de averiguar cómo evolucionaba el plan de recuperación de la isla y la llegada de las ayudas. Ese día iba en su camioneta de platón y mientras se estacionó frente al terminal aéreo y hablaba con algunos conocidos, se le acercó un funcionario que le habló de las bondades del vehículo, por su tamaño y espacio, proponiéndole que se la alquilara a una de las entidades oficiales que había llegado desde

Bogotá. Aunque el pago no compensaba los gastos que se le avecinaban por las pérdidas del supermercado, doña Silvia aceptó sin vacilar, pues además del ingreso que iba a recibir mientras tanto, la labor le serviría como “terapia” para desviar sus pensamientos pesimistas.

Cada que podía, cuando sus nuevas actividades de transporte de funcionarios y visitantes que a diario llegaban por docenas a la isla procedentes de Bogotá, principalmente, pasaba por el supermercado y entraba a revivir momentos pasados allí, pero también a llenarse de valor, coraje y optimismo, pensando en que no podía darse por vencida. Se consideraba una guerrera y esta batalla tampoco la iba a perder “así no más”. Cuando volvía a entrar, notaba que la humedad estaba más impregnada en pisos y paredes y que el olor a fango podrido llenaba el ambiente. Decidió que, por lo pronto, lo más imperioso sería limpiar, lavar todo el interior para sacar los olores putrefactos. La rutina de abrir el candado con cadena que aseguraba el local, se le asemejó a destapar por primera vez un baúl de recuerdos en el que se guardan los objetos personales de un ser querido recién muerto.

“Este era mi supermercado, aquí quedaron en el suelo más de 700 millones de pesos”, es lo primero que se le ocurre expresar para este libro, midiendo los primeros pasos sobre el piso aún con algunos charcos.

Uno a uno revisa los estantes, los mismos en los que apenas semanas atrás se exhibía la más completa variedad de abarrotes, alimentos, bebidas y otra serie de productos de primera necesidad para los hogares de Providencia, incluso islas vecinas. Quienes la conocen desde joven, aseguran que doña Silvia es una mujer enérgica, sin pelos en la lengua, con voz de mando. Tiene un rostro pulido, de jovencita, el pelo rizado y un poco plateado por incipientes canas, lo lleva corto, estilo masculino. No es una persona de carcajadas, más bien de sonrisas cortas, pero no es de mal genio ni amargada. Se define como alguien serio. Las preocupaciones ocupan su pensamiento y alteran su mirada y la forma de

decir las cosas.

Como “El costo” era también una distribuidora, las pérdidas económicas tienden a superar los cálculos iniciales de 700 millones, pues el día de la tragedia tenía compromisos ya pactados, incluso pagados parcialmente. Es decir que además quedaron deudas por pagar, especialmente a acreedores. Y son las deudas lo que más le da vueltas en la cabeza.

Dice que fue víctima de dos tipos de ladrones: la naturaleza que le destruyó el negocio y los ladrones que se le llevaron las existencias del supermercado. Cada cual cumplió con lo suyo, entre ambos la dejaron prácticamente arruinada.

“Al supermercado Distribuidor El costo, el mar entró y acabo con todo, el viento traía lanchas, botes que estaban anclados en el mar y dejó todo destrozado, se llevó el techo y paredes por delante. Sin embargo, lo que quedó de mercancía y objetos que no se llevó nada, se lo llevaron las personas”, se lamenta una y otra vez, al tiempo que va apartando con los pies los pedazos de cemento y la basura que permanecen en el piso.

Vuelve a explicar que su Supermercado constaba de dos plantas. En la parte de abajo estaban los estantes con los artículos que vendía a diario, mientras que la de arriba hacía las veces de bodega de los productos que distribuía. El día del huracán, ambas plantas estaban repletas. Parte de lo que guardaba iba a ser entregado a los clientes en los siguientes días, ya estaba negociado.

“El segundo piso era una de las bodegas del supermercado donde se mantenía mercancía, esa bodega fue saqueada por las personas, la gente vino y saqueó todo el negocio, lo que se pudo salvar del huracán, la gente se lo robó, se lo llevaron todo, no esperaron a que pasara la tormenta, ni a que el dueño llegara, para llevarse todo o más bien lo poco que nada me quiso dejar”.

Con cada paso hacia el interior de su negocio, la propietaria mide los espacios entre estante y estante y explica la función que cada uno



cumplía. Qué iba aquí, qué había allá. Lo recuerda todo al pie de la letra, pues fue ella misma quien lo organizó y diseñó a su gusto y a de acuerdo con las necesidades, aprovechando perfectamente cada metro cuadrado con hileras distantes una de la otra, de tal forma que los clientes pudieran recorrer el supermercado con toda comodidad, tomándose el tiempo necesario en la escogencia de los artículos a comprar. En la parte trasera de la tienda, doña Silvia muestra el gran tronco de palma de coco que el mar arrastró casi cien metros hasta ese sitio cerca a la salida trasera del negocio.

Doña Silvia confiesa que a veces piensa que el huracán se empeñó en hacerle daño de todas las formas posibles. Con botes, cadáveres de árboles arrancados de tajo, containers y ladrones de dos patas. El gran tronco de palma fue el que le tumbó la pared trasera al supermercado, fue el encargado de abrir la compuerta para que el resto del “trasteo” de lota entrara “como Pedro por su casa”, sin permiso, abusivamente.

“La bodega que estaba al lado también quedó completamente destruida y saqueada, la bodega principal quedo completamente destruida, ya que la marea trajo peso y tumbó toda la pared abajo. Todo el techo también se fue, esta bodega estaba llena de productos, neveras, congeladores con carne arroz, aceite, de todo había acá”. Doña Silvia habla y señala, punto por punto, afanada de que le crean la historia de su drama, que quede

claro que nada de lo que dice es mentira.

Si algo le da un poco de consuelo es pensar en las ayudas prometidas por el Gobierno, los créditos blandos que espera recibir, porque ella no fue la única comerciante damnificada. Sus vecinos y colegas también perdieron. Aunque no tanto como ella, pero también perdieron. Cree que, si todos se unen, todos pueden volver a salir adelante. Y se muestra de acuerdo con lo que piensa la gran mayoría de habitantes: el huracán les quitó lo material, lo de concreto, pero no la vida ni la esperanza. Reconstruir es la única palabra posible.

“Este no fue el único negocio que sufrió los estragos de Iota, en otros locales sucedió lo mismo, la gente sin importar lo que estaba pasando se entraban y se llevaban todo lo que podían. El huracán Iota me dejó pérdidas en el supermercado de más de 700 millones de pesos. En el supermercado yo manejaba de todo, víveres, abarrotes, electrodomésticos, todo lo que una distribuidora vende y ahora no tengo nada”, insiste.

El recorrido no duró más de media hora. No había mucho para mostrar, según ella, al parecer el ejercicio de volver a entrar le revivió la rabia y la impotencia. Prefiere seguir hablando afuera, a la luz del día, sin ese pegajoso olor a humedad y barro añejado. Echa otra vez candado a la gruesa cadena. Lo hace mecánicamente, consciente de que ya no queda nada que puedan robarle.

Ya en el exterior, muestra los negocios vecinos y recalca en la necesidad de la ayuda oficial para todos como gremio, pues los negocios están ubicados en lo que podría considerarse la zona “empresarial y financiera” de Providencia. Detrás de la calle, a espaldas de estos negocios, está el muelle, a donde llega a diario gran parte de las toneladas de artículos importados que arriba al país por este puerto. Es un sitio estratégico en el que funcionan los bancos, los cajeros electrónicos, las entidades oficiales, las ventas de electrodomésticos, tiendas y restaurantes.

Cuando regresa a la calle, doña Silvia cruza la avenida para mirar con un panorama





más abierto la fachada de lo que fue su supermercado y concluye que no será fácil reconstruirlo, pero tampoco imposible. Comienza a llover en un abrir y cerrar de ojos, milagrosamente, pues hasta hace poco hacía un sol intenso. Así es Providencia, explica, sin que le pidan explicaciones. Lo dice con naturalidad y pide que no se le haga caso al aguacero que, en cuestión de segundos, tiene visos de tormenta. No demora en escampar y a solear, dice, antes de irse a recoger el carro, su camioneta de estacas, otro de los patrimonios que le dejó su disciplina y el trabajo honrado.

“De hambre no me muero”, dice, mientras abre la puerta del vehículo y se trepa bruscamente. Cuenta que entretanto encuentra la manera de reconstruir “El costo”, disfruta el trabajo que tiene como conductora, gracias a la UNGRD. El vehículo no sufrió muchas averías, contrario a lo que pasó con una buena cantidad de carros particulares que fueron declarados “pérdida total”, con el agravante de que casi ninguno de ellos contaba con seguro. Eso en Providencia no se estila, explica ella, refiriéndose a que en la isla no es necesario que cuenten con seguro, pues los riesgos son mínimos.

En efecto, durante el recorrido por la carretera circunvalar que le da la vuelta a la isla, se pueden apreciar docenas de carros destrozados parcial o totalmente, algunos en posición “patas arriba”, varios finos, otros modestos, y unos tres de alta gama, abandonados en patios de casas, varados a un lado de la vía e incluso a orillas del mar. Los carros cero kilómetros generalmente son comprados en San Andrés, de donde son traídos a Providencia con un pago un poco exagerado del transporte en ferris o buques, pero casi todos sin seguro contra daño o robo, pues el verbo “robar” poco se conjugaba en esta isla de gente amable y buena. Se conjugaba, aclara doña Silvia, torciendo la boca en gesto de ironía. Su camioneta fue traída desde Cartagena porque la compró a través de un banco y la aseguró.

Antes de poner en marcha el vehículo señala a mano derecha el bote que quedó atrapado entre las paredes de la Notaría y una casa de

familia, contiguos al supermercado. El mar lo trajo desde una distancia de unos 200 metros. Casi se mete en su supermercado, de no haber sido por las dos paredes. Más adelante también muestra otra embarcación, un poco más grande, llamada “Miss Favianna”, que pertenecía a dos ciudadanos hondureños a los que el huracán sorprendió en Santa Catalina”.

“El viento trajo el barco desde Santa Catalina hasta acá, lo sacó hasta la playa y al capitán lo encontraron ahogado como a los cinco días”, cuenta.

También apunta hacia el Banco Agrario, al que, según escuchó de personas muy serias, la fuerza del huracán le arrancó el cajero electrónico y fue saqueado. Murmura en voz baja que las versiones indican que fueron más de 300 millones los que se llevaron del cajero, pero que esa noticia la mantuvieron oculta. A nadie le consta. A ella tampoco le consta nada y por eso no se atreve a asegurarlo. Lo deja en el campo de la especulación, del chisme.

Doña Silvia vive en una casa amplia, en una ubicación privilegiada de la isla, en el mejor sector, dice, en Bahía Suroeste”, en la parte más alta con vista al mar y con la ventilación natural más encantadora de Providencia.

La amabilidad de esta mujer, el sello de seriedad que imprime a sus palabras y por supuesto a sus actos, la han hecho acreedora de la más completa confianza de los funcionarios públicos y dirigentes, al punto que tras varias semanas fue designada conductora de los altos funcionarios del Gobierno que acompañan al presidente Iván Duque, en las visitas periódicas del jefe de Estado hizo a Providencia a supervisar el avance de las obras de reconstrucción de la isla.

Como guía y conductora parece ser tan eficiente como seguramente lo fue como dueña, gerente y administradora del Supermercado y Distribuidor “El costo”. Quien no sepa de quién se trata y contrate sus servicios, no se imaginará que detrás del volante va una de las empresarias más prósperas y exitosas de la isla. Porque a doña Silvia no se le nota lo que tiene o lo que tuvo, sino lo que es y cómo es.

Parca, prudente, aplomada, ella merece cualquier buen calificativo, pero más allá de como prefieran llamarla, doña Silvia no dejará de ser muy buena conversadora, contadora de historias insólitas, increíbles, como la propia suya, un cuento con una trama tan fantástica que parece macondiano, que bien podría comenzar diciendo que... “había una vez una mujer muy honrada y trabajadora, que con esfuerzo de años logró levantar un próspero supermercado. Una noche, un huracán endemoniado le metió a la sala de ventas de ese supermercado, una gigantesca palma de coco que a su vez abrió un boquete en la pared trasera, por donde los ladrones se metieron a saquearlo”.

CAPÍTULO 12

Cesó la horrible noche

El típico “Viejo Lobo de Mar”, podría ser un calificativo que hace justicia a la hora de definir a Eduardo José González, el director de la UNGRD, si se tiene en cuenta que se trata de un personaje protagónico que, sin embargo, maneja un perfil bajo, entre otras cosas, por su timidez. En su caso, este “título” literario podría quedarse corto, ante los más de treinta años que lleva curtiendo su experiencia en el manejo de crisis desatadas por fenómenos naturales, de las que, de gran parte, salió avante gracias a uno de sus dones más preciados: sabiduría. Pero con lo que no contaba este “lobo” de mil batallas, es que en su camino encontraría un temible depredador llamado Huracán Iota.



lota quedará en el palmarés de este funcionario, como el desafío más grande y desconcertante, ya que puso a prueba no solo tenacidad, también, y principalmente, capacidad de aguante. Es que lo que él y sus más cercanos colaboradores padecieron antes, durante y después del paso de este sorprendente huracán, no encaja en ninguna lógica, pues su poder descomunal minimizó cualquier capacidad de diagnóstico científico y cálculo humano. En el momento cumbre del golpe que le estaba asestando a las tres islas, pero especialmente a Providencia y Santa Catalina, los colombianos todos quedaron reducidos a impotentes espectadores de una película de terror con final reservado: desde el presidente de la República Iván Duque, pasando por ministros, generales de las Fuerza Armadas, el propio jefe de la UNGRD y, claro está, los más de 50 millones de habitantes, temieron lo peor. En medio de la incomunicación absoluta con las víctimas, no tuvieron más remedio que echarle mano a la única herramienta disponible del ser humano, cuando la fatalidad le ronda cerca y la vida parece desvanecerse: la fe.

“Yo soy devoto del Niño Jesús de Praga”, revela González, arropada su humanidad de mediano tamaño con una chompa azul, que exhibe en el pecho la insignia oficial de la entidad que dirige, una manita amarilla abierta, sobre la que descansa la silueta de una persona. La mirada de este aplomado funcionario parece impenetrable, por instantes, pero en realidad es la de una persona impasible. Basta con escucharle relatar el drama que vivió durante esas terribles horas de la tarde y noche del 15 de noviembre y las primeras de la madrugada y mañana del 16, para develar a un ser que sucumbe ante el dolor ajeno, que se desmorona espiritualmente cuando la tragedia toca las puertas de sus paisanos.

Un año después, desde el reposo que deja el tiempo que ya ha pasado, y pese a que la cabeza se ha enfriado de emociones, las lágrimas le siguen jugando malas pasadas, se le escapan en medio de ataques de sollozos, cada vez que vuelve a recordar “ese día”. El Día D.

En el balance que seguramente siguió haciendo mentalmente hasta muchos meses después del lota, Eduardo José González tendrá que incluir dentro de sus reflexiones, que el momento más apremiante, el que más miedo infundió, fue cuando se cayó la llamada que sostenía con el alcalde de Providencia. Eran las cinco y treinta de la tarde, recuerda, hora en la que lota ya golpeaba con todo su descomunal poder. Las expectativas de supervivencia de vida humana en la isla, comenzaron a desvanecerse. Perder la comunicación así, ipso facto, en medio de semejante emergencia nacional, amenazó con volver trisas las ilusiones de que nada fatal había pasado.

Por segundos, las palabras del alcalde se escucharon ininteligibles, como si salieran del fondo de una piscina, pero fueron suficientes para dejar en claro que la estaban pasando mal en la isla y que se temía lo peor. A esa hora los radares meteorológicos a través de los cuales el doctor González monitoreaba la situación, indicaban que los vientos ya alcanzaban velocidad de avión, entre 200 y 250 kilómetros por hora, y hasta más, cuando chocaban de frente contra los sectores de la isla más cercanos a la playa.

Sentado en su despacho de la calle 26 en el Occidente de Bogotá, el director de la UNGRD no deja de cavilar en esos pasajes de angustia que vivió, recuerdos que lo siguen asaltando incluso un año después de la tragedia, ya con otra veintena de asuntos de emergencia ocupando su apretada agenda oficial. Este ingeniero payanés tiene claro que nació en un país de desastres naturales. Gran parte de la historia de Colombia está robustecida en tragedias ocasionadas por deshielos de nevados, erupciones de volcanes, desbordamientos de ríos, incendios, terremotos y deslizamientos de tierra que se han tragado pueblos enteros. Por eso, el día que decidió aceptarle al presidente Duque su designación como director de la entidad encargada de responderle al país por cuanta emergencia se presente, fue consciente de a qué se iba a enfrentar.

Al momento de decirle sí al jefe de Estado, pensó en todo, y no pudo dejar de repasar en su mente la lista de las tragedias naturales que más han enlutado a cientos de familias colombianas, que se cuentan por miles. En ese momento, no tenía por qué pasarle por la cabeza que una “papeleta” llamada Huracán Iota llegaría a su oficina, amenazando con estallarle en las manos. Estos fenómenos naturales son asiduos visitantes del Caribe colombiano, pero ninguna mente, por brillante que sea en temas de Meteorología, habría siquiera sospechado que uno de categoría cinco se iba a meter a Providencia y Santa Catalina, y menos en la forma en que lo hizo.

“La temporada de huracanes, como todos los años, arranca el primero de junio y termina el 30 de noviembre, todos los años nos informan cómo se va a presentar. Durante toda la vida, Colombia había tenido una suerte, digámoslo así, porque los huracanes comienzan a formarse lejos, en África, con represiones tropicales, con tormentas, se van madurando a huracanes y cuando llegaban a aguas territoriales colombianas, casi siempre cogían hacia arriba, se iban y afectaban mucho el Golfo de México, afectaban las islas del Caribe, afectaban Cuba, Haití, República Dominicana, o entraban a los Estados Unidos o a México, entonces los problemas siempre se iban para otro lado y nosotros teníamos muy poca repercusiones. Sin embargo, siempre todos los años teníamos esa prevención de lo que iba a pasar”, explica, en tono severo de maestro de colegio, con un bolígrafo en la mano que bandea al ritmo de sus palabras.



Pese a que hubo bastante prevención, incluso simulacros en las islas, la época de huracanes del 2020 sorprendió a todo el mundo, desde los expertos hasta los más incrédulos, pasando por quienes buscan el futuro entre las estrellas y los astros. Lo que le ocurrió a Colombia es insólito, ya que el huracán de marras apareció casi al final de la temporada, cuando las expectativas de una tragedia habían mermado, aunque, gracias a funcionarios como el director de la UNGRD, nadie se atrevió a bajar la guardia, pues siempre transmitió a sus subalternos la necesidad de tener presente la corta distancia que hay entre lo posible, lo probable y lo definitivo. Y con Iota, estos tres axiomas se cumplieron al pie de la letra.

“Este es un huracán Categoría Cinco y si uno mira las historias de los huracanes de esta categoría en los diferentes países, pues las consecuencias son desastrosas, muchas pérdidas de vidas, muchos daños materiales y, bueno, sucedió que ya estábamos en la etapa final, ya estábamos en el mes de noviembre, en la etapa final de los huracanes en nuestro país. Ya se venía monitoreando por parte del Ideam, que se estaba presentando un huracán que podría golpearlos a nosotros, y por supuesto lo que hicimos fue tener el contacto con las autoridades regionales, con las autoridades municipales, ejemplo el alcalde, que estaba al frente de la situación. Y de repente se nos viene el huracán encima”, agrega, a manera de reflexión, arrugando la frente en señal de contrariedad, como si le pasara por la cabeza la idea de devolver el tiempo para cambiarle el curso al huracán.

Es que este hombre es un obsesionado con el principio universal de que los planes trazados se cumplan al pie de la letra, se ciñan a los presupuestos. Por lo mismo, no deja de hacer énfasis en que la entidad que dirige, y en general todo el sistema de prevención del país, está diseñada y estructurada para enfrentarse a este tipo de eventualidades, de tal forma que se priorice la vida humana y se minimice el impacto material.

“Toda una vida en la gestión del riesgo, desde hace muchísimos años trabajando en este





tema, con lo que se requiere para trabajar en este tema, como disposición, actitud de servicio, capacidad de trabajo, armar equipo, siempre en manos de Dios y entregarse como es necesario. Aquí hay que trabajar más de 20 horas diarias, no hay fines de semanas, no hay puentes y festivos. pero eso es lo que nos gusta y es lo que hacemos”.

Para Eduardo José González, la palabra Prevención tiene un significado especialísimo en el campo de la gestión del riesgo, porque se traduce en preparación, en tratar de ir un paso más adelante, no dejarse sorprender. Asegura que, durante muchos años, Colombia ha venido trabajando en prepararse para un gran evento de esos, a tal punto que apenas unas semanas atrás del paso de Iota, durante un gran simulacro nacional, se realizó uno específicamente para las tres islas: San Andrés, Providencia y Santa Catalina.

Es que la experiencia más cercana en el tiempo había sido con el huracán Beta, en el año 2005, que impactó de manera muy diferente ya que llegó hasta categoría Uno. A partir de ese hecho se siguieron sumando años de experiencia y aprendizaje hasta llegar al desconcertante Iota, al que el jefe González y su equipo estuvieron monitoreando desde mucho antes, lo siguieron como un detective a su presa, con la esperanza de que desviara la ruta, como había ocurrido con los otros fenómenos. Iota no solo alcanzó la categoría más alta, sino que definitivamente se ensañó con Providencia y Santa Catalina. De un momento a otro, como él mismo insiste, “se nos vio el huracán encima”

“Teníamos la esperanza como siempre, que los huracanes se mueven hacia afuera, por otro lado, y pues el resultado fue que estuvimos aquí mirándolo, monitoreándolo, cuando se volvió un huracán rápido, muy rápidamente pasó de categoría 1 a categoría 5, en pocas horas llegó a este nivel y, en segundo lugar, se parqueó ahí en Providencia, encima prácticamente, al lado de Providencia y nosotros miramos y no se movía y no se movía, y seguía así, entonces fueron unas horas muy difíciles, de mucha angustia, de mucha oración y sobre todo

de mucha esperanza y también de mucha expectativa de lo que podía pasar”, admite, persistiendo en que no esperaban algo tan impredeciblemente letal.

De un momento a otro, la emergencia se asemejó a una carrera contra el reloj en la que, del presidente de la República para abajo, muchos colombianos tuvieron especial protagonismo, así fuera orando en sus casas. El país, el Estado, cerró filas alrededor de las tres islas. El último gran escollo fue que las comunicaciones se perdieron por completo: teléfonos celulares, teléfonos de línea fija, satelitales, equipos de radioaficionados, los sistemas de los buques de la Armada que estaban relativamente cerca, todo, todo se fue haciendo inservible con el paso de los minutos, pero especialmente en los momentos más álgidos y justo cuando más urgió conocer la suerte corrida por las cerca de 7 mil personas que estaban en Providencia y Santa Catalina, especialmente, ya que los primeros reportes de San Andrés fueron reconfortantes.

El jefe González no se atrevía a compartir el optimismo que otros funcionarios mostraban, pues contaba con un indicio contundente: que definitivamente no se pudo volver a tener contacto con el alcalde de Providencia. Ante la creciente incertidumbre, se empezó a hablar de planes de contingencia y, básicamente, de la puesta en marcha de operativos de evacuación y entrega de elementos de primera necesidad. Todo quedó listo para ser ejecutado a partir del momento en que las condiciones climatológicas lo permitieran. Llegar a Providencia fue prioridad estatal.

El paso del huracán Iota estuvo monitoreado todo el tiempo desde diferentes puntos oficiales, pero especialmente desde el Ideam, una de las entidades de mayor prestigio en el manejo de emergencias y prevención de desastres naturales, y porque históricamente se ha encargado del Sistema de Alertas Tempranas, distribuyendo desde sus oficinas hacia las demás dependencias, toda la información que va recogiendo, minuto a minuto, a través de su sistema de radares y sensores de alta sensibilidad y certeza. De todas formas, la UNGRD también cuenta con

especialistas en Meteorología, quienes durante todo el tiempo estuvieron en contacto con ellos recibiendo los reportes que, en cuestión de minutos, llegaban a manos del jefe de la unidad y, por su conducto, al presidente de la República.

“Ellos nos estaban informando cómo se movía el huracán, la velocidad que llevaba, para dónde iba, cuáles serían las proyecciones, cuál era el camino que se pronosticaba, entre otra información vital”, explica el doctor González, agregando que tuvo el privilegio de tener visual sobre el recorrido de Iota, gracias a que pantallas instaladas en la Oficina de La Subdirección de Manejo y Respuesta de la UNGRD, estuvieron interconectadas todo el tiempo con la Sala de Crisis Nacional, que a su vez recibían reportes provenientes de los satélites internacionales.

Mientras tanto, el jefe González no podía quitarse de la cabeza al alcalde de Providencia, especialmente después de haber recibido de él una última llamada, cuando la señal se perdió por completo y de forma definitiva. En esa comunicación el mandatario alcanzó a contarle al doctor González, que estaba soportando la embestida del huracán debajo de su despacho, en un refugio de concreto.

“Fue una llamada satelital del alcalde, a las 11:07, porque ellos habían pasado la noche allá, se habían metido debajo de la Alcaldía en un refugio, inclusive la directora del Ideam que estaba allá, estaba con ellos, y no podíamos decir mucho, en ese momento el alcalde logra comunicarse con nosotros y llorando me dice: estamos vivos, pero nuestra isla se acabó. Y entonces se cortó la llamada”, relata, y añade que fue ese el momento en que decidió contárselo al presidente de la República, quien a esa misma hora estaba en contacto con todos los ministros del Despacho. La angustia se tomó todos los despachos oficiales y de parte del jefe de Estado vino la orden de movilizarse hasta San Andrés, como primera medida para estar lo más cerca posible de Providencia y Santa Catalina.

Durante gran parte de la madrugada del 16 de noviembre, poco o nada se supo de la



suerte corrida por las dos islas y sus habitantes. Fue hasta las 5 y 37 de la tarde, cuando volvió a repicar el teléfono satelital, momento que considera como “el más eufórico”, pues recibió la llamada cuando iba en una buseta, de urgencia a una reunión con el resto de funcionarios destacados para atender la emergencia. Era el alcalde de nuevo, con un reporte más fidedigno de la situación, pues le contó que ya habían logrado salir de su refugio, sanos y salvos.

“El alcalde me dice llorando: hombre, ya recorrí la isla y gracias a Dios la gente está viva pero los daños son enormemente materiales, pero la gente está viva, estamos monitoreando sector por sector y tristemente y desafortunadamente, una persona perdió la vida”. Al recordar este momento, el doctor Eduardo José González se nota visiblemente impactado, al borde de las lágrimas. Prefiere suspender el relato mientras se lleva las manos a su cara, ahora agachada, casi recostada sobre el vidrio de la gran mesa central de su oficina.

Cuando se reincorpora, parece recuperar el buen ánimo y el rostro adquiere el semblante de la esperanza, al tiempo que recuerda, con un dejo de solemnidad, que los estragos se midieron en cosas materiales

y no en vidas humanas, pese a un primer reporte que habló de una persona muerta, lo que podría entenderse como un balance muy positivo, si se tiene en cuenta que, durante toda una noche y madrugada, cerca de siete mil seres humanos caminaron tambaleantes sobre la delgada línea de la muerte.

“Tuvimos la información de que la isla se nos había acabado, pero que la gente había sobrevivido, que estaban vivas, obviamente era un informe preliminar, y ahí comenzó todo, nos desplazamos hacia San Andrés, el presidente llegó allí al día siguiente con todo el equipo, organizamos, se montó un Puesto de Mando Unificado en Bogotá, se montó un puesto unificado allá y fueron unas horas completamente difíciles y complicadas y, cuando llegamos allá, no había agua, no había carros, no había motos, no había cuatrimotos, no había absolutamente nada, la gente estaba muy golpeada, habían pasado unas horas interminables, unas horas terribles, las historias son aterradoras”, enfatiza.

Por instrucciones directas del jefe de Estado, el Gobierno en pleno se volcó a ayudar a Providencia. La Policía, el Ejército y la Armada Nacional fueron determinantes,

especialmente en la labor de llevar los primeros suministros, ayudas y primeros auxilios a los damnificados. El tiempo seguía apremiando en esta segunda fase post tragedia, pues la isla requería con urgencia de líquido, víveres, medicamentos y frazadas, así como plástico para cubrir las viviendas que perdieron sus techos pese a permanecer en pie. La entrega de carpas fue la solución más eficaz. Por eso el jefe González resalta la decisión del presidente Iván Duque, de darle prioridad a la aplicación del Sistema Nacional del Riesgo, no creó ningún fondo paralelo que pudiera generar burocracia, gracias a lo cual, entre otras cosas, se pudieron activar vías expeditas para el manejo presupuestal con subcuentas bancarias, al tiempo que se creó la gerencia para la isla, en cabeza de la ex congresista Susana Correa.

“Ella se fue a vivir allá y trabajó enormemente. Dio instrucciones específicas para que la parte operativa estuviera en manos del comandante de la Armada Nacional, con su equipo ingenieros, de generales y de almirantes, él también se fue allá a trabajar, y por eso se comenzaron a mover buques, se comenzaron a mover aviones Hércules. Tuvimos una importante ayuda de todas las





entidades, siete entidades operativas, la Cruz Roja, la Defensa Civil, los Bomberos, la Policía, el Ejército, la Fuerza Aérea y la Armada Nacional, todo el mundo se volcó allá, más de 5 generales, por instrucciones específicas del presidente, estuvieron allá, nosotros coordinando este Sistema Nacional de Gestión del Riesgo y arrancamos con la fase de respuesta: primero salvar vidas, llegaron muchos equipos de búsqueda y rescate; y segundo, estar allá con las ayudas humanitarias, que se puedan tener al respecto agua, comida y eso todo comenzó a ponerse en Providencia de manera inmediata”.

Edgar José González fue director de Gestión del Riesgo de Centroamérica y el Caribe, acumula ya más de 30 años de experiencia en el campo de manejo de este tipo de tragedias ocasionadas por fenómenos naturales, por lo que se ve en la necesidad de confesar que el Iota ha sido lo peor que ha conocido en materia de huracanes caribeños. Considera que sobrepasó con creces todo el conocimiento acumulado a lo largo de su extensa trayectoria, que le permitió conocer de la situación de 29 países blanco de huracanes.

“De todos los eventos que en la historia de mi vida me han tocado, ni uno solo ha sido tan fuerte como este. Cuando yo vi que había siete mil personas en una isla con un huracán categoría 5 encima, me dije: se murieron todos. Incluso, cuando el presidente me preguntó cuál sería mi estimativo, yo no me atreví a darle un número, porque yo todavía guardaba la esperanza de que no se presentara un gran evento, porque las pérdidas de vidas humanas en huracanes es impresionante, de 2.000, 3.000, hasta 10.000 víctimas fatales, incluso en países que están enormemente preparados, que les caen, los golpean y están enormemente preparados, con sistemas de alerta temprana, con planes y rutas de evacuación, con una cantidad de cosas, y nosotros acá no podíamos evacuar, porque era completamente imposible poder hacerlo en tan poco tiempo”, concluye.

Un año después, cobijado en el sosiego que regala el paso del tiempo, el doctor Eduardo José se sincera consigo mismo y con el país, respondiendo por primera vez la pregunta que esa noche le hizo el presidente y que él prefirió no responderle, por miedo a acertar en las cifras que tantas vueltas dieron en su cabeza, basado en la magnitud del Iota y a la fuerza devastadora con la que llegó y permaneció en Providencia y Santa Catalina:

“La verdad yo me imaginaba que eso iba a superar los dos mil o tres mil personas muertas, en todo caso más de mil”.

Eduardo José González es un hombre de fe, creyente en un ser supremo, en Dios, amigo de la oración y las plegarias. Esa noche tuvo que echarle mano a las oraciones guardadas en su memoria de payanés católico, incluso las que pocas veces invoca. Pero es que llegó un momento tan crítico, que empezó a dudar de la posibilidad de que hubiera vida después de que semejante monstruo pasara por las islas. La mayor presión la sintió en el instante en que el presidente Iván Duque lo notó sospechosamente inseguro en sus respuestas.

“Yo nunca había orado tanto y no había sentido esa angustia, al punto que tuve que decirle al presidente: excúseme, pero yo





estoy enormemente asustado con lo que nos va aparecer acá. Y el presidente me dijo: Eduardo José, yo lo veo muy dudoso. Y yo le dije: sí, presidente, porque esto está durísimo, es durísimo lo que nos va a pasar. Estábamos angustiados todos, con muchas oraciones todo el equipo del Gobierno. Fueron momentos muy fuertes, pero yo soy un hombre de fe. Gracias a Dios decidí ser feliz hace mucho tiempo en la vida y ser feliz implica actuar de ciertas maneras. Yo no me quejo, yo no me lamento, yo no echo culpas, no ando mirando el problema de los demás, yo trabajo, me esfuerzo por ser feliz y ando eso en hace mucho tiempo, pero aquí estuve asustadísimo”.

Más allá de la angustia, el jefe González estuvo a punto de perder el control de su propio temperamento, cada vez que miró las imágenes en la pantalla y vio que Iota seguía ahí, estacionado frente a las islas, como una hiena al acecho y a la espera que el ratoncito salga de su guarida. La paciencia del huracán encolerizó a su cazador. Por momentos lo sacó de casillas a este mesurado funcionario de mil batallas.

“Yo casi no siento rabia, pero tuve rabia, pero porque el huracán no se movía. Yo me preguntaba, ¿por qué no se mueve, por qué se me queda ahí encima, por qué no me baja de categoría, por qué se me queda en categoría cinco? Yo había estado en la reconstrucción de Beta, entonces yo sabía todo lo que se nos iba a venir encima, porque es una isla lejísima de Colombia, lo más lejos que hay, es una zona supremamente compleja para llevar materiales. Fueron días muy difíciles, unas horas y momentos como nunca jamás he vivido en toda mi vida, yo le pido a Dios que no los vuelva a tener”, señala, visiblemente conmovido, al punto que se siente obligado a detener el relato, mientras toma un sorbo de agua. Su propio relato, dramático y conmovedor, lo atraganta. Y reafirma que lo más desconcertante fue ver que Iota seguía ahí, estancado sobre las islas:

“Eso no lo había visto en ningún lugar del mundo. El huracán se va moviendo, se va moviendo, pero pasa, pasa por una zona,

pero pasa, pero acá se quedó. Esos fueron los momentos de angustia, de desesperanza, de rabia. ¿Por qué no se va? ¿Por qué no se corre? ¿Por qué no sigue? ¿Por qué se queda ahí con mi gente?

Eduardo José Gonzáles confiesa que en ese momento sintió enormes deseos de llorar. Se acumularon en su corazón varios sentimientos, como la angustia, el desespero, la impotencia, la rabia. Necesitó del consejo de alguien que le hablara con el alma, no con la cabeza. A punto de desplomarse, cuenta, llamó a su esposa, quien le dio ánimo y lo impulsó a seguir con la fe intacta. De vez en cuando, confiesa, se metía al baño a orar y a lavarse la cara para evitar las lágrimas.

“Yo soy un hombre católico, hombre de fe enormemente, toda mi vida he sido así, soy patojo, semanastero, y tengo mucha fe en Dios, entonces yo le dije al Niño Jesús de Praga y a mi Dios que nos ayudara, que nos protegiera y también a todos los santos, que estuvieran ahí, protegiéndonos. También le pedí a mi papá y a mi mamá, que están en el cielo, que nos ayudaran”.

Consciente de la gravedad de la situación, todos los organismos de socorro se movizaron, unos hacia San Andrés, otros hacia Cartagena para salir de allí en buques y llevar las primeras ayudas y equipos de rescate y búsqueda, como Bomberos, Cruz Roja y Defensa Civil. El director de la UNGRD pensó en que todo el Estado debía volcarse hacia Providencia, pues no se trataba de cubrir y atender una tragedia como las tantas que ocurre en el país, sino de un fenómeno extraordinario que había que enfrentar de forma integral, desde todos los flancos posibles.

“Cuando sucede un sismo, sucede en una parte específica de una ciudad, es puntual; cuando es una inundación, afecta aquí, afecta allá, el agua sube y se va; cuando hay un incendio, se controla, sabemos manejarlo, sabemos trabajarlo, pero esto era un huracán que afectó a toda la isla, todo Providencia, no hubo una parte de Providencia que no fuera afectada, sino todo, es que, repito, había entre 5000 y 7000 personas que estaban en un lugar con el que no teníamos comunicación. Entonces fueron momentos muy difíciles”, recalca.



Otro momento de los que él considera eufórico, dramático e impactante, fue cuando vio por primera vez la isla desde el aire, llegando a Providencia en un avión hércules en el que también iba el presidente de la República con los equipos de búsqueda y rescate.

“Lo primero que vimos fue desolación, apenas pasamos y dimos la vuelta a la isla, eso era un basurero, todas las casas destruidas, todas las casas en el suelo, la vegetación era impactante, no había verde, todo se volvió café, era café por todo lado, no había absolutamente nada de verde, todo estaba caído. Gracias a Dios la pista no sufrió y pudimos aterrizar, aunque el aeropuerto estaba caído y la torre de control dañada”.

Recuerda que otro hecho que los conmovió, tan pronto se bajaron del avión, fue ver los rostros de la gente, todos conmocionados, asustados todavía, sin salir del terror que les causó el huracán. La primera persona que los recibió fue el comandante de Bomberos, quien se abalanzó a abrazarlo, lo sostuvo abrazado con fuerza y lloró desconsolado sobre su pecho como un secuestrado recién liberado. Y es que, en efecto, en ese momento los sobrevivientes podrían compararse con personas que tras un duro cautiverio obligado regresan a la libertad. En este caso, a la vida.

En el recorrido por tierra, en motocicletas, sintieron que estaban atravesando una escena dantesca, sin vegetación, con árboles caídos y casas que más parecían blancos de bombardeos. En una de las paradas, el alcalde de Providencia les salió al paso, vistiendo una pantaloneta y camiseta de playa, en chanclas. También lo abrazó con fuerza y juntos lloraron durante varios minutos.

Un año después, el mismo Eduardo José González que lloró en el hombro de varios de los sobrevivientes, resalta que una de las cosas que más le devolvió el optimismo fue el empuje de los habitantes de las islas, su actitud positiva en medio del dolor y la tragedia, dispuestos a empezar de nuevo. Recuerda que le gritaban al presidente que había que echar para adelante, volver a intentarlo.

“Presidente, presidente, esto se nos dañó, pero aquí estamos con vida”.

Lo que este “Viejo lobo de mar” no quiere expresar públicamente, es que fue él quien, tras la experiencia del huracán Beta, en el 2005, pidió que los baños de todas las casas de Providencia y Santa Catalina, se diseñaran en concreto, a manera de refugio. Y fue allí, precisamente, donde los sobrevivientes amanecieron, después que cesó la horrible noche.

